

Han Solo y el legado perdido

Brian Daley

Titulo original: Han Solo and the lost legacy

Traducción: Dukesoft

Han casi había logrado colocar las placas sobre de su cabeza, un sudoroso trabajo que lo había mantenido debajo del regulador de velocidad del speeder casi una hora, cuando recibió una patada en la bota.

—¿Qué es lo que le retrasa?

Las placas, ahora colocadas en el orden preciso, se liberaron de sus manos quedando completamente desordenadas. Con una maldición corelliana, Han sacó el carrito de mecánico de debajo de la máquina con un empujón contra su tren de aterrizaje. Han dio un salto instantáneo para enfrentarse a Grigmin, su patrón temporal, con el color de su cara alternando del rojo de la frustración a un color más oscuro y de un matiz más peligroso. Han era delgado, de altura mediana, y aparentaba menos edad de la que en realidad tenía. Sus ojos eran precavidos e intensos.

Grigmin, alto, ancho de hombros, elegantemente rubio, y algunos años menor que Han, o no advirtió el enfado de su mecánico u optó por no hacerle caso.

—¿Y bien? ¿Qué pasa? Ese speeder es una pieza importante de mi función.

Han intentó no perder su escaso temperamento. Trabajar como mecánico para el show aéreo de Grigmin en un circuito de mundos de quinta categoría había sido el único trabajo que él y su socio, Chewbacca, habían podido conseguir cuando se encontraron necesitados; pero la arrogancia imparable de Grigmin había convertido la tarea de mantener en vuelo su anticuado speeder en algo casi imposible.

—Grigmin —dijo Han—, se lo he advertido antes. Ejerce demasiada tensión en la máquina. Podría quedarse dentro de los límites adecuados de tolerancia y aun así completar todas las maniobras en el show. Pero en lugar de eso fanfarronea con estos trastos viejos que ya estaban viejos cuando las Guerras Clon eran noticia.

La amplia sonrisa de Grigmin se ensanchó aun más.

—Ahórrese las excusas, Solo. ¿Estará mi Speeder listo para la función de esta tarde, o es que usted y su compañero wookiee han decidido que ya no les gusta trabajar para mí?

¡La obra maestra de un sentimiento que se queda corto!, reflexionó Han para sí mismo, y refunfuñó.

—Estará en el aire nuevamente si Fadoop llega con las piezas de repuesto.

Grigmin frunció el ceño.

—Debería haber ido a por ellos usted mismo. Nunca confío en estos lugareños inútiles. Es una regla que tengo.

—Si usted quiere que yo utilice una nave de superficie de mala muerte para realizar un salto hiperespacial, tendrá que pagarme los gastos por adelantado.

Han confiaba antes en un lugareño amable como Fadoop, que en un gorrón astuto como Grigmin.

Grigmin ignoró la persuasión de Han para que le soltase algo de dinero en efectivo.

—Quiero mi speeder listo —concluyó—. Y prepare la siguiente actuación, la exhibición de maniobras con mochila-jet.

Maniobra que cualquier novato de la academia podría ejecutar, pensó Han. Estos mundos atrasados y alejados son los únicos lugares donde alguien pagaría por ver una de las débiles actuaciones de Grigmin.

Aún así, si no fuera porque Grigmin necesitaba un mecánico y porque ellos estaban sin blanca, Han Solo y el wookiee, Chewbacca, contrabandistas autónomos y orgullosos de sí mismos, hubiesen estado ya en el espacio Hutt.

Ajustó su banda elástica contra el sudor, atrajo el carrito de mecánico hacia él con la punta del pie, y acomodándose encima, volvió a meterse debajo del Speeder. Buscando sin entusiasmo y a tientas las placas de control, Han se preguntó qué habían hecho para tener tanta mala suerte. Habían tenido golpes de fortuna que rivalizaban con algunos de los que había oído hablar, pero otras veces...

Se arañó los nudillos haciendo un fuerte juramento, y recordó que poco tiempo antes, él y el wookiee habían tenido la galaxia por la cola.

Habían desafiado a un grupo de traficantes de esclavos en el Sector Corporativo, mantuvieron a los temidos agentes de seguridad de la Autoridad a raya por miedo a lo que podría pasarle a un director territorial que tenían como rehén, y lograron recuperar los diez mil créditos de su problemático contrato.

Pero desde entonces habían realizado algunas reparaciones necesarias en su nave, el *Halcón Milenario*, y habían acudido a muchas fiestas impresionantes en una docena de mundos cuando salieron del Sector Corporativo. Después de eso, les habían salido mal algunos negocios arriesgados de contrabando; un ruinoso intento de contrabando de ropa en el Cron Drift; un intercambio de textos militares fallido en el Cúmulo Lesser Plooriod, y otros, cada una de estas aventuras llevándolos más cerca de aquel fatídico día en que se encontraron necesitados.

Así fue como habían terminado aquí, en la Hegemonía de Tion, tan alejada de los sistemas estelares del vasto Imperio que ni ellos se molestaron en ejercer un control directo sobre aquella región del espacio.

En la Hegemonía de Tion, era donde tendían a congregarse los tramposos insignificantes, los estafadores fracasados, y los criminales de poca monta de la galaxia. Traficaban con raíz-chak, con agua mineral de Walla en una operación contrabandista sobre Rampa, hurtaban, emboscaban, conspiraban, e intentaban de mil maneras reavivar carreras estancadas hacía tiempo.

Han consideró todo aquello mientras cuidadosamente retenía los papeles principales, distanciándolos delicadamente. Al menos con Grigmin, Han y Chewbacca cobraban de vez en cuando. Pero eso no hacía más fácil aguantar la prepotencia de Grigmin.

Lo que particularmente molestaba a Han era que Grigmin se consideraba a sí mismo el piloto más audaz del espacio. Han había considerado la idea de pegarle al hombre, pero Grigmin era un ex-campeón de los pesos pesados de combate sin armas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por otra patada que sacudió su bota. Los paneles principales saltaron de sus manos nuevamente. Furioso, empujó el carrito contra el tren de aterrizaje del speeder, se levantó de un salto, y, campeón de combate o no, se abalanzó sobre su atormentador...

...Y se encontró instantáneamente agarrado contra un ancho pecho peludo, en un abrazo terriblemente fuerte pero a la vez moderado, y colgando a metro y medio del suelo.

—¡Chewie! Suéltame, gran... ¡Esta bien, lo siento!

Los brazos gruesos, musculados y duros como el acero lo soltaron. Chewbacca miró encolerizadamente hacia abajo desde su imponente altura, expresando con un gruñido una acusación hacia los modales de Han, con sus cejas color café rojizo fruncidas, y enseñando sus colmillos. Agitó un dedo largo y peludo hacia su socio para darle más énfasis y después enderezó su sombrero de almirante de agente de seguridad de la Autoridad colocado elegantemente al borde de su cabeza con su exuberante melena escapando debajo de él.

El sombrero de almirante era lo único que poseían de sus aventuras en el Sector Corporativo. Chewbacca se había encaprichado de su trenza brillante de color blanco nieve, con su ala lustrosa y negra, y su insignia labrada meticulosamente, durante el intercambio de rehenes poco antes de su apresurada partida de aquella región de espacio. Por la tradición de su gente de contar las hazañas contra sus enemigos, el wookiee había demandado el sombrero como en parte del rescate.

Han, presionado por los acontecimientos, había accedido.

El piloto alzó sus manos al aire.

—¡Es suficiente! Te dije que lo sentía. Pensé que eras ese cabeza de chorlito de Grigmin otra vez. Ahora, ¿qué pasa?

El gigantesco copiloto de Han le informó que Fadoop había llegado.

Fadoop, apoyado sobre sus pies y nudillos, estaba cerca de ellos; un nativo extraordinariamente gordo y sociable del planeta Saheeliindeel. Pequeño, de piernas arqueadas, y apariencia de primate con un pelaje verde muy denso, era un distribuidor local de piezas, que pilotaba una aeronave de mediocre calidad; una colección descuidada de piezas y componentes de diversas naves desechadas. Un «trabajo manual» al que llamó *Skybarge*.

Quitándose la banda elástica, Han caminó hacia Fadoop.

—¿Consiguió los componentes? ¡Buen chico!

Fadoop se rascaba detrás de una oreja con un dedo gordo. Con la otra mano quitó un puro negro y maloliente de su boca y sopló un anillo de humo.

—Cualquier cosa para mi amigo Han Solo. Somos camaradas, usted, yo, y el gran wookiee, ¿o no?

Fadoop apartó la mirada por algo que le hizo pasar vergüenza. Mascando el tabaco de raíz-chak que mantenía hinchada su mejilla, escupió un chorro de fluido rojo en el suelo.

—Confío en mi amigo Han Solo, pero no en el fanfarrón de Grigmin. Me repugna sacar a relucir temas de dinero.

—No te disculpes; te lo has ganado.

Han escarbó en un bolsillo del mono buscando el dinero en efectivo que había obtenido para las piezas del speeder.

Fadoop guardó el dinero rápidamente en la bolsita de su barriga, luego su expresión mejoró. Un rápido movimiento centelleó en sus ojos muy juntos y dorados.

—Tengo una sorpresa, amigo Solo. En el espaciopuerto, cuando obtenía las piezas de repuesto, parecía como si dos recién llegados estuvieran buscándole a usted y al gran wookiee. Tenía espacio libre en mi nave, y por eso también los traje conmigo. Están esperándoles.

Han estiró el brazo bajo el speeder y cogió el cinturón enroscado del bláster que siempre tenía a mano.

—¿Quiénes son? ¿Imperiales? ¿Parecen rastreadores o matones del Gremio?

Abrochó el cinturón del bláster como de costumbre, alrededor de sus caderas, sujetando la cinta en su muslo derecho y abrió el seguro de la funda de su pistola.

Fadoop objetó.

—¡No! Son tipos tranquilos y agradables —dijo un poco nervioso rascando su protuberante y verde cintura produciendo el sonido de una lija—. Quieren contratarle y al menos no tienen armas.

—Eso suena reconfortante. ¿Qué piensas? —preguntó Han a Chewbacca.

El wookiee volvió a colocarse su sombrero de almirante, jalando del ala destellante y bajándola hasta la altura de sus ojos, mirando fijamente a través del aeródromo. Después de unos segundos, ladró una respuesta afirmativa, y los tres echaron a andar hasta la vieja nave de Fadoop.

Había un gran festival en Saheeliindeel, antiguamente un día de reuniones tribales y de rituales de cazadores, luego de fertilidad y ceremonias de la cosecha. Ahora, incorporaba elementos de un show aéreo y exposiciones industriales.

Saheeliindeel era como otros planetas en la Hegemonía de Tion. Luchaban para meterse en una edad de prosperidad y tecnología moderna emulando al resto de la galaxia. La maquinaria agrícola estaba en proceso de actualización al igual que las fábricas. Los vehículos presentados como nuevos a los habitantes de Saheeliindeeli, pero obsoletos para los mundos más adelantados, les dejaban con los ojos abiertos, al igual que las comunicaciones y los holoproyectores que deleitaban a los grupos de viajeros.

En un juego de exhibición de ShockBall, la pelota chisporroteaba entre los jugadores con guantes aislantes. El equipo que iba ganando estaba usando una ofensiva dividida por zonas.

A lo lejos, Grigmin estaba girando y descendiendo dentro del arnés de su mochila-jet. Después de volver a ver a Grigmin, Han se encontró mucho más receptivo para conocer a los pasajeros de Fadoop. A pesar de su recelo, Han se sintió aliviado al ver que los recién llegados no eran tropas de asalto imperiales ó, como eran llamados en el argot popular, «muñecos de nieve» o «sombreros blancos», sino un par tipos humildes, un humano y un humanoide.

El humanoide, un tipo alto, juncoso, de piel de fruta color púrpura cuyos ojos, proyectándose desde una calavera alargada, mantenían sus diminutos puntos rojos como alfileres fijos en Han. Incluyó la cabeza en un saludo.

—Ah, ¿capitán Solo? ¡Encantado de conocerle, señor!

Le alargó un brazo delgado. Han agarró la larga y delgada mano, tratando de ignorar las secreciones de su grasienta piel.

—Sí, yo soy Solo. ¿Qué puedo hacer por usted?

El humano, un albino esquelético que vestía una túnica resistente al sol, aclaró.

—Representamos al Comité para la Asistencia entre Instituciones de la Universidad de Rudrig. ¿Ha oído algo de nuestra escuela?

—Creo que sí.

Han vagamente recordaba que era la única escuela decentemente adelantada en la Hegemonía de Tion.

—La universidad ha cerrado un contrato de ayuda con una Universidad flotante en Brigia —continuó el albino.

El humanoide retomó la conversación.

—Soy Hissal, y Brigia es mi mundo de origen. La Universidad nos ha ofrecido consejo, materiales, y ayuda.

—Así es que lo que necesitan es un transporte estelar aquí, en la Hegemonía de Tion o mejor dicho, uno interestelar —notó Han—. Pero ustedes vinieron buscándonos directamente a nosotros. ¿Por qué?

—El cargamento es completamente legal —añadió Hissal—, pero hay oposición de mi Gobierno planetario. Aunque no pueden contravenir un negocio Imperial, claro está, todavía tememos que pueda existir alguna clase de problema al hacer la entrega y...

—...usted quiere a alguien que pueda cuidar del cargamento.

—Su nombre llegó a nosotros como uno de los más capaces —admitió Hissal.

—Chewie y yo procuramos evitar problemas.

—El pago por el trabajo es bueno —interpuso el albino—. Mil créditos.

—A no ser que haya algo más de beneficio en esto. Dos mil —sentenció Han, duplicando el precio automáticamente, si bien la oferta era más que justa.

Siguieron algunos momentos de regateo. Pero cuando Han presionó a los representantes universitarios sutilmente, comenzaron a vacilar. Entonces, Chewbacca emitió un gruñido tan potente que los hizo saltar. A él tampoco le gustaba trabajar para Grigmin.

—Uh, mi copiloto es un idealista —dijo Han improvisado y frunciendo el ceño en dirección al wookiee—. Afortunadamente para ustedes, mil quinientos.

El albino y el brigiano estuvieron de acuerdo, entregando por adelantado la mitad y el resto en el momento de la entrega del cargamento.

Chewbacca empujó hacia atrás el llamativo sombrero de almirante sobre su cabeza y rugió a su socio, muy contento por volver a volar nuevamente.

—Entonces —dijo Fadoop, abofeteando su barriga alegremente con ambas manos y un pie—, sólo queda decírselo al tonto de Grigmin. ¿Lo harás, no es así?

Han estuvo de acuerdo.

—Hará su «gran demostración» de acrobacias en cualquier momento.

Frotó su mandíbula y estudió la desgarrada nave, mirando la cercana aleta achaparrada.

—Fadoop, ¿puede prestarme la vieja *Skybarge* un momento?

—No hace falta preguntarlo. Pero hay un cargamento de varios metros cúbicos de fertilizante enriquecido para el pabellón agrícola a bordo.

Fadoop volvió a encender su puro.

—No hay problema —le dijo Han—. Calienta los motores Chewie. Volveré en seguida.

Ya, habiendo asombrado a los ingenuos saheeliindeeli con el vuelo del trineo repulsor, la mochila-jet, y los descensos en picado de su elevador repulsor, Grigmin comenzó su grandioso final; una exhibición acrobática con un obsoleto caza X-222 a gran altura. El X-222 dio vueltas, ascendió, descendió, y realizó todas las maniobras que vienen en los libro de texto, soltando nubes de aerosoles de colores en ciertos puntos para el deleite del populacho.

Grigmin venía en su aproximación final, haciendo con la ágil y delgada nave un despliegue de acrobacias de fantasía antes de realizar un aterrizaje preciso. No se percató, sin embargo, que una segunda nave había entrado después de él en la misma aproximación que su caza había tomado. Era el destartalado *Skybarge* de Fadoop con Han Solo en los controles. Para mostrarle a Grigmin lo que pensaba de su habilidad de pilotaje, Han llevó la nave rechoncha a través de la misma demostración que el piloto de exhibición acababa de completar, pero terminando su primera vuelta, Han apagó el motor de babor. Los saheeliindeeli de verde pelaje se quedaron con la boca abierta colectivamente, señalando la segunda nave con una gran conmoción, olvidándose por completo del aterrizaje de Grigmin. Esperaron viendo al *Skybarge* caer en picado desde el cielo, pero Han completó el giro, maniobrando hábilmente, con las alas achaparradas de aquel «trabajo manual» casi rozando la superficie, y el motor resoplando. En el segundo bucle, encendió el motor de estribor, y entró en una tercera vuelta con un empuje cero. Los gritos de horror del populacho y su tentativa de ponerse a cubierto desaparecieron cuando vieron que la poco manejable aeronave seguía estando bajo control. Dando saltos, y aplaudiendo con manos y pies, vitorearon al piloto loco, y luego lanzaron otro clamor más enérgico, reflejando el afecto de los saheeliindeeli por las maniobras grandiosas, incluso las dementes.

Grigmin había desembarcado de su nave, que terminó pasando desapercibida, arrojando su casco de vuelo al suelo y mirando al *Skybarge* con creciente furia.

Han realizó un tercer bucle por los ruegos del público con su fea nave, y luego descendió hacia la pista de aterrizaje. Pero solamente una de las ruedas del tren de aterrizaje emergió de su portilla. Grigmin sonrió abiertamente esperando un accidente; pero inesperadamente la nave aterrizó dando tumbos sobre la única rueda, ribeteó diestramente, y se reacomodó al tiempo sobre el costado, apareciendo su segunda rueda. Aguantó la posición con asombrosa gracia y rebotó sobre dos ruedas.

Como el *Skybarge* se acercaba a la caseta de presentaciones, el populacho corrió hacia ella, aplaudiendo ruidosamente con manos y pies con actitud aprobadora. La nave meneó su cola en el aire, extendió su tercera y última rueda de aterrizaje, y rodó limpiamente hacia la caseta.

Para entonces Grigmin estaba tan perturbado que no advirtió que la nave de carga estaba dirigiéndose directamente hacia su precioso caza X-222.

¡Demasiado tarde!, pensó Han.

Solamente pudo tirarse a un lado cuando el *Skybarge* rodó hacia él. Han le lanzó una sonrisa malvada desde la cabina del piloto. La altura y el peso del *Skybarge* le permitieron pasar directamente por encima del caza más bajo y llano. Con habilidad consumada, Han abrió las compuertas de carga de la nave y repentinamente una avalancha de fertilizante enriquecido cayó directamente sobre

el caza a través de la carlinga abierta de la cabina del piloto. Los saheeliindeeli empezaron a aplaudir alocadamente.

La escotilla de la cabina del piloto del *Skybarge* se abrió con un pequeño sonido explosivo, y la cara de felicidad de Han apareció por ella. Inclínó su cabeza amablemente para admitir la ovación a medida que Grigmin era empujado más y más lejos por la presión del populacho.

Desde la caseta de presentaciones, la voz de la matriarca respiró con dificultad a través de la chisporroteante megafonía.

—¡El primer premio, el trofeo a la mejor exhibición aérea es para el *Skybarge*, *Fertilidad del Suelo*, *Desafío del Cielo*!

Han ondeó la alta copa mientras los consejeros aplaudían con sus pies alegremente.

II

El *Halcón Milenario* se encontraba sobre el único campo de aterrizaje del espacio puerto de Brigia. La nave parecía muy vapuleada y muy remendada para el carguero de acción que era, pero había algunas incongruencias. La placa irregular de atraque, el sobredimensionamiento de los propulsores principales, las torretas artilleras pesadas, y el plato sensor de último modelo dejaban adivinar cuál era su verdadera ocupación.

—Esta es la última remesa —anunció Han.

Revisó el cargamento en su pantalla de lectura manual a la vez que Bollux le dejaba perplejo con su pericia manejando la carretilla elevadora-repulsora manual. El acabado verde del autómatas se veía extraño bajo la luz de los focos con los que la nave estaba equipada.

Brigia estaba patente en todos los directorios estándar como que requería procedimientos de descontaminación de fase uno. Los sistemas ambientales de la nave propagaban aerosoles anticontaminación junto con el aire. Los tratamientos de inmunización de Han y Chewbacca los protegerían contra las enfermedades locales, pero, no obstante, estaban ansiosos por partir.

Han observaba la cabeza de Bollux junto al vehículo de carga a vapor estacionado cerca de la nave. El resplandor de la iluminación del campo de aterrizaje le mostró a los trabajadores brigianos, todos ellos voluntarios de la universidad, transportando cajas de madera, frascos empacadores y las cajas de mercancías que el *Halcón* había traído en las bodegas de carga. Conversaban animadamente entre ellos, emocionados por el equipo nuevo de transmisión y especialmente con la biblioteca de cintas.

Han se volvió hacia Hissal, quien le había acompañado en el vuelo y que era el primer decano de la Universidad.

—La única cosa pendiente para desembarcar es su duplicador.

—Ah, sí, la duplicadora, nuestro aparato más esperado —comentó Hissal—, y el más caro. Imprimirá y comparará materias a velocidades que nuestras prensas actuales no podrán igualar y puede sintetizar cualquier escrito u otro material con los componentes que contiene. Además, es un dispositivo que cabe dentro de unas pocas cajas de embalaje. ¡Admirable!

Han hizo un sonido esquivo. Bollux regresaba, y Han gritó a través de la curva del pasillo.

—¡Chewie! Asegura la agarradera principal y corta el número dos; quiero quitarme de encima esa duplicadora y sacar de aquí la nave.

Desde popa se escuchó el gruñido de contestación del wookiee.

—Capitán, una cosa más —siguió Hissal, sacando una bolsita de debajo sus pliegues laterales.

La mano derecha de Han descendió inmediatamente hasta su bláster. Hissal, sintiendo su suspicaz movimiento, levantó una delgada mano en actitud desaprobadora.

—Tranquílcese. Sé que en su trabajo es usual ofrecer una gratificación por un trabajo bien hecho.

Hissal extrajo un fajo de billetes de su bolsita y se lo extendió al piloto.

Han examinó los billetes. Tenían una textura extraña, más parecida al tejido que al papel.

—¿Qué son estas cosas?

—Una novedad —admitió Hissal—. Tiempo atrás el Nuevo Régimen reemplazó y cambió la antigua moneda local por un sistema monetario planetario nuevo.

Han golpeó el fajo de billetes minuciosamente inscritos contra de la palma de su guante de vuelo.

—Lo que les da un dominio arrollador en el comercio, por supuesto. Bien, gracias de todas formas, pero estas cosas no valen nada fuera del planeta.

La cara alargada de Hissal se alargó aún más.

—Desafortunadamente, el Nuevo Régimen cree que esta moneda servirá fuera de este planeta; por eso, todo equipo y materiales para nuestra escuela tuvieron que salir del dinero guardado por el pueblo. La primera cosa que hizo el Nuevo Régimen cuando acumuló los créditos suficientes fue contratar una firma de consultores para el desarrollo. Además del sistema monetario, el logro principal de la empresa fue el haber cerrado un buen negocio con la compra de equipo militar, incluyendo esa nave de guerra que vio.

Han había visto la nave, un crucero de bolsillo de la clase Marauder rodeado por luces de trabajo y guardias armados.

—Las baterías principales de control explotaron en su «viaje de prueba» —aclaró Hissal—. Naturalmente, no hay técnicos brigianos capaces de repararla, así que permanecerá en el dique, hasta que el Nuevo Régimen reúna los créditos suficientes para importar técnicos y componentes. Ese dinero podría haberse aprovechado en adquirir tecnología comercial, o avances médicos.

Han inclinó la cabeza.

—La primera cosa que la mayoría de estos mundos «atrasados» hacen, sin pretensión de ofenderle, Hissal, es conseguir algunos de esos juguetes, para crearse una imagen.

—¡Somos un planeta pobre! —dijo el brigiano solemnemente—. Y tenemos prioridades más importantes.

Han rechazó más comentarios sobre el tema. Bollux había regresado y estaba esperando la siguiente orden de Han, cuando repentinamente se escucharon los sonidos de sirenas de vapor.

Han bajó andando hasta el pie de la rampa. Acercándose por todos lados había filas de furgonetas metálicas moviéndose pesadamente, petromotores con una lenta marcha, sirenas que aullaban en la noche y enormes ruedas que hacían temblar el campo de aterrizaje. Los focos giraron convergiendo sobre el *Halcón Milenario* y el camión de transporte. Han empujó con el hombro a Hissal y corrió rápidamente hasta la parte superior de la rampa.

—¡Chewie! Tenemos problemas ¡Entra en la cabina del piloto y carga las armas principales!

Volvió a reunirse con Hissal en la parte baja de la rampa. Los voluntarios de la Universidad estaban sorprendidos e inmóviles al amparo del camión de transporte, inseguros acerca de qué hacer. En un momento, la fila de furgonetas había cerrado un apretado cerco en torno de la nave. Las puertas se abrieron repentinamente y brigadas de brigianos aparecieron saltando de los vehículos.

Eran obviamente, tropas del Gobierno, que portaban anticuadas armas de proyectiles. Pero algo en sus uniformes parecía extraño. Las tropas vestían uniformes militares de estilo humano, inadecuados para la extraña anatomía brigiana. Han supuso que los uniformes habían sido parte del lote militar vendido al ingenuo Nuevo Régimen.

Los soldados marchaban con arneses de combate mal ajustados, los cascos colocados precariamente al borde de sus cabezas. Filigranas de chatarra colgaban solitariamente de sus angostos hombros con mochilas bordadas tambaleándose sobre sus delgadas espaldas.

Sus pies eran demasiado angostos para las botas de combate, así que los guerreros brigianos traían polainas rosadas con brillantes botones sobre sus pies desnudos.

Entre lo que Han asumió que era el cuerpo de oficiales, había una abundancia de medallas y menciones, una o dos espadas ceremoniales, y varios cintos inclinados.

Un grupo de soldados de caballería hacían sonar unos clarinetes sin ningún arte aparente. En un momento, los soldados habían hecho presos a los conmocionados voluntarios de la Universidad a punta de bayoneta. Otras unidades se acercaron amenazadoramente a la nave.

Han ya había agarrado el delgado brazo de Hissal y le arrastraba rampa arriba.

—Pero, ¿esto es una atrocidad! ¡Nosotros no hemos hecho nada malo!

Han le soltó y se metió a través de la escotilla principal.

—¿Quiere discutirlo con una bala? Decídase; estoy sellando la nave.

Hissal corrió rampa arriba. La escotilla principal comenzó a cerrarse al mismo tiempo que las tropas alcanzaban el pie de la rampa; Han escuchó la salva de balas rebotando al otro lado. En la cabina del piloto, Chewbacca ya había activado los escudos defensivos, y comenzado a calentar los motores.

Hissal, arrastrado por Han, todavía protestaba. Han no podía perder el tiempo en contestarle; estaba completamente absorto en la tarea de preparar la nave para el despegue. Los voluntarios estaban siendo arrastrados, empujados, y metidos a la fuerza en los vagones de confinamiento. Los pocos que protestaron, fueron inmediatamente golpeados hasta dejarlos sin sentido y remolcados por sus delgados tobillos, extrañamente huesudos. Han advirtió que los transportes brigianos de soldados, eran de hecho, camiones de basura de un modelo muy antiguo.

Chewbacca produjo un sonido chirriante a través de sus apretados dientes.

—También estoy loco por cobrar nuestro dinero —contestó Han—. ¿Cómo obtendremos la otra mitad si no conseguimos el recibo de la entrega?

Las tropas estaban tomando posiciones de fuego en filas alrededor de la nave.

—¿No pudieron haber esperado diez minutos más? —masculló Han.

Un brigiano salió andando entre las filas preparadas para hacer fuego. Debido al resplandor de los focos, Han tuvo que protegerse los ojos con una mano y vio que el brigiano sujetaba un megáfono en una mano y un pergamino oficial en la otra.

Han se puso su casco auricular y activó el audio externo de la nave a tiempo de escuchar.

—¡...no se les hará ningún daño, amigos del espacio! El Nuevo Régimen, amante de la paz, solamente requiere que entreguen al fugitivo que se encuentra actualmente a bordo de su nave. El gobierno brigiano no les molestará más allá de eso.

Han cambió el casco auricular al modo comunicación externa.

—¿Qué hay acerca de nuestra paga?

Evitó mirar a Hissal, pero conservó una mano cerca de su arma.

—El contrato será respetado, honorable extranjero —contestó el brigiano desde abajo—. Permítame subir a bordo y negociaremos.

Han activó su micrófono nuevamente.

—Retire a sus soldados y apague esos focos: ¡Nos encontraremos en la rampa, sin armas, y sin trucos!

El brigiano pasó el megáfono a un subordinado e indicó con el rollo de papel. Las tropas se retiraron y las luces de los focos se apagaron. Los camiones de basura llenos de guerreros se retiraron.

—Mantente alerta —le dijo Han a su segundo oficial—, si alguien se mueve, házmelo saber.

Hissal estaba indignado.

—¿Su plan es tratar con esos matones? Legalmente hablando, ellos no tienen un depósito donde evacuar, ¡se lo aseguro! Los tribunales...

—...no nos conciernen ahora —interrumpió Han, indicándole a un lado—. Vamos a buscar un asiento en el compartimiento delantero y no se preocupe, no le entregaremos.

Con gran dignidad Hissal le corrigió.

—Mi preocupación es por mis amigos.

Bollux esperaba en el pasillo, con los componentes embalados de la duplicadora cargados en la carretilla de mano.

Arrastrando su voz preguntó:

—¿Cuales son sus instrucciones, capitán?

Han suspiró.

—No lo sé. ¿Por qué nunca consigo trabajos fáciles? Vete delante, Bollux. Si te necesito, entonces gritaré.

Los pesados pies de la máquina sonaron con estrépito sobre las placas de la cubierta. Chewbacca rugió que el área estaba despejada. Han cogió su bláster.

La escotilla principal se abrió, y al pie de la rampa esperaba el brigiano. Era más alto que Hissal, muy robusto para su especie, y su color uno poco más oscuro de lo normal. Vestía un arnés cromado de batalla, hombreras de piedra rin con cepillos peludos en los hombros, coloridas medallas y muchas decoraciones, con unas impresionantes polainas rojas de lentejuelas. Una pluma se balanceaba en su casco ladeado. Han le hizo señas cautelosamente. La criatura subió la rampa con el rollo de papel colocado bajo un brazo.

Han le detuvo en lo alto de la rampa.

—Quítese el arnés y el casco y arrójelos hacia sus hombres.

La criatura accedió.

—Le doy la bienvenida a nuestro bello planeta, amigo bípedo —dijo con un esfuerzo de cordialidad—. Soy el inspector Keek, jefe de la policía de seguridad interna del muy competente Nuevo Régimen de Brigia.

Arrojó hacia atrás su arnés y el casco produciendo un estrépito metálico.

—Me figuré que no era de un club de pilotos —dijo Han irónicamente, haciendo al inspector levantar los flacos y largos brazos.

Cautelosamente cacheó los costados del inspector asegurándose que no llevaba armas escondidas. Keek se retorció. Tan cerca de él, Han pudo leer las medallas de Keek. O estas, también, habían sido obtenidas de segunda mano pensó, o el inspector también era el campeón de deletreo del planeta Oor VII.

—Muy bien, entre en el compartimiento delantero, por allí y compórtese bien; ya he tenido suficientes juegos por hoy.

Entrando en el compartimiento delantero, Keek contempló a Hissal sin decir nada, quien permanecía en un sillón de aceleración cerca de la mesa circular de juegos. El inspector se sentó en la silla de la estación técnica. Bollux se había sentado en el sofá curvado de aceleración detrás del tablero de juegos.

Han apoyó una cadera sobre el destellante tablero.

—Ahora, ¿cuál es el problema? Tengo mi autorización. Los imperiales no estarán muy contentos por los actos de su fuerza local tratando de detener un envío autorizado.

Keek habló con un humor forzado.

—Ah, no se asuste humano. ¡No hay ningún problema! El benévolo consejero Inner mantuvo una sesión de emergencia cuando la noticia de esta transacción llegó a nosotros y pondrá todo el material educativo y la literatura mundial en una lista restringida.

Ondeó el rollo de papel encintado.

—Tengo aquí el edicto, el cual debo presentarle a usted.

—¿Y quién es ese flamante consejero Inner? Oiga, flacucho, ningún mundo atrasado altera los contratos imperiales de comercio.

Que él mismo hubiese quebrantado las leyes imperiales tantas veces, fue algo que prefirió no mencionar.

—Mis tropas y yo estamos aquí solamente... —respondió Keek suavemente—...para custodiar temporalmente el cargamento mientras se lleva a cabo el interrogatorio, y hasta que el representante de la Hegemonía de Tion y el adjudicador imperial sean reemplazados. Los arrestos son estrictamente un asunto interno.

Y los nuevos representantes de la Hegemonía de Tion e imperial indudablemente tendrán adjuntas las etiquetas de sus precios, reflexionó Han.

—Entonces, ¿quién me pagará?

Keek trató de sonreír.

—Nuestra provisión de dinero imperial sencillamente está agotada actualmente, a causa de las reparaciones en nuestra flota espacial. Pero nuestros vales de Tesorería, o nuestra moneda planetaria...

—¡Nada de dinero de juguete! —Han perdió los estribos—. ¡Quiero recuperar el cargamento! Y además, una cañonera estropeada no es una flota espacial.

—Imposible. El cargamento es una prueba en el juicio de ciertos rebeldes, uno de los cuales le ha engañado para protegerle. Vamos, capitán; coopere, y siempre será bienvenido aquí.

Keek parpadeó, con esfuerzo.

—¡Venga! ¡Introduzcamos líquidos embriagadores a través de nuestros cuerpos y nos jactaremos de nuestras habilidades! ¡Déjenos ser alegres y torpes, como les gusta ser a los seres humanos!

Han, que odiaba ser tomado por imbécil más que cualquier otra cosa, apretó los dientes.

—Ya le dije que no quiero su dinero planetario.

Una idea repentina le sobrevino, y se levantó de un salto.

—¿Quiere el cargamento? ¡Quédeselo! Pero voy a entregarle a Hissal lo que queda.

El jefe de seguridad pareció divertido.

—¿Trata de chantajearme con material educativo? Vamos, capitán; somos personas un tanto mundanas.

Han ignoró el intento de Keek de adularle. Utilizando una palanca, comenzó a romper las correas de embalaje de un cajón cargado en la carretilla de mano.

—Esto es una duplicadora, justamente lo necesario para poner una prensa en la Universidad. Pero como es un último modelo y es versátil, Hissal, me quedará con esa de propina después de todo.

Confundido, Hissal miró la moneda circulante brigiana. Han les mostró uno de los componentes de la duplicadora.

—Éste es un prototipo; puede programarlo para lo que usted quiera o puede proveerlo como una muestra como ésta.

Insertó un billete brigiano y apretó varios botones.

El prototipo zumbó, las luces parpadearon, y el billete original reapareció con una copia idéntica. Han sostuvo la copia en alto y a la luz, mirando críticamente el duplicado.

Keek hizo sonidos atragantados, comprendiendo ahora que el piloto mantenía en su nave el futuro sistema monetario de su planeta.

—Hmm. No es perfecto —notó Han,

—Pero si suministrasen la máquina con materiales locales, entonces funcionaría. Y para números de serie diferentes en cada billete simplemente tendría que programarlo en la máquina. Esa firma consultora debe haber sido una maniobra para bajar los costes; no se molestaron en preparar siquiera una moneda segura.

El Nuevo Régimen obviamente había sido la víctima del arte agresivo de ventas.

—Bien, Keek, que va a...

Keek había roto el lateral de madera de su rollo de papel y apuntaba directamente a Han, quien no dudó por un segundo que estaba mirando el cañón de una pistola.

—Coloque su bláster en esa mesa, primate extranjero —rechifló Keek—. Ahora, haga a su droide coger la carretilla de mano y él, usted, y el traidor Hissal me precederán rampa abajo.

Han le dio a Bollux la orden, a la vez que cuidadosamente colocaba su bláster en la mesa de juegos, sabiendo que Keek le dispararía si intentaba advertir a Chewbacca. Pero mientras Keek se apoderaba del bláster, Han discretamente palpó el controlador maestro de la mesa de juegos. Los holo-monstruos en miniatura aparecieron sobre el tablero, criaturas extrañas de una docena de mundos, escupiendo y golpeando, rugiendo y brincando. Keek saltó hacia atrás por la sorpresa, y disparó su arma del pergamino por acto reflejo. Un rayo de energía anaranjada chocó violentamente contra el tablero, y los monstruos se evaporaron en la nada.

En el mismo instante Han, con los reflejos de un piloto estelar, se lanzó encima del jefe de seguridad, agarrando la mano que sostenía la pistola en el rollo de papel. Buscó a tientas su bláster con su mano libre, pero el disparo de Keek lo había sacado del tablero de juegos. El jefe de seguridad poseía una fuerza increíble. No detenido por los puñetazos desesperados del piloto, Keek le arrojó hacia la mitad del compartimiento y acercó su arma. Justo entonces Hissal aterrizó en sus hombros, haciendo a Keek tambalearse contra el borde del sofá de aceleración. Los dos brigianos forcejeaban, con sus brazos y sus piernas entrelazándose como una confusión de serpientes. Pero Keek era más fuerte que el pequeño Hissal. Poco a poco Keek acercó su arma para disparar. Han retornó a la pelea con una patada que golpeó el rollo de papel provocando que el disparo dirigido a Hissal hiciese un profundo hueco en uno de los almohadones de seguridad. La pistola del pergamino quedó descargada, y Keek comenzó a golpear a Hissal con ella. Han trató de medirle, pero Keek golpeó al piloto haciéndole caer sobre la cubierta con fuerza abrumadora; luego, empezó a enfrentarse con el otro brigiano, arrastrando los pies y luchando alrededor del humano derribado. Incapaz de esquivarlos y recuperar su bláster, Han hizo tropezar a Keek. El inspector cayó, llevándose a Hissal con él.

Repentinamente el pergamino, que Keek había dejado caer, vino rodando hasta la palma de la mano de Han. Como Keek estaba arrodillado sobre Hissal, Han hizo girar el rollo de papel, golpeando sólidamente con él el cráneo del jefe de seguridad. El cuerpo flaco de Keek tembló por los espasmos y se quedó inmóvil. Hissal meramente le empujó, y la parte superior del cuerpo de Keek cayó a la cubierta. Un rugido se originó de detrás ellos. Chewbacca, viendo a su socio ileso, quedó visiblemente aliviado.

—¿Dónde estabas? —gritó Han—. ¡Casi nos mata!

Frotándose las magulladuras que había recibido, Han recobró su pistola.

Hissal, colapsado en una silla de aceleración, intentaba recuperar el aliento.

—Ésta no es mi línea usual de deberes, capitán. Gracias.

—Aún seguimos en esto —contestó Han con una risa.

Keek comenzó a moverse, y Chewbacca le cogió por sus pies con una mano. Keek pensó que era mejor no resistirse que enfrentarse a un wookiee enfurecido.

Han cubrió la pequeña protuberancia de la nariz de Keek con el cañón de su bláster. El jefe de seguridad mantuvo los ojos cruzados, observando el arma.

—Ese pequeño truco suyo no fue agradable, Keek, odio a los tramposos, incluso más que a los secuestradores de naves. Quiero a la gente de Hissal y mi

cargamento nuevamente a bordo de esta nave en cinco minutos, o, si no, usted va a sentir el viento pasando entre sus orejas.

Cuando los miembros liberados del grupo de Hissal y el polémico cargamento estaban nuevamente a bordo, Han llevó a Keek hasta lo alto de la rampa.

—El Imperio tendrá noticias de esto —juró el brigiano—. Será su sentencia de muerte.

—Intentaré no perder el sueño por eso —contestó Han secamente.

Con los documentos de identificación de la nave falsificados que había utilizado para aquel viaje, dudó de que cualquier agencia de la ley lograra rastrearle. Además esto sería, a todas luces, un incidente de poca importancia para el Imperio.

—Y hágase un favor a sí mismo: no trate de hacer nada cuando salga fuera. No hay nada en este planeta con suficiente potencia de fuego para detener esta nave, pero podría hacerme enfadar.

Keek miró a los otros brigianos.

—¿Qué hay con ellos?

Han sonó informal.

—Oh, los desembarcaré en alguna parte fuera del ruido y las masas. Es legal; un patrón puede contratar un salto de un lado a otro del planeta si quiere. Vamos a establecer una órbita larga, y así Hissal podrá probar su nuevo aparato emisor, conectado a los sistemas de energía de nave.

Keek no era tonto.

—¡Con tanta altitud y potencia, alcanzará a todos los aparatos receptores del planeta!

—¿Y qué piensa usted que dirá? —preguntó Han inocentemente—. ¿Algo acerca de lo que el Nuevo Régimen está sacando a circulación? Me da lo mismo, ¿está claro? Le dije que apuntarme con una pistola era un error. Yo de usted, pensaría en la jubilación anticipada.

Chewbacca dio al jefe de seguridad un empujón para hacerle comenzar a caminar. Han cerró la escotilla.

Por el camino, se dirigió a Bollux.

—Gracias por acercarme ese rollo de papel durante la pelea.

El droide contestó con su modestia característica.

—Después de todo, señor, el inspector había dicho que era para usted. Sólo espero que no haya consecuencias, capitán.

—¿Consecuencias? ¿Por qué?

—Por desestabilizar a un gobierno planetario para desquitarse por atacar su nave, señor.

—¡Se lo merecen por estafadores!

III

Han dio un paso hacia la luz del sol de la breve tarde de Rudrig con el resto de su paga a salvo en su bolsillo. Alrededor de él, los capiteles, las cúpulas, las torres, y otros edificios que albergaban aquella parte de la Universidad estaban en completa armonía con el tono de las suaves flores, los árboles de gruesos troncos, y los céspedes púrpuras. La Universidad se extendía, siguiendo una moda u otra, por todo el planeta. Sus extensos campus y zonas de viviendas, las zonas de recreo y campos de entrenamiento se extendían por todo el globo.

Los estudiantes de todos los mundos de la Hegemonía de Tion se veían forzados a venir aquí o a salir de aquella región del espacio si querían acceder a una educación avanzada de máxima calidad. La centralización no era la mejor forma de ofrecer los estudios, pensaba Han, pero era propio de la insulsa e inepta Hegemonía.

Estudió a los transeúntes por un momento, descubriendo muchas especies diferentes agrupándose junto a las clases, conversando, practicando algún deporte o tocando instrumentos musicales.

Cruzando cautelosamente a través de la ancha avenida entre autómatas de servicio, vehículos lentos de tránsito masivo, y pequeños transportes de carga, ascendió hacia una plataforma elevada y abordó un vehículo local de pasajeros. El vehículo condujo a gran velocidad entre auditorios y enormes salas de conferencias, teatros, edificios administrativos, una clínica, y una variedad de aulas de distintos estilos arquitectónicos.

Leyendo los indicadores luminosos de la ruta y recordando las coordenadas que se había aprendido de memoria de un holomapa, bajó del vehículo en el sector donde se encontraban los locales de relajación, un anexo de su centro de recreo.

Justamente cuando había comenzado a andar hacia el local, escuchó una voz.

—Hey, ¡«Mañoso»!

Han no había escuchado a nadie llamarle por ese apodo desde hacía muchos años. No obstante, a medida que giraba mantuvo su mano derecha en alto y cerca de la solapa izquierda. Aunque el llevar armas estaba prohibido en aquel tranquilo mundo, teniendo una, la filosofía pragmática de Han concluyó que era un riesgo que estaba dispuesto a aceptar. Su bláster estaba colocado en una discreta inclinación, colgando y sujeto por su axila izquierda y oculto por el chaleco.

—¡Badure!

Su mano derecha soltó la empuñadura del bláster y rodeó una bolsa de viaje que aquel anciano llevaba, usando el propio apodo de Badure,

—«Soldado». ¿Qué estás haciendo aquí?

El hombre era alto, con el pelo completamente encanecido, una mirada astuta, y una barriga que había llegado a sobrepasar su cinturón en los últimos años. Era una cabeza más alto que Han, y su potente abrazo hizo que el joven hombre dejase escapar una mueca de dolor.

—Buscándote, hijo —respondió Badure con aquella voz rota, que a Han le recordaba el eco de un pozo—. Se te ve bien, Han, verdaderamente bien. Debe haber pasado toda una vida de wookiee desde la última vez que te vi. Eso me recuerda: ¿Cómo está Chewie? Estaba tratando de encontraros, y me dijeron en

el espaciopuerto que el wookiee había contratado los servicios de una casa de relajación y dejó una nota de aviso para que no le molestaran y que se iba descansar.

«Soldado» Badure, había sido un buen amigo durante muchos años, y parecía haber pasado por tiempos muy duros. Han hizo un intento de no mirar la túnica y los pantalones descoloridos y parcheados o las botas llenas de rozaduras y rotas por el trabajo. En ese momento, Badure se había puesto de su vieja chaqueta de vuelo con sus parches de las insignias de su unidad, y su boina manchada de sudor con el símbolo de un destellante caza.

—Pero, ¿cómo supiste que estábamos aquí?

Badure se rió, haciendo que su barriga se moviese al compás.

—Sigo la pista a los aterrizajes y despegues, «Mañoso». Pero en este caso, sabía que venías de camino.

Por muy bien que le cayera el viejo, Han comenzó a sospechar.

—Tal vez sería mejor que me contases más, Badure.

Badure parecía complacido consigo mismo.

—¿Cómo piensas que esos tipos universitarios consiguieron tu nombre, hijo? No es que no esté en circulación; supe de esa proeza tuya en el show aéreo saheeliindeeli, algunos rumores sobre tu viaje al Sector Corporativo, y algo acerca de una pérdida de un cargamento de contrabando de agua de Walla sobre Rampa. Aquí, mientras realizaba unas gestiones, escuché que alguien preguntaba por capitanes cualificados y naves rápidas. Les di tu nombre a varios contactos. Pero antes de que entremos en eso, ¿no crees que deberías saludar a mi socio comercial?

Han había estado tan preocupado que había ignorado a la persona que estaba al lado de Badure. Regañándose silenciosamente por este error inusual en su habitual cautela, la miró. La chica era de baja estatura y delgada, no habiendo entrado aún en la madurez de la mujer, con una cara pálida y un pelo rojo despeinado y colgando fláccidamente. Sus cejas y pestañas eran tan finas que apenas se veían.

Llevaba puesto un traje deslustrado, hinchado y de color marrón de suéter y pantalones, y sus zapatos parecían ser un tamaño demasiado grande. Sus manos habían conocido el trabajo duro.

Han había encontrado a muchos hombres y mujeres como ella, cada uno portando la marca del zángano de fábrica o trabajador de un campamento de minería, técnico del escalafón más bajo u otro tipo de trabajador. Ella a su vez le estudió sin ninguna aprobación.

—Ésta es Hasti —dijo Badure—. Ella ya conoce tu nombre.

Indicando la corriente de seres transitando alrededor de ellos, gesticuló para que continuasen hacia la entrada.

Han caminó avanzando lentamente, pero estando de perfil, el desliz de los ojos del viejo amigo le confirmó algo.

—¿Qué es lo que quieres? —indagó simplemente.

Badure se rió y dijo, más para sí mismo que para Han o Hasti:

—El mismo viejo Han Solo de siempre, directo hasta el final.

Los pensamientos de Han se centraron en Badure. El hombre había sido su amigo durante muchos años y su socio en muchas empresas en aquel entonces. Una vez, en una situación embarazosa originada por una carrera frustrada de contrabando de un cargamento de especia de Kessel, Badure, había salvado tanto la vida de Han como la de Chewbacca. Que él los estuviese buscando solamente podía significar una cosa.

—No desperdiciaré tu tiempo, chico —dijo Badure—. Hay algunos a los que les agradaría ver nuestra piel secándose al sol. Necesito una nave con potencia, con capacidad de carga, y un capitán en quien pueda confiar.

Han se dio cuenta de que Badure no iba a ser primero en mencionar la deuda de vida que los dos socios tenían con él.

—Quieres que nos juguemos el cuello por ti, ¿no es así? «Soldado», salvar la vida de alguien no te da el derecho a arriesgarla de nuevo.

—Por fin nos adelantamos al juego: ¿Crees que vas a devolverme la deuda de vida tan fácilmente? —contrarrestó Badure con un tono neutral—. ¿Estás dando la opinión del wookiee también, Han?

—Chewie siempre lo ve a mi manera.

¡Aunque tenga que razonar con él con una llave de mecánico!, pensó Han para sí mismo.

Hasti se unió a la conversación por primera vez.

—¿Estás ya satisfecho, Badure? —preguntó ella ásperamente.

El viejo la silenció amablemente y siguió hablando a Han.

—No te estoy pidiendo trabajar por nada. Habrá una buena tajada.

—El caso es que andamos bien de dinero. Uh, de hecho, podemos darte algo por un tiempo para ayudarte a pasar por esto.

Sintió que se había pasado de la raya y pensó por un momento que Badure iba a golpearle.

El viejo había hecho y gastado muchas fortunas y siempre tenía las manos abiertas para sus amistades; pero la oferta de caridad que le había hecho le sonó como un insulto.

Propiciando a Han una expresión venenosa, Hasti puso una mano en el brazo de Badure.

—Perdemos el tiempo; nuestro equipaje está todavía en el hostel del distrito.

—Cielos despejados, Han —le deseó Badure con voz calmada—, e igualmente para el wookiee.

Han los contempló hasta que desaparecieron en un transporte de pasajeros. Decidido a dejar de pensar en el incidente, entró en el local de relajación. El local ofrecía comodidades específicas para una enorme variedad de especies; humanos, humanoides y muchas otras variedades. Había masajeadores de gravedad cero, cámaras de ozono, enjuagues efluviales, y muchas otras opciones para humanos; incluso baños gratis en tanques de barro para visitantes Draflago; auto descortezadores dermales para dar servicio a un Lisst'n o un Pui-Ui; baños de agallas para cualquier forma de vida anfibia y muchos otros purificadores y comodidades reconstituyentes contenidas en aquel vasto complejo.

Indagando en el área central de información, Han descubrió que Chewbacca todavía estaba disfrutando los placeres de un servicio completo de aseo.

El mismo Han había tenido la intención de tomar un ciclo sin prisas de ducha, sauna, masaje, y limpieza de poros, seguido por una visita a la barbería. Pero su encuentro con Badure y Hasti le provocó la necesidad de un programa más activo y divertido. Se desvistió en un cubículo privado, guardando su pistola y otros artículos de valor en una taquilla y entregando su camisa, sus pantalones y botas a un droide de servicio.

Luego dejó caer varias monedas en la ranura de un Omniron y entró, tecleando «S» para la terapia máxima. En ciclos de quince segundos fue rociado por agua helada, esponjas hicieron vibrar su piel, ondas de calor le azotaron casi chamuscándole, corrientes de bio-detergentes le enjabonaron, barreras de espuma surgieron a través del cubículo, boquillas de aire dispuestas con mangueras liberaron sus rachas de aire, y emolientes fueron frotados sobre él por vigorosos autoaplicadores. Resistió el embate de estos procesos y tomó un ciclo más, descubriendo que no podía deshacerse de la imagen de Badure.

Diciéndose a sí mismo que había sido lo mejor que podía haber hecho, aquello no había mejorado su estado de ánimo tanto como aquel baño elaborado de espuma que estaba tomando. Cuando terminó el corto tiempo del programa de Omniron, recuperó su ropa limpia y botas brillantes del droide de servicio, se ajustó su bláster, y terminó poniéndose su chaleco. Cuando terminó, se puso en camino en busca de su socio.

Chewbacca estaba en la parte de la bañera de relajación reservada para la clientela más hirsuta. Siguiendo la línea de luces del sistema de ayuda colocadas a lo largo de los pisos, Han encontró la habitación de tratamiento de su amigo. Comprobando la pantalla de la habitación, vio al wookiee flotando en un campo de gravedad cero, con sus brazos y piernas extendidas. Estaba a punto de terminar su sesión. Cada cabello, individualmente, había recibido una carga ligera de repulsión para separarlo de la suciedad, partículas y aceites viejos que fueron eliminados. Los aceites nuevos y los acondicionadores eran atentamente aplicados. Chewbacca esbozó una sonrisa abierta y dentada, entregándose al lujo del tratamiento mientras flotaba como un gigantesco juguete, con su piel peluda ondulando y proporcionándole una apariencia dos veces más grande de lo normal.

Apartándose de la pantalla, Han vio dos jóvenes y atractivas hembras humanas que también esperaban. Una, alta con un pelo liso y rubio, habló en el oído de su compañera, una chica más baja y con rizos en su pelo color café. La segunda chica que llevaba puesto un traje deportivo de pantalones cortos y camiseta sin mangas; miró a Han especulativamente.

—¿Está usted aquí para encontrarse con el capitán Chewbacca, señor?

Han desconcertado, repitió:

—Capitán...

—...Chewbacca. Nosotras le vimos atravesar el campus andando, le detuvimos y hablamos con él. Ambas estamos haciendo un curso de etnología no-humana y no pudimos dejar pasar la oportunidad. Hemos estudiado un poco las cintas de lenguaje wookiee, por eso le entendimos un poco. El capitán Chewbacca nos dijo que su copiloto podría venir a buscarle. Nos invitó a ir con ustedes a dar un paseo en un deslizador de superficie.

Han sonrió a pesar del resentimiento.

—Me parece bien. Soy el segundo oficial del capitán Chewbacca, Han Solo.

Había descubierto que el nombre de la morena era Viurre y Kiili el de su rubia compañera cuándo Chewbacca salió de la habitación de tratamiento. El wookiee, colocando su sombrero de almirante sobre su cabeza en un ángulo aerodinámico, tenía una sonrisa abierta y beatífica; su cuerpo cubierto de pelo, ahora brillante y lustroso, flotaba ligeramente en las corrientes del aire.

Han esbozó un saludo sarcástico.

—Capitán Chewbacca, señor, la tripulación está a la espera de órdenes.

El wookiee bramó desconcertado, luego, recordando su papel rugió una respuesta vaga que ninguno de ellos entendió.

Las chicas rápidamente olvidaron a Han y se acercaron al wookiee, elogiando su apariencia.

—Creo que usted mandó pedir un vehículo de superficie. ¿Un skipper? —sugirió Han.

Su socio asintió, y todos ellos partieron.

—¿Ha encontrado diferencias en la forma de vida en el mundo de los wookiees? —preguntó Viurre a Han en el oído.

—Las mesas son demasiado altas —contestó el piloto con la mirada vacía.

Cuando llegaron en el vehículo público a la terminal, Han con los ojos fuera de órbita gritó:

—¡Dime que es un error!

Kiili y Viurre exclamaron un «ooh» de fascinación, mientras Chewbacca sonreía cariñosamente hacia el vehículo que había seleccionado. Era de aproximadamente ocho metros de largo, ancho y de baja altura, casi pegado al suelo. Los cantos del coche, la parte trasera, y la capota estaban revestidas de paneles de madera de Greel, de color escarlata deslumbrante que había sido lacada, pulida y vuelta a lacar repetidas veces hasta que su brillo metálico dio la impresión de que se mantendría de por vida sobre el fino conglomerado. Los adornos del coche, los parachoques, las bisagras, los picaportes, y las agarraderas eran de aleación de plata.

Tenía un ornamento extraño en la capota de cristal donde ninfas retozaban en un remolino de vestidos diáfanos azotados por el viento. El asiento del conductor estaba al aire libre, pero justamente detrás de él se encontraba la cabina cerrada de los pasajeros, también revestida con paneles en madera de Greel, decorada con elaboradas lámparas colgantes, y estribos o rieles manuales a cada lado del coche para los lacayos. Detrás de la cabina había otro maletero para el equipaje entre un par de ridículas aletas estabilizadoras de gran altura, adornadas con joyas luminosas de todo tipo y luces indicadoras. De las antenas primaria y secundaria del coche ondulaban dos banderolas, varios titulares, y la cola peluda de algún pequeño y desafortunado animal.

—Demasiado austero —masculló Han sarcásticamente, pero no pudo resistirse a levantar la capota del coche. Había un enorme motor diabólicamente complicado.

Chewbacca rápidamente silenció las acusaciones de Han y sorprendió a las dos chicas abriendo caballerosamente la puerta de la sección media del vehículo. Contenía, en su interior una cesta de picnic para un día de campo.

Kiili y Viurre se habían metido apretujadamente en el compartimiento del conductor, investigando los controles, los diales, el sistema de sonido, y las guanteras.

Chewbacca pasaba una palma sobre un panel cuándo Han le comentó:

—Me topé con Badure hoy, en la entraba del local de relajación.

Olvidando todo lo demás, Chewbacca rugió una pregunta.

Han apartó la mirada.

—Quiso contratarnos, pero le dije que no necesitábamos trabajo. —Luego se vio obligado a agregar—: Bueno, no lo necesitamos, ¿o sí?

Chewbacca aulló furiosamente. Las dos chicas ignoraron la discusión.

—¿Qué le debemos a Badure?

Han respondió gritando.

—Hizo una oferta de negocio, Chewie.

Pero él sabía perfectamente que los wookiees honrarían una deuda de vida por encima de cualquier otra cosa; Chewie nunca le daría la espalda, pensó Han.

Chewbacca expresó con un gruñido otro comentario enojado.

—¿Qué pasa si no quiero? ¿Vas a ir tras él sin mí? —preguntó Han, sabiendo cual sería la respuesta.

El wookiee le estudió por un momento y luego articuló un profundo «Uurrr».

Han abrió la boca, luego la cerró, y finalmente contestó.

—No, no lo cogerás. Vete en autobús.

Chewbacca emitió un ladrido agudo, golpeó con los nudillos el hombro de Han, se dirigió a la popa del coche, y se metió adentro. Han se deslizó en el asiento del conductor y cerró su puerta.

—El capitán Chewbacca y yo tenemos que hacer un pequeño desvío e ir a ver a un viejo camarada —le dijo a Kiili y Viurre bruscamente.

Luego para sí mismo añadió: *Sabía que esto ocurriría; nunca debería haberle dicho nada a Chewie. ¿Por qué lo haría?*

Kiili, haciendo un tirabuzón con su cabello rubio alrededor de un dedo, sonrió.

—Entonces, segundo de a bordo Solo, ¿sobre qué deberíamos hablar con el capitán?

—Sobre cualquier cosa. A él le gusta escuchar las conversaciones.

Han arrancó el motor y expertamente aceleró el coche sacándolo de su plaza de estacionamiento.

—Dígale cómo está arruinando una gran tarde —la animó Han y luego sonrió—. O cántele alguna canción antigua, si es que conoce alguna.

Kiili miró al contento wookiee titubeando.

—¿Le gusta eso?

Han sonrió cautivadoramente.

—No, pero a mí sí.

IV

Recordando que Hasti, la joven que estaba con Badure, había mencionado el hostel del distrito, Han condujo el deslizador en esa dirección.

La monstruosidad color escarlata del vehículo se movía bajo los efectos del terreno, pero el movimiento era repelido por los cojines repulsores y respondía perfectamente a pesar de su gran tamaño.

Un largo brazo apareció en el respaldo del asiento del conductor, y Chewbacca inclinó su sombrero de almirante escuchando mientras Kiili y Viurre le describían la vida de un estudiante de Etnología No-Humana.

No tuvieron que entrar en el hostel. Badure y Hasti estaban esperando en una estación la lanzadera del campus cerca del edificio. Han se arrimó a la cuneta con un chirrido de los impulsores de frenado, y él y Chewbacca salieron de un salto del vehículo seguidos por las dos chicas. El wookiee abrazó al viejo, soltando sonidos joviales.

Hasti estudió a Han serenamente.

—¿Un ataque de conciencia? —le preguntó.

Han apuntó un pulgar hacia el wookiee.

—Mi socio es un sentimental. ¿Quieres decirnos en qué nos estamos metiendo?

Indicando a Viurre y Kiili con una inclinación leve de cabeza, Badure se aclaró significativamente la voz. Viurre cogió la indirecta y arrastró con ella a Kiili, repentinamente interesada en inspeccionar la flora cercana.

En tono confidencial Badure preguntó a Han:

—¿Has escuchado alguna vez la historia de la nave *La Reina de Ranroon*?

Chewbacca hizo temblar su hocico por la sorpresa, y los ojos de Han se alzaron rápidamente.

—¿La nave del tesoro? ¿La de las historias que suelen contar a los niños para que se vayan a la cama?

—No los cuentos —le corrigió Badure—. La Historia. *La Reina de Ranroon* estaba repleta de tesoros de sistemas solares enteros. Tributos para Xim El Déspota.

—Escucha, Badure, muchos locos han buscado esa nave durante siglos. Si alguna vez existió, o fue destruida o alguien la habría localizado hace mucho tiempo ya. Me da que has estado viendo demasiados holo-thrillers.

—¿Cuándo, en toda mi vida, me ha dado por hacer locuras? —rebatía el viejo.

—Es un buen argumento. ¿Sabes dónde está *La Reina*? ¿Tienes alguna prueba?

—Sé dónde encontrar un diario de a bordo de la nave —anunció Badure tan seguro de sí mismo que Han se encontró creyendo en él.

La visión del tesoro le iluminó, un tesoro tan estupendo que no existía ningún sinónimo para aquella riqueza fenomenal. Más de lo que un hombre podría llegar a gastar en cien vidas.

—Emprendamos la marcha —declaró Han—, antes de que nos hagamos viejos.

La apariencia burlona de Hasti no le desconcertó. Luego se giró y vio tensión en la cara de Badure. Siguiendo su mirada fija, Han vio una limusina negra

acercándose lentamente hacia ellos. Han llevó a Badure hacia el deslizador, animando a Hasti a hacer lo mismo con una inclinación de la cabeza. Chewbacca, quien ya había colocado el equipaje ligero de Badure y Hasti dentro de la cabina de pasajeros, estaba también sobre aviso. Alguien en la limusina había advertido su reacción y el vehículo negro aceleró rápidamente virando directamente hacia ellos.

—Todo el mundo al deslizador —gritó Han cuando la limusina saltó sobre la cuneta y derrapó, bloqueando la proa del deslizador de Han.

Badure empezó a meter a Hasti a la fuerza en el asiento delantero del coche mientras Chewbacca, que no podía llevar su arco de energía en aquel mundo tranquilo, recorrió con la mirada los alrededores buscando un arma provisional. Varias figuras saltaron de la limusina mientras Han sacaba su bláster. Los círculos azules concéntricos de una descarga de aturdimiento alcanzaron a Badure, que había empujado a Hasti fuera de su alcance. Hasti cayó de espaldas sobre el asiento y Badure se tambaleó. La chica logró agarrarle y meterle en el asiento del conductor en el momento que Han disparaba respondiendo al ataque.

Para ese entonces una media docena de seres habían emergido de la limusina con armas de todo tipo. El disparo apresurado de Han alcanzó al autor de la descarga de aturdimiento que dio a Badure; un humanoide con pico de ave de color rojo y plumas en sus largos brazos. Dos varones humanos armados con armas aturdidoras esquivaron los disparos de Han que hicieron añicos dos de las ventanas de la limusina. Los asaltantes, en vista de que tenían una buena pelea entre las manos, se tiraron al suelo.

Chewbacca trepó sobre maletero central del deslizador para ayudar a Hasti cuando ella, agarrándose a Badure con una mano, arrancó el motor y dio marcha atrás al deslizador color escarlata. Dos de los asaltantes que habían estado acercándose saltaron por los aires.

Con una abolladura tremenda, el coche saltó la cuneta marcha atrás. Chewbacca tuvo que agarrarse fuertemente a un farolillo decorativo para no salir despedido y Han saltó para evitar ser arrollado mientras Hasti apretaba fuertemente los propulsores de frenado haciendo saltar pedazos de césped púrpura por los aires y dejando expuesta una sustanciosa porción del suelo gris de Rudrig.

—Bien, agárrese, Solo —le gritó a Han.

Apenas se había agarrado a un estribo lateral del pasamano para lacayos, el deslizador aceleró potentemente. Hasti no pudo esquivar la parte trasera de la limusina que los bloqueaba. El deslizador le asestó un golpe en un costado que desplazó la limusina negra e hizo crujir toda la proa del deslizador de Chewbacca provocando una lluvia de fragmentos de madera de Greel.

Chewbacca rugió con pesar viendo los daños producidos. Mientras se tambaleaba, Han dirigió otra andanada hacia la limusina y sus pasajeros intentando mantenerse agarrado al deslizador por encima de conseguir un blanco directo. Hasti dio un viraje para evitar un robo-camión de reparto, provocando un ruidoso golpe de Han contra la cabina de pasajeros y consiguiendo que Chewbacca saliese despedido del farolillo al que se había agarrado lanzándole por

encima del deslizador y provocando un chasquido de su cuello a la vez que enviaba por los aires su preciado sombrero de almirante, meciéndose en la brisa.

El wookiee bramó, apesadumbrado por su tocado perdido.

Sobre el aullido del motor del deslizador y la explosión del viento provocado por la hélice, Han gritó:

—¡Vienen detrás de nosotros!

La limusina negra estaba girando para comenzar la persecución. Han levantó su bláster. En ese momento Hasti, ignorando un robot de tráfico, derrapó en una intersección directamente hacia un lento transporte de mantenimiento que remolcaba una carga de droides desconectados. La chica puso todo su peso sobre los mandos de dirección y presionó la bocina del deslizador. Los dos primeros compases del Himno Universitario de Rudrig sonaron majestuosamente desde la destrozada capota del deslizador. El transporte de mantenimiento los esquivó con un sonido agudo de desasosiego rozando el deslizador por el lado del conductor.

El deslizador se movía ahora a gran velocidad directamente hacia la vía pública.

Manteniendo su maltratado cuello rígido, Chewbacca empezó a avanzar gradualmente otra vez para intentar asumir el control de los mandos del vehículo. Una columna doble de estudiantes y visitantes de una excursión de orientación escogieron ese preciso momento para entrar en un paso de peatones, y Hasti presionó rápidamente los propulsores de frenado.

Chewbacca salió volando de cabeza hasta el habitáculo del conductor y golpeó el piso con la cabeza, mientras sus pies se erguían en el aire. Estando en esa posición, descubrió que Badure estaba escurriéndose fuera del deslizador. Agarró firmemente al hombre por la ropa y volvió a colocarle sobre el asiento. Hasti vio la difícil situación de su compañero y dio un giro al coche que provocó el cierre de la puerta del pasajero. Sin embargo, debido a los dolores de su cuello, el wookiee comenzó a soltarse.

Justamente a popa, Han había logrado meterse dentro de la cabina de pasajeros y vio como la limusina se acercaba rápidamente. Hizo pedazos el cristal trasero con un golpe contundente de la culata de su bláster. El cristal se agrietó como una tela de araña, se astilló y se desprendió. Quitando los pedazos de vidrio que quedaron, Han descansó sus antebrazos a través del alféizar vacío. El movimiento del deslizador hacía imposible apuntar a través de la mirilla, por lo que esperó a obtener un objetivo claro.

Chewbacca se había levantado y gritaba ruidosamente a Hasti gesticulando locamente. Ella en cierto modo entendió lo que quería decirle y se levantó del asiento del piloto, lo que puso en marcha el piloto automático. Hasti agarró fuertemente la palanca de control mientras se levantaba del asiento del conductor, dejándola con los brazos y los hombros tensos. El wookiee se deslizó en el asiento detrás de ella, la apartó rápidamente y asumió los controles.

Hasti se giró rápidamente y vio con alivio que Badure estaba ileso. Badure ya estaba moviéndose nuevamente, superando los efectos de la carga de aturdimiento.

El wookiee se metió directamente a través de una intersección sin preferencia de paso, consciente de que la limusina, todavía persiguiéndoles, se iba agrandando en el retrovisor entre los altos edificios. Tomando una curva rápida,

Chewbacca llegó abruptamente a la altura de un tramo de carretera en obras. Lejos, por el retrovisor vio la limusina acercándose. Aceleró el motor, atravesando paneles luminosos, destrozando luces de aviso, y golpeó a dos robots con banderas de peligro y que aún seguían ondeándolas a varios metros por encima de ellos.

Sus esperanzas de estar en una ruta segura a través de aquella zona en obras fracasó cuando tuvo que dar una vuelta en redondo; la superficie de la carretera había sido completamente excavada, de lado a lado, con la orilla de la carretera levantada hacia la fachada de los edificios. Chewbacca frenó y tranquilamente consideró sus opciones, decidiendo que ofrecería a sus perseguidores un desafío frontal.

Apretó el acelerador y cambió de dirección haciendo un derrape. El largo deslizador saltó hacia delante en un preciso giro, destruyendo varias señales de peligro más, y saltando por encima de los escombros volvió de nuevo a la carrera en la dirección de la que había venido.

Han se asomó por una ventanilla. Como la limusina se acercaba directamente hacia ellos, apoyó su antebrazo en el pasamanos y abrió fuego, acertando en la capota de la limusina y en el centro del parabrisas.

Preparado para el terrible impacto, Chewbacca emitió un rugido y Hasti abrazó fuertemente a Badure. Han pudo ver las expresiones aterrorizadas entre los ocupantes de la limusina. En el último momento, el conductor de la limusina vaciló declinando la inminente colisión frontal y el vehículo negro se apartó hacia un lado, derrapando a través de una espesa cuadrícula de enredaderas mulanita, saliéndose del camino a través de una región de césped púrpura, y después de tirar a un lado varias plantas y quebrar varias columnas de soporte, la limusina terminó deteniéndose en un soportal por fuera del edificio administrativo donde se aprobaban los planes de estudios.

Chewbacca mostró su deleite, pero Han hizo una advertencia cuando la limusina comenzó a subir la pendiente nuevamente. Chewbacca, movió los varios espejos retrovisores y la cámara de popa, dando un duro giro a la derecha a alta velocidad gracias a la gran fuerza bruta aplicada a los renuentes controles. El lado izquierdo del coche se levantó, y el wookiee aprovechó el momento para girar nuevamente a la derecha en una avenida lateral, esperando así poner fin a la persecución. Desafortunadamente, había hecho girar el largo coche directamente hacia un gran transporte de tierra.

Se le vino a la mente un dicho propio de Han Solo:

¡Cuando no ayuda engullirlo despacio, viértelo dentro!

Siguiéndolo, presionó los interruptores de la palanca de apoyo para obtener un impulso completo y la guía auxiliar respondió. Ahora, el problema inmediato era un robot recolector de basura abriéndose paso sobre la rampa. Su sistema piloto se encontró con el dilema de aquella obstrucción inusual. Chewbacca, trató de sacar provecho de la fuerza centrífuga, y presionando sus propulsores ascendió la rampa a toda velocidad y de frente contra la valla de seguridad. La valla, parte del sistema de control de tráfico basado en unos sistemas muy arcaicos, dio inclinación al vehículo a medida que el wookiee encarrilaba el deslizador, con la mitad sobre el permacreto y la otra sobre la valla aplastada. Han, subiéndose arrastrando sobre la cabina, echó una mirada hacia atrás y golpeó la cubierta

nuevamente. El robot basurero se aproximó por el otro lado y los dos vehículos pesados pasaron a cada lado. El deslizador había perdido el extremo del espejo retrovisor y parte del almuerzo para el día de campo, y los restos del contenedor del robot basurero salpicaron sus estabilizadores verticales de gran altura.

Chewbacca aullaba eufóricamente un ancestral grito de guerra wookiee. Hasti acababa de abrochar su cinturón de seguridad y el de Badure cuando el coche entró en la avenida principal. Al ver que conducía en sentido contrario en una carretera de alta velocidad, el wookiee se deslizó hacia la cuneta mientras evaluaba la situación. Mantuvo un dedo en el botón de la bocina, haciendo sonar las dos primeras estrofas del Himno de la Universidad repetidas veces. Después de considerar todos los factores, Chewbacca sentía que las cosas iban bastante bien.

Han, de regreso en la cabina de pasajeros, tenía una opinión completamente diferente. La limusina negra había sacado ventaja del respiro de Chewbacca y continuaban todavía detrás de ellos.

El intercomunicador no funcionaba, por lo que Han abrió la ventanilla delantera de la cabina de pasajeros y gritó irritado.

—¡Todavía están detrás de nosotros!

El wookiee expresó con un gruñido una respuesta irritada, y luego divisó la salida. Giró el volante con tal énfasis que la barra de dirección gimió amenazando romperse. Pero el deslizador derrapó desde la parte de atrás frente a tres carriles de sentido contrario, y Chewbacca se mantuvo en el carril central esperando una oportunidad entre el tráfico. Los sistemas automáticos de seguridad habían previsto la potencial masacre y las luces secuenciales indicadoras comenzaron a transmitir repentinamente, poniendo en alerta a otros conductores de donde se encontraba el peligro.

Mientras tanto Han, aferrado al marco de la ventanilla, vio la limusina acercándose a ellos. El conductor aprovechaba la brecha en el tráfico que el wookiee había abierto. Han afirmó su hombro derecho sobre un lado del marco de la ventana y el izquierdo en el otro para afianzarse y obtener un blanco estable. Justo cuando disparó, Chewbacca, aprovechando un hueco en el tráfico, tiró de los mandos de dirección e hizo un duro viraje hacia la mediana. El disparo de Han, totalmente fuera de control, hizo un pequeño agujero en la carretera moldeada por fusión.

Chewbacca se abalanzó sobre la mediana tan directamente como pudo, consciente y preparado para resistir una colisión. Golpeó la valla apretando el acelerador, dejando caer su enorme pie sobre los duros propulsores de emergencia.

El motor aulló y Hasti se agarró a Badure. El deslizador atravesó la doble valla de retención, llevándose consigo dos largos tramos de la misma con él. Chewbacca seguidamente se abalanzó sobre la inclinación central; dos farolillos se desprendieron del coche, y sus antenas laterales habían sido completamente arrancadas, según pudo comprobar.

Han agarró con ambas manos el cinturón de seguridad y apretó los pies contra la pared delantera de la cabina de pasajeros. El coche pasó como un relámpago por la valla hacia la parte superior del linde. Las juntas del coche se estiraron y

luego estallaron en una sacudida titánica que envió el resto de la cesta del almuerzo por los aires.

Cayendo estrepitosamente por el linde y a través de una segunda valla de seguridad, irrumpieron en las vías de tránsito ahora en la dirección apropiada; a excepción de la velocidad. Pilotando inteligentemente, el wookiee evitó más colisiones. El deslizador avanzaba a buena velocidad, dejando atrás adornos y pedazos de madera de greel hecha añicos.

Echando una mirada por la ventanilla, Han se encontró siendo el objeto de escrutinio sorprendido de un catedrático bastante mayor, en un taxi automatizado. Chewbacca aceleró y dejó atrás al catedrático.

Menos de un minuto después, la limusina negra apareció por la cresta del linde y descendió a través de la estela de destrucción creada por Chewbacca deslizándose en las vías de tránsito.

Un hombre, manteniendo un largo rifle disruptor en sus manos, se había puesto de pie y sacado su cabeza y el arma a través del techo corredizo.

Han dejó la cabina de pasajeros y, colocando un pie sobre el pasamanos y el otro en el estribo lateral, se dejó caer en el compartimiento del conductor.

—Los tenemos detrás y están muy enfadados —gritó.

—¡Huir y evadirse, viejo camarada!

En el mismo momento en que Han animaba a su socio, Chewbacca metía el deslizador a través de un zig zag, ignorando las líneas luminosas que delimitaban los carriles y dando plena potencia al motor que había comenzado a soltar humo negro.

Entonces, el francotirador, con un ojo en la mira de su arma, disparó. Un rayo disruptor chisporroteó sobre uno de los estabilizadores verticales de color escarlata, prendiendo fuego a la madera lacada y provocando un cortocircuito en las luces traseras. Han se puso de pie, con una mano firmemente sujeta en el parabrisas y el bláster en la otra. Respondió al francotirador con otro apresurado disparo; el rayo, sin provocar daños, se esparció por encima del permacreto.

Un segundo haz del rifle siseó a través de la cabina.

—¡Sácanos de aquí antes de que nos corten por la mitad! —gritó Han a su segundo oficial.

El humo del capó se hizo más espeso. El wookiee hizo girar los mandos de dirección, virando y poniendo un enorme transporte robot entre el deslizador y la limusina. Otro disparo del disruptor falló y quemó la parte trasera del transporte. La última vista que Han tuvo de la limusina fue de su conductor tratando de hacer maniobras para obtener otro disparo claro.

Han gritó a Chewbacca.

—¡Aprieta los propulsores de frenado!

El wookiee lo hizo sin dudarle ni un momento, acostumbrado a las alocadas inspiraciones de su amigo. Cuando el transporte dejó atrás el deslizador, se encontraron directamente con la limusina. El francotirador asombrado comenzó a subir nuevamente su arma, pero Han disparó primero. El tirador, agarrando firmemente su antebrazo quemado, se deslizó a través del techo corredizo.

El segundo disparo de Han estalló arrancando un pedazo de una puerta de la limusina. Dos o tres seres trataban de abrirse paso a codazos a través del techo

corredizo para preparar un lanzacohetes. Si no podían detener el deslizador, entonces lo harían estallar por los aires con todo el pasaje dentro.

Han sintió la sobretensión del deslizador y miró alrededor. Directamente delante de ellos estaba el transporte, con su larga portilla trasera rebotando sobre el permacreto. Su depósito estaba medio lleno con una montaña de escombros de construcción apilados contra la pared delantera.

Un paso superior de carretera surgió amenazadoramente a lo lejos; Han rápidamente entendió el plan de su segundo oficial, enfundó su arma, y se pegó a Badure y Hasti para proteger sus vidas. El deslizador aceleró hacia la portilla trasera colgante, con el motor desprendiendo más humo negro y los propulsores auxiliares comenzando a sobrecargarse. Chewbacca presionó los frenos reduciendo la velocidad y así poder cronometrar la maniobra, luego imprimió pleno poder al motor y a los propulsores delanteros diseñados para ayudar al conductor a sortear obstáculos bajos. El vehículo aceleró subiendo la rampa y sorteando el montón de escombros que había apilados en la pared delantera del depósito del transporte y salió disparado por los aires con el wookiee manejando los controles frenéticamente. En ese momento, el paso superior de carretera estaba bajo ellos, y por algún milagro del destino se encontraba vacío de tráfico en ese momento.

El deslizador golpeó con un impacto que colapsó su sistema de suspensión quemando su fuente de energía, destrozando los farolillos restantes y haciendo pedazos las ventanas de la cabina de pasajeros. Se deslizó sobre el permacreto por el paso superior contra una pared estrujando la capota y provocando el sonido metálico de las puertas al rozar con la pared.

Tosiendo, Han y su segundo oficial sacaron a Hasti y Badure de la ruina en la que había quedado convertido el deslizador. La limusina negra se veía distante calle abajo, forzada a seguir el flujo del tráfico. Chewbacca examinó el coche arrasado con pesar, sorbió por la nariz y gimoteó.

Limpiándose los ojos y tosiendo, Hasti preguntó,

—¿Quién les dijo, idiotas, que eran aptos para conducir? —Luego, viendo la presencia sombría de Chewbacca, preguntó—: ¿Qué es lo que le pasa?

—Cree que le va a costar recuperar su depósito por el deslizador —aclaró Han.

Policía aérea y de superficie estaban convergiendo en la calle, bajo la dirección del control de tráfico, comenzando a investigar y reparar la vía principal de abajo. Como Chewbacca se desvió de la carretera principal hacia el paso superior, probablemente provocaría que las administraciones locales tardasen algún tiempo en entender lo sucedido.

V

—¡Cálmate y estate quieto!

Han agarró firmemente a su segundo oficial por la cabeza.

El wookiee estaba sentado en una silla de aceleración manchada de sudor en el compartimiento delantero del *Halcón Milenario* contoneándose y sin poder ahogar sus quejidos. Sabía que la lesión de su cuello requería atención inmediata. Han, colocado detrás del wookiee, moviendo los pies para conseguir una postura mejor, mantenía sujeta la barbilla de su amigo con un codo. Empujó la palma de su mano contra el cráneo del wookiee.

—¿Cuántas veces he hecho esto? ¡Deja de quejarte!

Han comenzó a ejercer presión otra vez, retorciendo la cabeza de Chewbacca hacia arriba y a la izquierda. El wookiee obedientemente contuvo sus ansias de levantarse apretando sus dedos sobre los posabrazos de la silla de aceleración. Encontrando resistencia, Han inspiró profundamente y sin avisarle, tiró bruscamente de la peluda cabeza todo lo que pudo. Se produjo un crujido y Chewbacca emitió un ladrido agudo resollando lastimosamente, pero cuando Han vio erizarse el pelaje de su amigo, dio un paso hacia atrás. El wookiee frotó su cuello y movió la cabeza sin dolores. Inmediatamente se marchó a preparar la nave para el despegue.

—Si ha acabado de atender al herido, doctor, entonces —dijo Hasti desde su asiento junto al tablero de juegos— es hora de hablar de ciertas cosas.

Apoyándose contra la estación de tecnología, Han asintió.

—Pongamos las cartas sobre la mesa y veamos que es lo que tenemos.

Badure, totalmente recuperado de los efectos del rayo aturridor, estaba sentado al lado de Hasti. Para evitar conflictos, continuó él mismo.

—Encontré a Hasti y a su hermana, Lanni, en un campamento minero de un planeta llamado Dellalt, aquí en la Hegemonía de Tion. Era una pequeña operación de saqueo; y fui contratado para el trabajo allí.

Badure ignoró la sorpresa de Han.

Las cosas te han ido peor de lo que pensaba, se percató el piloto.

—...y las cosas no estaban mejor para ellas —siguió Badure—. Tú sabes como pueden llegar a ser esos campamentos, y éste es de lo peor que he visto. Éramos vigilados por otros trabajadores. Lanni era una piloto del campamento y realizó muchos trabajos pilotando y transportando carga.

»En alguna parte, ella encontró un disco de un diario de a bordo, un tipo de disco muy antiguo. Ninguna nave estelar ha usado uno de ellos en siglos. Ella no podía leer los caracteres, por supuesto, pero había una marca identificativa que la mayoría de los seres en aquella parte del espacio conocían, la *Reina de Ranroon*.

—¿Cómo una grabación de un diario de a bordo llegaría a Dellalt?

—Allí es donde están las bóvedas acorazadas —dijo Badure.

Eso trajo algunos recuerdos a Han. Xim El Déspota había dejado tras él, leyendas de planetas enteros devastados, de aniquilación de prisioneros y otras atrocidades. Y Xim El Déspota había ordenado que estupendas bóvedas de tesoros fuesen creadas para que los tributos le fuesen enviados por sus ejércitos conquistadores. El tesoro nunca llegó, y las bóvedas vacías perduraron después

del reinado de Xim convirtiéndose en una curiosidad menor, generalmente ignorada por la gran y ocupada galaxia.

—¿Estás diciéndome que la *Reina* llegó a Dellalt después de todo?

Badure negó con la cabeza.

—No, pero alguien se hizo con ese disco del diario de a bordo.

—El disco está en una caja de seguridad en la instalación de almacenamiento pública que estableció operaciones en las viejas bóvedas —le contó Hasti a Han—. Mi hermana tenía miedo de que se lo quitaran los de la compañía de minería en una inspección sorpresa o revisión de barracones. Así que ella se desvió en un viaje de carga e hizo el depósito.

—¿Cómo consiguió meterlo en ese lugar? ¿Y dónde está ella ahora?

Han vio la respuesta en la cara de ambos y no estaba sorprendido. Ya había comprobado que la oposición era fervorosamente mortal. Abandonó el tema.

—Entonces, vayámonos a Dellalt antes de que venga el agente de alquiler buscando su deslizador.

Badure, golpeteando su amplia barriga, anunció:

—Tenemos a otro pasajero más. Está en camino ahora mismo. Cancelé nuestras reservas en el transporte público, por lo que la línea le referirá directamente hacia aquí.

—¿Quién? ¿Para qué le necesitamos?

Han estaba poco dispuesto a involucrar demasiadas personas en aquella caza del tesoro.

—Su nombre es Skynx; es un experto de categoría en mediciones de tiempo Pre-República en esta parte de espacio. Lee los lenguajes antiguos; y ya ha descifrado algunos caracteres que Lanni había copiado del disco del diario de a bordo. ¿Es lo suficientemente bueno para ti?

—Condionalmente. Alguien —puntualizó Han— debería descifrar el disco para averiguar lo que le sucedió a la *Reina*.

Quitándose chaleco, Han se deshizo de la cartuchera.

—Siguiente pregunta: ¿Quién es la oposición?

—Los operadores de la mina. Tú sabes cómo trabaja la Hegemonía de Tion. Alguien paga a alguien en el Ministerio de Industria y obtiene un permiso. Las máquinas mineras excavan de cualquier manera, agarran lo que pueden y se marchan antes de que cualquier inspector u oficina legal les alcancen. Normalmente obtienen la financiación de algún jefe del crimen.

—Ese campamento está gobernado por unos gemelos. El nombre de la mujer es J'uoch y Wall el de su hermano. Tienen un socio, Egome Fass, el ejecutor. Es grande y medio humanoide, un houk, aún más alto que Chewie. Los tres son muy duros, y así es cómo juegan.

Han se había ceñido su pistolera y transferido y enfundado su bláster.

—Ya veo. ¿Y todo lo que quieres es que te llevemos a Dellalt y luego te saquemos de allí?

Justo entonces un ladrido del wookiee por el interfono anunció la llegada de alguien.

—Ese debe ser Skynx dijo Badure.

Han se adelantó a la confirmación e hizo subir al académico.

—Si nos llevas a las bóvedas y luego nos sacas de Dellalt otra vez —continuó Badure—, te pagaré dos veces el precio que pidas, sacándolo del tesoro. Pero si nos acompañas, tú y el wookiee obtendréis una parte del tesoro.

Hasti gritó:

—¡Media parte!

Al mismo tiempo que Han protestaba:

—¡Una parte entera cada uno!

Ambos se miraron a la vez.

—Resultas ser un poco tacaña, ¿no, querida? —preguntó Han—. ¿Cómo piensas lograr llegar allí sin nosotros? ¿Agitando los brazos?

Han escuchó el ruido de los pasos de Chewbacca acercándose desde la escotilla principal.

La escasa paciencia de Hasti explotó.

—¿Por un salto, tú y ese felpudo queréis una parte completa cada uno?

Badure alzó sus manos y les gritó en voz alta.

—¡Es suficiente! Parecéis dos críos. Estamos discutiendo por calderilla cuando hay suficiente para todos. La cosa está así: una parte entera para mí porque saqué a Hasti viva de Dellalt y porque Lanni nos dijo todo lo que sabía a nosotros. Dos partes para Hasti, la suya y la de la pobre Lanni. Y para ti, para Skynx, y para el wookiee, medias partes cada uno en este momento. Dependiendo de lo que hagan en el curso de la búsqueda del tesoro, renegociaremos. ¿De acuerdo?

Han estudió a Badure y a la hirviente chica pelirroja.

—¿De cuánto estamos hablando aproximadamente? —quiso saber.

El viejo inclinó su cabeza.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

Badure indicó a la persona que había subido abordo y seguía a Chewbacca hacia el compartimiento delantero.

¿Por qué asumí que sería humano?

Han se preguntó si sería un ruuriano. Era de tamaño medio, de aproximadamente un metro de altura, con grueso pelaje ámbar de lana adornado con bandas de colores marrón y rojo. Caminaba sobre ocho pares de extremidades pequeñas con un movimiento gracioso de ondeo. Antenas plumosas, que oscilaban de arriba abajo enrolladas sobre su cabeza. Tenía unos grandes y multifacéticos ojos rojos, una boca diminuta y unas fosas nasales pequeñas. Detrás de él traía su equipaje compuesto de varias cajas de embalaje. Skynx hizo una pausa y se levantó sobre sus últimos cuatro pares de extremidades. Los dedos en sus extremidades, cuatro por cada una de ellas, eran mutuamente oponibles, hábiles, y muy versátiles.

Agitó los brazos hacia los humanos.

—Ah, Badure —llamó con una rápida y aguda voz—, y la preciosa Hasti. ¿Qué tal, señorita? Ya conozco a este buen wookiee. ¿Así es que usted sería nuestro capitán, señor?

—¿Sería? Soy. Han Solo.

—¡Encantado! Soy Skynx de Ruuria, sub-departamento de Historia Humana, sub-división de la Pre-República; vamos..., quien la saca adelante... creo yo.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Han, viendo la extraña anatomía de Skynx.

No viendo ninguna razón para demorarse hacia el tesoro perdido, inquirió:

—¿Cuánto dinero obtendremos?

Skynx ladeó su cabeza mientras pensaba.

—Hay demasiada información conflictiva acerca del *Reina de Ranroon*. Es mejor decir esto: La nave del tesoro de Xim El Déspota era la más grande construida en aquellos días. Su valoración no es menos plausible que la mía.

Han se reclinó y comenzó a pensar en los palacios de recreo, las apuestas planetarias, los yates estelares, y todas las mujeres de la galaxia que aún no habían tenido la fortuna de conocerle. Chewbacca bufó y regresó a la cabina del piloto.

—Cuenta con nosotros —anunció Han—. Deje sus cosas allí mismo, Skynx. Badure, Hasti, siéntanse como en casa.

Hasti y Skynx quisieron observar el despegue desde la cabina del piloto.

Cuando estaban solos, Badure habló a Han más confidencialmente.

—Hay una cosa que no quise que los demás escuchasen, Han. Llegaron a mis oídos algunos de los alocados contratos que habías aceptado. Se dice por ahí que alguien te anda buscando. Mucho dinero está siendo untado por todas partes, pero aún no he escuchado ningún nombre. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser?

—Media galaxia, o eso es lo que siento algunas veces. He realizado demasiados viajes, muchos tratos, trabajos, y cáncamos. ¿Cómo podría saberlo?

Pero diciendo esto, su expresión se endureció, y Badure llegó a la conclusión de que Han tenía una idea muy clara de quién podría estar buscándolo.

Han se quedó en la mitad del compartimiento delantero, escuchando. La estación de tecnología y la mayor parte del equipo en el compartimiento había sido desconectados para aminorar el nivel de ruido y Han pudo sentir las vibraciones de los motores del *Halcón Milenario*.

Oyó un sonido detrás de él. Han se giró, encorvándose, en un movimiento de velocidad, y disparando desde la cadera. El objetivo remoto, un pequeño globo que se desplazaba con chorros de repulsión de aire comprimido, no logró evadir su rayo. Su contrafuego pasó por encima de Han. Desactivado por el inofensivo rayo de Han, el orbe quedó inactivo, aguardando otra secuencia de prácticas. Han miró hacia donde Bollux estaba sentado con sus placas del pecho abiertas. Max Azul, la pequeña computadora alojada dentro de la cavidad torácica del droide, había estado monitoreando el remoto.

—Te dije que quería la prueba más dura que ese sistema de circuitos idiota fuese capaz de ofrecerme —reprendió Han a Max Azul.

Bollux, de un verde destellante y cuerpo de barril, tenía unos brazos largos asemejándolo a un simio. La computadora, una cajita escandalosamente cara y construida con altas capacidades, estaba pintada un azul oscuro, por el cual le había venido su nombre. Parte del dinero que obtuvieron en el Sector Corporativo se había utilizado en las modificaciones que los dos autómatas habían solicitado, porque sin ellos, él y Chewbacca nunca podrían haber sobrevivido. Ahora, Bollux incluía el más nuevo y potente aparato receptor del mercado, y Max Azul había sido provisto de un holoprojector compacto.

—¡Así fue! —objetó la pequeña computadora—. Puedo ajustarlo más si le enfurece tanto, podría recortar el tiempo de respuesta hasta cero si quiere.

Han suspiró.

—No, y cuida tu lenguaje, Max; porque yo hable de ese modo, eso no quiere decir que tú puedas.

Tomó el cargador de reserva que normalmente llevaba en el cinturón.

Badure se reclinaba en una de las sillas de aceleración.

—Has estado practicando durante todo el viaje. ¿Quién te tiene tan preocupado?

Han se encogió de hombros, luego tras un momento de silencio agregó.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Gallandro?

Las dos gruesas cejas de Badure se elevaron.

—¿Gallandro? ¿Tú no te tomas la molestia de meterte con pequeñeces, verdad, «Mañoso»?

—Así es.

Han miró alrededor.

Hasti, por sí misma y por la insistencia de Badure, había confiscado el cubículo personal de Han, para algún propósito secreto. Chewbacca estaba en los controles, pero Skynx estaba presente. Han decidió que no tenía importancia si el ruuriano escuchaba.

—Hice echarse atrás a Gallandro en un duelo hace un tiempo, pero no lo supe hasta que se había marchado. Escucha, tuvo que retirarse en aquel momento porque era parte de una misión que estaba llevando a cabo. Mas tarde, sin embargo, quiso ajustar cuentas. —El sudor se congregaba en su frente mientras recordaba—. Es realmente bueno; yo nunca podría igualarlo en una sesión de prácticas. De cualquier forma, me interpose y aún así salí del enredo. Creo que lo hice parecer a sus propios ojos como un cobarde, pero nunca pensé que lo convertiría en un problema personal.

—¿Gallandro? «Mañoso», estás hablando del tipo que él solo secuestró el *Mensajero de Quamar* cuando era joven y se llevó por delante aquel nido de piratas en Geedon V. Aparte de que fue el pistolero que eliminó a la Familia Malorm, obteniendo la principal recompensa por cada uno de los cinco miembros, al que nadie ha logrado batir la puntuación cuando pilotaba un caza con los *Demonios de Marso* y que además ha sido el único hombre que ha logrado obligar a los Asesinos del Gremio a incumplir un contrato y que personalmente eliminó a la mitad del Círculo de Elite incluyendo jornaleros y aprendices de una sola vez.

—Lo sé, lo sé... —dijo Han cansadamente, sentándose— ...ahora. Si hubiese sabido quién era él, entonces hubiese puesto algunos pársec entre nosotros. ¿Pero que hace un temple como ese buscándome a mí?

Badure le habló como si fuese un niño.

—Han, no puedes hacer que alguien como Gallandro se retracte, y luego dé media vuelta y se marche poniéndose a sí mismo en ridículo: Es un tipo que vive de su reputación. Tú lo sabes mejor que nadie. No aceptan insultos y nunca, jamás se echan atrás. Te perseguirá hasta que salde las cuentas contigo.

Han suspiró.

—Es una galaxia grande; él no puede perder el resto de su vida buscándome.

Han deseaba poderlo creer.

Se produjo un sonido detrás de él, e instantáneamente salió lateralmente de la silla, disparando a media altura y rodando para evitar el agujonazo disparado por el remoto. Su rayo aguja impactó en un punto muerto del entrenador remoto.

—Buen intento, Max —comentó.

—Dispara usted como un verdadero experto, capitán —dijo Skynx desde el rincón del sofá acolchado de aceleración.

Han se levantó sobre sus pies.

—¿Conoce algo acerca de la maestría del bláster, verdad? —dijo formándose automáticamente un juicio sobre el académico—. ¿Por qué ha venido a este viaje? Nosotros podíamos haberle traído el disco.

El pequeño ruuriano pareció avergonzado.

—Er..., esto..., como usted probablemente sabrá, el ciclo biológico de mi especie es...

—Nunca había visto a un ruuriano hasta que le conocí —intercaló Han—. Skynx, hay más formas de vida en esta galaxia de las que cualquiera podría llegar a contar. Debería saberlo. Precisamente, la catalogación de todas las especies sería el trabajo de toda una vida.

—Por supuesto. Para aclarárselo; nosotros, los ruurianos tenemos tres procesos en nuestro ciclo después de poner el huevo. El proceso de larva, ese, es en el que me está viendo; el ciclo de la crisálida, en el cual experimentamos cambios mientras estamos en él; y la etapa de final de vida, en el cual nos convertimos en criaturas voladoras cromáticas y así aseguramos la supervivencia de nuestra especie. La crisálida está bastante desprotegida, ¿entiende? Y la criatura cromática voladora es la que realiza el proceso de cortejo, el apareamiento y el desove.

—Será mejor que no aparezcan capullos de larva o huevos en esta nave —le avisó Han misteriosamente.

—Lo promete —dijo Badure impacientemente—. Ahora, continúa escuchando a Skynx.

—Todo es abandonado en las etapas larvales. Los ruurianos protegen a las crisálidas y se aseguran que las criaturas cromáticas no tengan problemas y pueda salir del planeta. Estamos muy ocupados con nuestros derechos de nacimiento.

—¿Y qué hace una bonita larva como tu buscando una nave del tesoro perdida? —preguntó Han.

—He estudiado las historias de su especie, y me quedé fascinado con el concepto de aventura —confesó Skynx a la vez que se desahogaba de alguna perversidad oscura—. De todas las razas que arriesgan su bienestar en resultados inciertos, y no existen muchas estadísticamente, este rasgo es más notable en la humanidad, una de las formas de vida con más éxito.

Skynx trató de expresar sus siguientes palabras cuidadosamente.

—Las historias, las leyendas, las canciones, y los holo-thrillers tienen su atractivo. Algunas veces he tenido el deseo de, antes de tejer mi crisálida y dormirme profundamente para emerger como una de las criaturas cromáticas en

lugar de Skynx, dejar de lado el sentido común y probar una aventura al estilo humano.

Diciendo esto último, sonó feliz.

Hubo un silencio.

—Cántale la canción que me cantaste a mí, Skynx —le invitó Badure finalmente.

En el rincón tapizado que él había ocupado durante la mayor parte del viaje, Skynx había establecido la versión de su especie de una estantería de almacenamiento, un almacén arbóreo en lugar de cajas o maletas. De sus diversas ramas colgaban los bienes personales de Skynx y los artículos que prefería tener cerca de él. Cada artefacto era un enigma, pero entre ellos había aparentemente instrumentos musicales. Han había escuchado bastante música no humana para querer evitar la experiencia. Aunque podría ser partícipe de un entretenimiento decente, también podría escuchar sonidos semejantes al cuerpo de alguien aplastado por un vehículo terrestre.

Cambió de tema rápidamente.

—¿Por qué no nos muestra usted qué hay en las cajas? —Han miró alrededor—. ¿Dónde está Hasti? Ella debería estar aquí. Pronto bajaremos al planeta.

—Ella tiene preparativos que hacer —dijo Badure—. Skynx, muéstrale esos restos; podrían interesarle.

Skynx se levantó, sacudió su pelaje ámbar para mullirlo, y salió de su rincón.

Esperando que con "los restos" no se refirieran a los objetos desagradables que había visto en los museos, Han se acercó a las cajas de madera con una palanca de energía.

Bajo la dirección de Skynx, Han abrió una caja y asombrado silbo suavemente.

—¿Badure, me hechas una mano para sacar esta cosa de la caja, quieres?

Entre ambos, y con gran esfuerzo, alzaron el objeto, colocándolo en el tablero de juegos. Era la cabeza de un robot. Más concretamente, era el cráneo de algún robot muy antiguo. Sus fotorreceptores ópticos estaban oscuros por el mucho tiempo que habían soportado las radiaciones. Estaba blindada como un acorazado, con una gruesa y pesada aleación gris que Han no reconoció.

La insignia clasificada y las marcas técnicas grabadas en su superficie seguían siendo visibles y legibles. Han esperó que la rejilla del vocalizador arrojarse un desafío.

—Es un robot de guerra. Xim El Déspota construyó una brigada de estos para hacer las funciones de su guardia real —expuso Skynx—. Eran, en aquel entonces, las más formidables máquinas de combate con apariencia humana de la galaxia. Estos restos fueron recuperados de las ruinas de la fortaleza orbital de Xim, posiblemente la única que no fue vaporizada en la Tercera Batalla de Vontor, la derrota final de Xim El Déspota. Hay más piezas en esas otras cajas. Había por lo menos mil exactamente iguales a este viajando a bordo de la *Reina de Ranroon* y guardando el tesoro de Xim cuando la nave desapareció.

Han abrió otra caja de madera. Contenía un pecho enorme; Han sabía que nunca podría sacar el objeto sin la ayuda de Chewbacca. En el centro del pecho estaba la insignia de Xim, una calavera con rayos solares saliendo de las órbitas

de los ojos. Bollux se acercó, abriendo los paneles del pecho en su máxima extensión para dejar a Max Azul contemplar aquellas cosas lo mejor posible. Las dos máquinas habían sido combinadas por un grupo de técnicos proscritos y habían sido el instrumento de la supervivencia de Han en la prisión de la Autoridad llamada *Confin de las Estrellas* hacía algún tiempo. Bollux y Max habían decidido unirse a Han y Chewbacca, intercambiando trabajo por pasaje, para ver la galaxia.

—Capitán, el primer oficial Chewbacca dice que volveremos al espacio normal en poco tiempo —anunció el droide.

Entonces, sus fotorreceptores rojos vieron el cráneo, y Han pudo haber jurado que el color se volvió abruptamente más claro.

En una voz más apresurada que su usual arrastre, Bollux preguntó:

—¿Señor, qué es eso?

Se inclinó para ver más de cerca la cosa. Max estudió la reliquia también.

—Es muy antiguo —meditó el pequeño droide—. ¿Qué clase de máquina es?

—Es un robot de guerra —dijo Han, examinando cuidadosamente las otras cajas—. El ilustre abuelito de Bollux, tal vez.

Han no se fijó en los dedos metálicos del droide palpando desconcertantemente la forma de la cabeza maciza.

Han mascullaba para sí mismo.

—Puntos reforzados en las articulaciones, armadura de calibre pesado —dijo apuntando—. ¡Mira lo grueso que es! Podrías dejar a un taller mecánico apagado con esos sistemas de energía. Hmm, armas incorporadas, químicas y de energía.

Dejó de mascullar y miró a Skynx.

—Estas cosas debieron de ser imparables. Incluso con un bláster no querría encontrarme con uno.

Deslizó hacia atrás la tapa de la caja.

—Encuentren un lugar y acomódense. Saldremos del hiperespacio tan pronto como llegue a la cabina del piloto. ¿Dónde está Hasti? No puedo retrasar la salida al espacio normal.

Su mandíbula se cayó.

Hasti —tenía que ser ella— había aparecido en el compartimiento delantero. Pero la chica del mundo fábrica y del campamento minero había desaparecido. El pelo rojizo, ahora caía en suaves ondulaciones. Llevaba puesto un vestido de ricas telas iridiscentes de colores negro y carmesí; el bordillo de su traje de noche era rizado en la parte delantera, su chal cepillaba las planchas de la cubierta, y sobre él llevaba puesto un abrigo bastante acolchado con unas mangas voluminosas, la capucha arrojada hacia atrás y el cinto dorado abierto.

Sus movimientos dejaban ver flexibilidad en los ornamentos cosidos. Se había puesto maquillaje también, pero con tal control que Han no supo asegurar dónde o como lo había hecho. Ella estaba más fría, más equilibrada, y parecía mayor de lo que Han recordaba. Su expresión desafiaba a Han para que hiciese un comentario sarcástico. Una parte de él trataba de recordar cuánto tiempo había pasado desde que había visto alguna chica atractiva.

—¡Hija! —respiro Badure—, por un momento pensé que eras un fantasma. Creí que eras Lanni de pie ahí mismo.

¡Hace una hora hubiese dicho que no podría encontrar un romance ni en un campamento de prisioneros con una mochila-jet puesta! Me equivoqué, pensó Han.

Entonces se encontró diciendo:

—Pero, ¿por qué?

Mientras Hasti analizaba a Han distanciadamente, Badure se lo explicó.

—Cuando Lanni se desvió de su ruta para guardar el disco del diario de a bordo en la bóveda, ella se vistió con las ropas que lleva Hasti para que no se filtrase que una mujer del campamento minero había estado allí. Afortunadamente, ella nos dio la combinación del código de alquiler y de recuperación antes de que fuese asesinada por los hombres de J'uoch. Hasti debe parecerse lo más posible a la pobre Lanni, en el caso de que cualquiera de los empleados de la bóveda recuerde a su hermana.

Hasti hizo una seña hacia atrás, hacia el cubículo de Han.

—Bonito revolcadero tiene usted allí; parece el después de una fiesta de seis días.

La réplica de Han fue interrumpida por una voz enojada desde la cabina del piloto. Era Chewbacca insistiendo a Han a volver a la cabina para la reversión al espacio normal.

—Me pregunto si sería demasiado pedir observar el procedimiento desde la cabina del piloto —dijo Skynx a Han.

—Seguro; encontraremos algún lugar para usted. —Han se encontró con la lejana y fija mirada de Hasti—. ¿Y a usted? ¿Le gustaría observar?

Ella frunció su boca indiferentemente. Skynx dejó de observarles, concluyendo que era una variación humana del inicio de los rituales de cortejo y excitadamente se apresuró a la cabina del piloto seguido por Badure. Han, sopesando la expresión de Hasti, decidió no ofrecerle su brazo y no tocarla mientras la guiaba. Ninguno de ellos advirtió a Bollux, quien se quedó atrás, contemplando la cabeza del robot de guerra, con sus fríos dedos sobre la imponente frente blindada.

VI

Dellalt, en su apogeo, había sido miembro notable de un grupo estratégico de planetas durante la fase Pre-República conocido localmente como Período de Expansión. Esa importancia había dirigido su rumbo. Alterando rutas de comercio, incrementando los rangos de navegación de las naves, obteniendo una intensa competencia comercial, pero la desarticulación social y los centros reestructuradores de la emergente República habían convertido al planeta en un lugar poco visitado por los turistas, incomunicado incluso con el resto de la Hegemonía de Tion.

La superficie de Dellalt tenía más cantidad de agua que de tierra firme. La bóveda del tesoro de Xim estaba localizada cerca de un lago en el hemisferio sur del planeta de tres continentes, una porción de tierra con forma de gancho que cruzaba el ecuador de Dellalt y que se extendía casi hasta el polo sur.

Alrededor de las bóvedas había una gran concentración demográfica, una pequeña ciudad construida por los ingenieros de Xim.

Los viajeros estudiaban la ciudad durante su acercamiento.

Los emplazamientos de armas pesadas y las estructuras de defensa alrededor de la ciudad se encontraban ahora en ruinas y llenas de maquinaria destruida. Los pilares demolidos de un mono-rail y otros grandes edificios derrumbados estaban cubiertos por gruesas plantas trepadoras. Las construcciones recientes eran escasas, pobremente planificadas y hechas con materiales sencillos. Los escombros acumulados en el alcantarillado y en la planta de tratamiento de aguas indicaban exactamente cuánto hacía que Dellalt había sido olvidado.

Badure había mencionado que el planeta abrigaba una raza de sauropteroides, unos gigantescos reptiles acuáticos que vivían en una relativa paz con los habitantes humanos.

El funcionariado del espacio puerto era inexistente; una burocracia era un gasto innecesario, algo que la Hegemonía de Tion deshecho.

Han y Badure tenían la misión de atraer la atención; haciendo como que estiraban las piernas y paseaban, bajaron por la rampa de la nave en la zona de aterrizaje, que no era más que una pradera donde se vislumbraban las señales de quemaduras de anteriores aterrizajes y despegues.

Sus respiraciones se cristalizaron en el frío aire. Han llevaba puesta su chaqueta de vuelo. Reluciente, agrietada y consumida por el tiempo, mostrando manchas más oscuras donde los parches e insignias habían sido quitados o recolocados. Se levantó el cuello de la camisa contra el viento.

Debajo de ellos, la decadente ciudad se extendía a lo largo del terreno hasta el lago, largo y estrecho, que formaba parte del intrincado sistema acuático de Dellalt.

Han estimó que por las condiciones del área de aterrizaje no debían de haber más de tres o cuatro aterrizajes por año dellaltiano, probablemente sólo las patrullas enviadas por la Hegemonía y algún que otro vagabundo ocasional. El año planetario era aproximadamente como un año estándar, con los días un poco más cortos de lo normal.

La gravedad era ligeramente superior a la estándar, pero dado que Han había ajustado la gravedad artificial del *Halcón* según los parámetros del planeta durante el vuelo, apenas la advirtieron.

Gente de la ciudad se acercaba corriendo y riendo a la vez que gritaban sus saludos. Las prendas de las mujeres se parecían a las de Hasti, con variaciones de color, doblamiento y corte del vestido. El atavío masculino tendía hacia los pantalones ajustados, chaquetas acolchadas y todo tipo de sombreros y turbantes con capas de pliegues o fluidas túnicas. Los niños emulaban la apariencia de sus padres en miniatura. Alrededor de aquellos humanos, había una jauría de chillidos de unos animales domésticos que andaban a buen paso, cuadrúpedos con una piel semejante a la de la fruta, con dientes como agujas y colas prensiles.

Han preguntó quién era el propietario de la construcción solitaria del campo de aterrizaje, un decadente edificio de losa con cerrojo que podría ser utilizado como hangar o almacén. El propietario apareció rápidamente, abriéndose paso a través de la multitud con maldiciones e insultos que nadie pareció tomarse personalmente. Era pequeño pero fornido, con un bigote desaliñado que escondían sus mejillas y su garganta despellejada por alguna enfermedad local. Sus dientes estaban rotos y eran del color del café. El cuidado médico tosco o inexistente era demasiado común en mundos marginales como para que Han se sintiese mal.

Han le preguntó por el edificio. El lenguaje de Dellalt era el básico, pero distorsionado por un recio acento.

El hombre insistió que las condiciones de alquiler eran un problema tan insignificante que no había razón para desaprovechar el tiempo de Han, y que la descarga podría comenzar de inmediato. El piloto sabía que era una farsa, pero el enfrentamiento era una parte del plan de Badure.

Bollux apareció y comenzó a hacer viajes entre la nave y el edificio. Al principio, el droide se quedó perplejo por los gritos; los niños riendo y gruñendo o mordiendo a los cuadrúpedos domésticos.

Pero los primos del propietario amenazaron, maldijeron y los echaron, formando rápidamente una escolta alrededor del droide para asegurarse de que podría trabajar en relativa paz.

Inmóviles, muchos ojos siguieron al destellante Bollux; los autómatas eran desconocidos en Dellalt. Los primos del propietario abrieron una de las puertas del edificio solamente el espacio necesario para que el droide lograra pasar. Bollux comenzó a apilar cajas de embalaje, latas, y barriles de presión en el interior. El populacho se arremolinó alrededor del *Halcón Milenario*, tocando tímidamente el tren de aterrizaje y mirando estúpidamente hacia el interior de la nave, murmurando entre ellos. Entonces, alguien advirtió la presencia del wookiee observándoles desde la cabina del piloto. Los gritos y los alaridos aumentaron de volumen; sus manos se alzaron hacia el wookiee en gestos de repeler el mal.

Chewbacca contempló la conmoción de la gente impasiblemente, y Han se preguntó si al populacho se le había ocurrido pensar que el segundo oficial estaba manejando el armamento del carguero.

Una considerable pila de contenedores del cargamento ya se habían acumulado en el edificio cuando, con sus primos situados alrededor de las puertas principales, el propietario abandonó su efusivo acogimiento y recitó una tarifa de

alquiler colosal. Badure agitó su puño cortado bajo la nariz del propietario, y Han gritó una amenaza. El propietario, levantó sus brazos a sus ancestros implorando justicia, y luego insultó la apariencia de los extranjeros y sus circunstancias de nacimiento. Sin embargo, sus primos dejaron continuar al droide con su trabajo apilando las cajas en el edificio. Cada vez que Bollux salía del edificio, uno de los primos cerraba la puerta con un chirrido de goznes primitivos.

Esperando hasta que escuchó aquel sonido por tercera vez, estuvo segura de la rutina y habiendo cronometrado los lentos viajes del droide, Hasti abrió la tapa del contenedor donde estaba escondida y salió de él, levantando el dobladillo del vestido cuidadosamente y frotándose el cuello. Cualquiera que hubiese sido visto bajando de la nave, habría sido seguido por toda la ciudad, por la mitad de la población. Eso, a su vez hubiese imposibilitado la recuperación del disco del diario de a bordo.

El plan de Badure había previsto todo eso. El edificio tenía una pequeña puerta en la parte posterior. Todo era como Badure había predicho, en un mundo retrasado como Dellalt, el dueño de una propiedad con cerrojo, solía pedir mucho dinero por ellas. Por consiguiente, las puertas traseras eran aseguradas por dentro, con sólo un pequeño cerrojo al contrario que las principales. No tenía importancia. Han le había dado a Hasti un vibrocuchillo para el caso de que necesitase salir a la fuerza. Ella solamente necesitó girar el perno y salir por la parte trasera del edificio, empujando con el hombro y cerrando nuevamente la puerta.

Mirando con atención desde la esquina, pudo divisar al menos tres centros independientes de furor. En uno, Han y Badure estaban discutiendo con el propietario, insultando a los antepasados de unos y otros en el mejor estilo dellaltiano de regateo; en otro, parte del populacho estaba señalando y debatiendo apasionadamente sobre el origen de Chewbacca, y finalmente los primos del dueño, luchaban contra el resto para que Bollux pudiese continuar con su tarea de llenar el edificio con las cajas que más tarde confiscarían si los extranjeros no se responsabilizaban de pagar el exuberante alquiler.

Todos los dellaltianos parecían muy felices con su día de fiesta no programado. En la crisis, otros hechos, también planeados por Badure, ocurrían. Skynx bajó muy despacio por la rampa, aparentemente para hablar con Han y Badure. Un grito de asombro vino desde el populacho y la mayor parte de la gente que estaba observando a Bollux, volvieron a la carrera para ver la nueva maravilla.

Asegurándose que su pistola de mano estaba segura en el bolsillo, Hasti comenzó el juego, manteniendo el edificio entre ella misma y el campo de aterrizaje. Había colocado la capucha de la chaqueta sobre su cabeza y pasó desapercibida. Ella había estado antes en la ciudad, enviada por el campamento minero junto con Lanni para hacer compras menores.

Recordando el plano del lugar, se encaminó hacia las bóvedas del tesoro de Xim. El pavimento colocado cuando se construyeron las bóvedas estaba ahora desgastado y desintegrado por el uso y el tiempo. Las calles estaban llenas de baches y de bultos por todos lados y embarradas en los laterales donde las aguas sucias habían sido arrojadas por las ventanas más próximas. Hasti prudentemente no dejó el centro del camino en ningún momento. Alrededor suyo, muchas personas corrían, cojeaban, o eran transportadas hasta la zona de aterrizaje. Dos

ancianos cadavéricos, miembros de la aristocracia local eran transportados en una opulenta silla por seis encorvados porteadores. Los seguía un carro arrastrado por dos esqueléticas bestias de tiro de ocho patas. Tres borrachos se tambaleaban por la calle, con los brazos de unos agarrando a los otros. Hacían gestos con las manos como si jugasen a los bolos, derramando mucho licor. La observaron un momento mientras se codeaban los unos a los otros. Bajo las leyes nativas, una mujer estaba medianamente a salvo, al menos en la ciudad, pero Hasti miró hacia el suelo y puso una mano cerca de la pistola. Finalmente los borrachos decidieron que la nave estelar merecía más su atención o serían excluidos de un acontecimiento que el resto de la ciudad hablaría durante todo el año.

Andando con mucho cuidado a través de una ciudad que parecía caerse a pedazos delante de sus ojos, Hasti casi había llegado a las bóvedas de Xim El Déspota.

Las bóvedas estaban dentro de un complejo de cámaras protegidas por unos inmensos muros; en sus días de gloria, impenetrables por la fuerza.

Los ladrones habían entrado a través de los años encontrando solamente bóvedas vacías, cámaras abismales del tesoro, depósitos, recipientes y estantes vacíos, por lo que pronto habían dejado de venir. Sólo los estudiantes o los peregrinos ocasionales venían a recorrer los oscuros pasadizos del árido edificio de Xim. La Galaxia era rica en vistas y maravillas que eran más atractivas como destino y más fáciles de alcanzar. Allí sólo estaban aquellas viejas bóvedas.

En la desgastada fachada de las bóvedas, estaba grabada la insignia de Xim, una calavera con rayos solares saliendo de las cuencas oculares y unos caracteres en lenguaje antiguo: EN HOMENAJE ETERNO A XIM, CUYO PUÑO UNIRÁ LAS ESTRELLAS Y CUYO NOMBRE SOBREVIVIRÁ AL TIEMPO.

Hasti hizo una pausa para echarse una ojeada a sí misma detrás de una columna caída, esperando parecerse lo suficiente a su hermana.

Continuaba furiosa al recordar el brusco cambio de actitud de Han Solo hacia ella preocupándose por el enganche de su cinturón de seguridad y luego su temerario pero experto descenso al planeta, sólo para impresionarla. O el zoquete no era capaz de ver lo mucho que le desagradaba, o más probablemente, no quería aceptarlo.

En lo alto de las escaleras, cruzó el ancho pórtico sin techo y atravesó el único y gigantesco camino de entrada a las bóvedas. El interior era fresco y oscuro. Había una vasta cámara circular bajo una cúpula de medio kilómetro de diámetro; un mero vestíbulo para el enorme complejo de la bóveda. Pero aquella cámara era la única parte de las bóvedas actualmente en uso. Los ojos de Hasti se acostumbraron a la débil luz de los tubos incandescentes y las linternas de aceite que creaban humos en la habitación cavernosa diseñada para estar alumbrada con monumentales paneles de iluminación.

Más allá, en el centro del lugar había un pequeño grupo de mesas de trabajo separadas por tabiques y pequeños armarios anexos a los administrativos utilizados para la reducida actividad que aún ofrecían las bóvedas. Unos pocos dellaltianos, transportando placas de datos, viejos carretes de memorandos muy antiguos y unos pocos documentos impresos, pasaron junto a ella.

Hasti negó con la cabeza al ver el primitivo funcionamiento. Recordó que la bóveda tenía muy pocos clientes. El Banco Dellaltiano de Intercambio de Divisas,

era una preocupación menor, al igual que La Oficina de Preservación de Monumentos que, sin recursos, arregló el abandonado laberinto y puso el grupo de mesas y las divisiones.

Un hombre se acercó a ella, alto y ancho de hombros, con el pelo blanco al igual que su barba. Se movía enérgicamente; pegado a sus talones venía un asistente, un hombre más pequeño cuyo pelo negro oscuro con la raya al medio dejaba ver un resplandor blanco. La voz del hombre alto era cordial y encantadora.

—Soy el encargado de las bóvedas. ¿Cómo puedo ayudarla?

Manteniendo su barbilla en alto, Hasti contestó en su mejor aproximación al acento local.

—La caja de seguridad. Me gustaría recuperar mi propiedad.

Las manos del encargado se juntaron y entrelazaron los dedos en el signo dellaltiano de cortesía e invitación.

—Por supuesto; la atenderé personalmente.

Se dirigió al otro hombre, quien se marchó diligentemente.

Acordándose de caminar a la derecha, como haría una mujer dellaltiana, Hasti siguió al encargado. Los corredores de las bóvedas, mohosos por los años, exhibían mosaicos de cristales coloridos con una estructura que Hasti no pudo interpretar. Muchas de las piezas estaban agrietadas y faltaban regiones enteras; se internaron en las sombras. En aquella zona, el ruido de sus pasos resonaba huecamente. Al fin, llegaron a una pared, no al fin del corredor, sino a un compartimiento de piedra escabrosamente cortado que había sido rejuntado con mortero local sobre la construcción original. Colocada en una pared, había una puerta que tenía la apariencia de haber sido encontrada en la basura. Junto a ella había un codificador de voz.

El encargado apuntó hacia él.

—Si la señora tiene la bondad de dirigirse al codificador de voz, podremos proceder al lugar donde se encuentra la caja de seguridad.

Cuando la hermana de Hasti les había contado que había depositado allí el disco del diario de a bordo también les dijo la combinación del código de la caja de seguridad y el de recuperación, pero no había mencionado el codificador de voz. Hasti sintió su pulso en la frente y el bombeo de su corazón se aceleró. El encargado estaba esperando.

Inclinándose sobre el codificador de voz, Hasti dijo como en una invocación mística.

—Lanni Troujow.

—Es mi última oferta —dijo Badure amenazando por cuarta vez, recurriendo a una hipérbole común en Dellalt—. Diez créditos por día, con un mínimo de tres días garantizado.

El propietario del edificio gritó y se arrancó algunos pelos de la barba, golpeándose el pecho con la mano libre, y juró que se reuniría con sus antepasados antes de que los extranjeros obtuvieran un alquiler que les quitaría la comida de la boca a sus hijos.

Skynx siguió el proceso, asombrado por el cuidadosamente afrentado regateo de los humanos. Han escuchó, preocupado por que Hasti no hubiese podido salir del área de aterrizaje sin ser descubierta.

Entonces, alguien tiró de su hombro; era Bollux.

—Les advertí de que pasaría esto, señor. ¿Debo continuar con la descarga?

Eso le dio a entender que Hasti estaba ausente.

Badure escuchó y entendió.

—Lleva todo de nuevo a bordo hasta que este hijo de genes contaminados haga un trato razonable.

—Inaceptable —gritó el propietario—. Usted ya ha hecho uso de mi precioso edificio y me ha entretenido de mis otras obligaciones. Debe llegarse a un acuerdo; por lo tanto retendré su carga en el acto.

Él y Badure intercambiaron juramentos mortales. El propietario llamó a Badure por un nombre horrible.

Skynx, tembloroso por la excitación, se metió de lleno en la conversación, con sus antenas temblando.

—¡Devorador de huevos!

Todo el mundo se detuvo, recorriendo con la mirada al diminuto ruuriano, quien tragó saliva, consternado por su arranque impulsivo. El propietario se marchó junto con muchos de la ciudad, lanzando calificativos detrás de ellos y dejando a sus primos vigilando el exterior del edificio. De alguna parte, los primos habían sacado unos fusiles de proyectiles de plomo con largos cargadores hexagonales y mira telescópica.

De vuelta en el *Halcón*, Badure se dejó caer en una silla.

—¡Ese propietario! ¡Menudo sinvergüenza está hecho! —dijo Bollux.

Han le agarró.

—¿Que sucede?

—Los hombres que vigilan la entrada del edificio continuaron observándome a través de la puerta después de que deposité la carga. Algún tiempo después se aburrieron y prestaron su atención a la interpretación de Badure y a la apariencia de Skynx. Hasti ya no estaba escondida en el contenedor y la puerta trasera estaba sin echar el candado. A sugerencia de Max Azul, reasegué la puerta.

—Dile a Maxie que es un buen chico —sonrió Badure—. Me gustáis los dos; habéis obtenido mucha picardía.

Las placas del pecho de Bollux se abrieron y las dos mitades se deslizaron como si fuesen las puertas de un gabinete. El fotorreceptor de Max Azul se iluminó.

—Gracias, Badure —dijo, sonando orgulloso de sí mismo.

Debería vigilar a este droide o cualquier día aparecerá vistiendo como un delincuente juvenil y portando una vibro-navaja, se dijo Han a sí mismo.

En ese mismo momento, Skynx apareció con Chewbacca, que había dejado la cabina del piloto. El wookiee traía el frasco metálico de licor negro destilado al vacío que los socios guardaban bajo la consola de control para ocasiones especiales.

—Skynx —dijo Badure—, creo que es el momento de sacar la música.

Skynx fluyó hacia el sofá de aceleración y rebuscó en su rincón. Empezó a coger objetos de su estante de almacenamiento.

—Si no nos necesita, entonces, señor —dijo Bollux a Han—, Max y yo queremos continuar nuestro estudio de los discos de Skynx.

—Lo que tú quieras, viejo.

Bollux cruzó la estancia hasta la estación de tecnología, donde él y Max reanudaron su examen de los antiguos registros que Skynx había traído.

El droide había viajado a través de toda la galaxia y ya había sobrevivido a la destrucción de su primer cuerpo; poseían una vena de curiosidad insaciable y Max Azul estaba siempre listo para absorber nueva información. Los dos autómatas estaban particularmente interesados en datos especializados y otras referencias sobre los gigantescos y desactivados robots de guerra de Xim.

Skynx, sentado sobre sus últimos dos pares de miembros posteriores, tomó y sostuvo un martillo dulcimer amplificado en miniatura en el par siguiente y dos martillos en cada grupo de dedos del siguiente. Se abrochó un par de pulsadores timpánicos alrededor del cuerpo, golpeteando experimentalmente con los dedos de sus siguientes miembros de arriba. Encima de aquellos se abrochó un par de pequeños fuelles para bombear aire hacia un cuerno sostenido en su penúltimo par de extremidades superiores. En el par superior tomó una especie de flauta y probó unos acordes. El sonido era como el de los conos de viento que Han recordaba de su propio planeta natal. Se preguntó qué clase de cerebro podría coordinar toda aquella actividad.

Skynx se lanzó en un alegre solo, lleno de escalas ascendentes, brillantes interacciones, cómicas progresiones, y atrevidas interrupciones hechas para sonar como si los instrumentos o los miembros de Skynx se estuvieran saliendo de control y estuvieran tomando su propio curso.

El ruuriano hizo una gran simulación de desasosiego y desconcierto y un esfuerzo desesperado para volver a poner sus extremidades bajo control. Los otros reían, especialmente Chewbacca, cuyas carcajadas wookiees hicieron temblar la nave. Badure golpeó a su vez el tablero de la mesa de juegos y aún Han golpeaba ligeramente las placas de la cubierta con uno o los dos pies. Han abrió la botella, tomó un trago y se la pasó al wookiee.

—Toma, esto hará que se te rice tu piel peluda.

Chewbacca bebió y luego pasó el frasco al siguiente. Incluso Skynx aceptó un trago.

Suplicaron otra canción después de aquella, y una tercera; con Badure eventualmente saltando con ambas manos sobre la cabeza para demostrar como se bailaba la giga bynarriana.

Badure hizo cabriolas alrededor del compartimiento como si fuese veinte kilos más ligero y tantos años más joven.

A medio baile de la giga bynarriana, la escotilla de la nave dio una indicación, Badure y Chewbacca se fueron corriendo, ansiosos por ver qué traía de vuelta Hasti. Bollux y Max Azul levantaron la cabeza de la pantalla en un vistazo rápido, y Skynx comenzó a liberarse de sus instrumentos.

—Paso número uno, completo —dijo en su rápido hablar—. Skynx de la Colonia K'zagg, cazador de tesoros. Si mis hermanos pudieran verme.

Pero cuando el wookiee volvió a entrar en el compartimiento, sus ánimos bruscamente abatidos fueron visibles para su socio cuando se hundió en el sofá con las peludas manos en la cabeza.

¿*Tan malo es?*, pensó Han.

Badure lo seguía, con un brazo alrededor de la desesperada Hasti. Ella bebió un trago, tosió, contó su historia rápidamente y luego tomó otro trago más.

—¿Codificador de voz? —exclamó Han.

—Nadie dijo nada de un codificador de voz.

—Quizás Lanni nunca se percató de que su voz estaba siendo registrada —contestó Badure.

—Ese encargado —masculló Hasti—. Debería haberle encañonado con mi pistola sobre su ombligo y ofrecerme para glasearle la bilis.

Han le dio el frasco medio lleno a su copiloto.

—Ahora lo haremos a mi modo —dijo dirigiéndose a la cabina del piloto mientras se ponía sus guantes de vuelo. Chewbacca le siguió—. Verás como se hace una retirada de un banco. ¡Preparemos el despegue!

Badure rápidamente se interpuso entre los dos socios y el pasillo principal.

—Sed sensatos, chicos. ¿Qué es exactamente lo que tienes en mente?

—Abalanzarnos sobre la bóveda, abrir las compuertas de las torretas artilleras, meternos dentro y coger el disco. No te molestes en levantarte, compañero, esto no nos llevará más de un minuto.

Badure negó con la cabeza.

—¿Y que pasaría si aparece un crucero de patrulla de la Hegemonía? ¿O una nave Imperial? ¿Te gustaría tener a un grupo de cazadores de recompensas detrás de tu cabeza?

Han hizo un movimiento alrededor de él.

—Me arriesgaré.

Hasti se levantó.

—Bien, ¡yo lo haré! ¡Siéntese, Solo! Al menos, considere las opciones antes de que haga que nos ganemos la pena de muerte.

Chewbacca aguardó la decisión de su amigo. Bollux observó imparcialmente y Max Azul con cierta excitación.

—Algo de prudencia no vendría mal en esto —contribuyó Skynx con una voz doblegada.

A Han le disgustaban las complicaciones y los subterfugios, pero su primer instinto fue refrenado, por el momento, bajo la convicción de que estar muerto no era una cosa que le atrajese demasiado.

—Esta bien, esta bien: ¿Quién tiene hambre? —preguntó—. Estoy cansado de las raciones de la nave. Salgamos a ver qué clase de comida podemos conseguir en la ciudad, pero si nadie piensa en alguna otra opción, realizaremos mi plan.

Amarró el frasco en el cinturón del bláster mientras Chewbacca cogía su arco de energía y la bandolera de munición.

Badure encontró la pequeña bolsa de moneda local que había traído, y Bollux cerró su pecho sobre Max Azul.

Hasti vio a Skynx despojándose de sus instrumentos.

—Oye, yo no he escuchado nada aún.

Badure miró alrededor.

—Tráelos —le dijo a Skynx.

El ruuriano comenzó a recoger sus instrumentos dentro de una faja que sujetó alrededor de su cuerpo.

Poniéndose su chaqueta de vuelo, Han cerró y selló la escotilla detrás de ellos. Nubes de tormenta habían empezado a moverse y las descargas eléctricas iluminaban el interior de las nubes con extraños destellos rojizos.

Badure señaló hacia donde estaban los primos del dueño del edificio. Habían desaparecido.

—Probablemente descubrieron que vigilaban cajas vacías.

—Más probablemente no quisieron quedarse cerca de ese granero agujereado —razonó Hasti.

El resto de los ciudadanos que habían estado observando la nave desde lejos, en su mayor parte niños y yappers domésticos, se habían marchado igualmente.

Se pusieron en camino hacia la ciudad con Bollux cubriendo la retaguardia. Fuera del punto alto de los muelles, las calles estaban pobremente mantenidas y desconocían el alumbrado. No fueron muy lejos. Han fue el primero en sentir que algo no iba bien, todo estaba demasiado tranquilo. Demasiadas ventanas ruinosas estaban cerradas con persianas. No había luces presentes en las casas y ninguna voz se escuchaba en ningún sitio cercano. Han agarró el hombro de Chewbacca y el arco de energía se levantó, con el bláster de Han apareciendo al mismo tiempo. Por instinto, dieron un paso atrás tras otro.

Hasti iba a abrir la boca para preguntar qué estaba mal cuando unos focos los deslumbraron.

Han los reconoció como reflectores de mano, y figurándose que un hombre diestro sostendría el reflector con la izquierda tan lejos como pudiera, apuntó a ojo.

—¡No lo haga! —ordenó una voz—. Les mataremos a todos si alguno abre fuego.

Estaban rodeados. Han enfundó su arma y el wookiee bajó el cañón de su arco de energía. Humanos y algunas otras especies comenzaron a aparecer, con sus rifles ondeando bajo el resplandor de los focos, armas antidisturbios, fusiles de proyectiles de plomo, y otros tipos de armas. Han y sus compañeros fueron fácilmente desarmados y el equipo examinado. Skynx gorjeó por el terror mientras sus captores le quitaban a manotazos sus delicados instrumentos musicales, aunque se le concedió que los guardase. Tres personas caminaron hacia adelante para enfrentarse a los cautivos. Los dos más pequeños eran humanos y gemelos, una joven pareja que tenían rasgos duros, con un lacio pelo castaño, delgados, caras pálidas y unos sorprendentes iris negros en los ojos.

El tercer personaje se quedó atrás, como un viejo barco fantasma que surgía amenazadoramente en la corriente. Han recordó el nombre que Badure le había mencionado. Egome Fass, el ejecutor. Los gemelos se acercaron a ellos, con la mujer a la cabeza.

—J'uoch —murmuró Hasti temblando.

Las caras de los gemelos tenían la misma serenidad rígida y letal.

—Exacto —contestó J'uoch rápidamente—. ¿Dónde está el disco, Hasti? Sabemos que fuiste a la bóveda.

Ella le ofreció a Han una sonrisa moderadamente fría. Luego la sonrisa desapareció y recurrió de nuevo a Hasti.

—Dámelo, o freiremos a tus amigos, comenzando por el piloto.

Los grandes brazos de Chewbacca se tensaron, cerrando los puños. Estaba dispuesto a morir como se esperaba de él, haciendo honor a su palabra dada a su Familia de Honor. Su vida estaba tan íntimamente ligada a la de Han Solo que no existía palabra humana para describir aquella relación. Han a su vez, meditaba varios métodos de ataque, todos ellos suicidas, cuando Bollux habló.

—El capitán Solo no debe sufrir daños. Yo abriré el *Halcón Milenario* por él.

La mujer lo miró. A J'uoch no se le había ocurrido que el droide podría tener acceso libre a la nave.

—Muy bien. Todo lo que queremos es ese disco del diario de a bordo.

Han, con una sobrecarga de adrenalina, se quedó mirando a Bollux, preguntándose si se le habrían agotado las baterías a su procesador lógico. El hecho es que no había escapatoria: había escuchado los pitidos agudos de comunicación que intercambiaban Bollux y Max Azul.

Sus captos les reunieron en manada de vuelta al *Halcón*. Demasiado tarde, Han entendió que los dellaltianos se habían dispersado. Sinceramente esperaba que los dos droides tuviesen un plan. Bollux, subiendo la rampa, llegó a la escotilla principal con varios de los hombres de J'uoch junto a él. Extrañamente, a la vez que la escotilla principal se abría, el droide hizo un balanceo mientras se abrían los paneles del pecho. Luego Han y los demás escucharon las señales de Max Azul a alta velocidad.

Un siseo ensordecedor de un objeto lanzado hizo eco a través del aire. Uno de los hombres que vigilaban a Bollux fue levantado del suelo por el terrorífico impacto, y un segundo más tarde caía de cabeza rampa abajo. Otro de los captos, situado más abajo en la rampa, fue ruidosamente golpeado en el hombro y derrumbado por los aires.

—¡Corran! —chilló Max Azul.

Y repentinamente, se desató el caos.

VII

Los dos especímenes de fuertes brazos que permanecían en la rampa esquivaron instintivamente. Algo pequeño y rápido pasó silbando junto a Han, golpeando al humanoide que lo vigilaba levantándolo del suelo. Bollux giró sobre el eje de su torso para continuar el combate. Desde su situación ahora más expuesta, los sonidos de Max Azul se escuchaban claramente. Han se percató con algo de asombro que el módulo de la computadora había logrado conectar con el orbe remoto de entrenamiento del *Halcón* y lo utilizaba como arma.

Antes de que los hombres de J'uoch pudiesen reaccionar, Han gritó:

—¡Atacadles!

Han agarró el arma del oponente más próximo por el cañón, una carabina antidisturbios, y retorciendo la pierna del hombre le hizo perder el equilibrio. Badure golpeó duramente en la cara al que lo vigilaba con un codo, y, girándose, se enfrentó a él. Chewbacca fue el menos afortunado. Disponiéndose a entrar en acción, no se percató de que Egome Fass se había movido furtivamente hasta detrás suyo. Un duro puñetazo chocó violentamente contra la base del cráneo del wookiee. Chewbacca se tambaleó, casi cayendo de rodillas, pero su tremenda fuerza lo mantuvo de pie. Se giró aturdido en la dirección del golpe para pelear, pero el increíble primer golpe de Egome Fass le había dado una formidable ventaja al ejecutor. Esquivó el lento puño de Chewbacca y descargó otro terrible golpe, dejando caer su puño sobre el hombro del wookiee. Esta vez, el segundo oficial del *Halcón* cayó al suelo.

Badure tenía una difícil batalla con su segundo oponente quien era más joven y rápido. Lucharon, arrastrando los pies en el polvo seco, pero precisamente cuando el viejo contrabandista iba ganando la contienda el duro impacto de un placaje en sus rodillas le hizo caer. El placaje era de Hasti. Había visto a uno de los hombres de J'uoch a punto de abrir fuego desde la rampa del *Halcón* sobre Badure.

Accionado por sus potentes repulsores y chorros de aire, el orbe remoto había dejado fuera de la pelea a dos contrincantes más. J'uoch estaba disparando con la pistola confiscada a Hasti, fallando el blanco y gritando órdenes que sus tropas ignoraban.

Han había cogido la carabina, tirando al suelo a su adversario con un golpe de la culata del arma. Vio a su socio luchando por levantarse mientras Egome Fass se cernía sobre él. La capucha de la chaqueta del ejecutor cayó hacia atrás, y, bajo la luz que salía de la escotilla, Han vio al enorme humanoide, de pequeña mandíbula cuadrada y con dos ojos destellantes situados bajo una huesuda frente.

Han amartilló el cargador de la carabina sobre su cadera y disparó una ráfaga. El arma tartamudeó con un ensordecedor ritmo constante y comenzó a oler a aceite quemado. Una ráfaga de plomo golpeó el pecho del ejecutor, pero solamente le arrancó fragmentos de tela. Egome Fass llevaba puesta una armadura bajo su sobredimensionada túnica. Antes de que Han pudiese ajustarse a los resultados, el humanoide buscó refugio.

Un baño de fuego blanco destelló a la derecha de Han. Girando, vio una pistola de energía empuñada por un humano en la rampa que apuntaba a Badure y que falló el disparo porque Hasti le había hecho un placaje al viejo. El disparo dio al

hombre con el que Badure había estado luchando, quien gritó una vez y murió antes de caer al suelo.

Han agarró el codo de Chewbacca mientras el wookiee luchaba por ponerse de pie, negando con la cabeza para despejarse. Volver a tomar el *Halcón* era imposible; los dos guardias restantes de la rampa estaban arrodillados y refugiados en la escotilla disparando hacia la noche.

—¡Atrás! —gritó Han a sus compañeros.

Retrocedió disparando ráfagas concisas, seguido por Hasti y Badure, con Skynx corriendo a pasos cortos detrás. El fuego de cobertura, precipitado y deficientemente apuntado, no hizo blanco.

Un guarda, una criatura con piel de cuero y un caparazón duro como un hueso, bloqueó la retirada de Bollux. Max Azul emitió un pitido e inmediatamente el orbe remoto brilló intermitentemente en la oscuridad, golpeando a la criatura por detrás y tumbándola. Como el remoto no podía operar a cierta distancia de la nave, Max le dio la orden de volver a bordo. El droide corrió tras los demás con largas zancadas facilitadas por su suspensión pesada. El grupo corrió y saltó por el borde del área de aterrizaje. Todo el tiempo Han barrió el campo detrás de ellos para inmovilizar a los hombres de J'uoch. Luego, la carabina se silenció.

—El cargador está vacío —dijo.

Cerca, en la oscuridad de la noche, pudo escuchar a J'uoch criticando a sus hombres y exigiendo un comunicador.

—Está poniendo al corriente a un guardia de la nave y llamando refuerzos —dijo Badure—. Será mejor que nos perdamos en la ciudad por un tiempo.

El grupo descendió a través de la ciudad en una carrera informal dejando atrás tiendas con persianas y puertas cerradas. No se veían luces. Los dellaltianos, quienes habían sido tan curiosos, no quisieron tomar parte en la letal disputa entre los extranjeros. Dirigiendo a los demás, Han se internó por un callejón que lo guió a la plaza del mercado, y apresuradamente se metieron en una calle lateral que olía a combustible y comidas extrañas. Habían llegado al distrito industrial.

Haciendo una pausa en las sombras, los humanos y el wookiee se apoyaron contra la pared y lucharon por recuperar el aliento, mientras que Bollux esperaba impasiblemente y Skynx, con un sistema respiratorio muy desarrollado, revisaba la bandolera para estar seguro de que ninguno de sus preciosos instrumentos musicales había sufrido daños.

—Deberías haber cogido una pistola —jadeó Han—, en lugar de preocuparte por esos instrumentos tuyos.

—Estos instrumentos han estado en mi familia desde hace doce generaciones —contestó Skynx indignado—, y estoy seguro de que no hubiese podido arrebatar un arma a ninguno de esos rufianes malolientes de cuatro veces mi tamaño.

Han dejó la discusión y comprobó los tejados cercanos.

—¿Puede alguno ver una escalera o una escala? Debemos ver si están rastreándonos.

—Ahora creo que sí puedo serles de ayuda allí —anunció Skynx, señalando.

De un poste cercano colgaba cables de fibra óptica para las comunicaciones de la ciudad; envolviéndose alrededor del cable, Skynx subió el poste girando sobre

si mismo, protegiendo sus instrumentos cuidadosamente. Debido a que todos los grandes edificios eran historia, tuvo una amplia vista sobre el área circundante.

Habiendo hecho un reconocimiento, Skynx giró nuevamente en espiral y descendió del poste.

—Hay partidas de búsqueda abriéndose camino directamente hacia la ciudad —les dijo—. Traen reflectores de mano, y creo que están usando comunicadores.

Trató de esconder su espantoso estremecimiento.

—¿Viste su nave? —preguntó Han ansiosamente—. Debe de estar cerca de aquí en alguna parte. Quizás podríamos obtener alguna potencia de fuego en ella.

Pero Skynx no ha habido visto.

Decidieron intentar evadir a las partidas de búsqueda y tratar de regresar al *Halcón Milenario*.

Las antenas plumosas de Skynx fluctuaron en el aire, atento a las vibraciones.

—Capitán, escucho algo.

Todos contuvieron la respiración y escucharon. Un ruido comenzó a ascender hasta que hizo temblar la tierra.

—Mirad, parece que J'uoch finalmente pidió refuerzos —observó Badure sobre el tumulto.

Un navío gigantesco erizado de armas pesadas estaba sobrevolando el área de aterrizaje, con sus reflectores barriendo la ciudad. Los fugitivos apretaron sus espaldas contra las sombras. La corbeta ligera no les sobrevoló y buscó por mucho tiempo; en lugar de eso, descendió.

—Ahora tienen mucha más ayuda —avisó Badure.

Skynx se deslizó hacia arriba y hecho un vistazo.

—Ten cuidado.

El ruuriano trepó el poste cercano y volvió a bajar al instante.

—La nave ha descendido lejos de las partidas, en el área de la ribera del lago —les dijo urgentemente—. Los he visto dispersándose, viniendo colina arriba. Y hay tres grupos de tres bajando hacia aquí desde la zona de aterrizaje. Uno de ellos trae el arco de energía de Chewbacca.

El wookiee gruñó amenazadoramente.

Han asintió.

—Encarguémonos de ellos, pero bien esta vez.

Nadie mencionó la palabra rendición; estaba claro que J'uoch haría cualquier cosa por obtener lo que quería.

Las partidas de búsqueda encendían intermitentemente los reflectores manuales en callejones y portales desde sus vainas. Los equipos estaban organizados para rastrear los tejados; virtualmente cada uno de los seres dignos confianza del campamento minero estaba armado y había sido reclutado. El hombre que guiaba aquel grupo, al que Han le había quitado la carabina, llevaba el arco de energía de Chewbacca y había colocado el bláster de Han en su cinturón.

El hombre había visto como se utilizaba un arco de energía wookiee en un holo-thriller y había pensado vengarse de los dos abatiéndolos con sus propias armas.

Se quedó satisfecho, por lo tanto, cuando una forma peluda salió amenazadoramente de la oscuridad delante de él. Cerrándole el paso a sus

compañeros, el hombre con el arco de energía se colocó y disparó. Pero Chewbacca se agachó en el último instante, sabiendo que la poca familiaridad del hombre con el arma y la dificultad de apuntar con ella, característica del arco de energía, le harían fallar su primer disparo. En un instante, el wookiee se lanzó hacia adelante. El hombre dio un tirón para recargar y preparar un segundo disparo. Pero no lo consiguió; el mecanismo del arma estaba preparado para la fuerza muscular y los largos brazos de un wookiee. Antes de que pudiese arrojarlo a un lado y coger el bláster de Han, una montaña enojada de pelaje color café cayó sobre él.

Los dos componentes restantes de la partida se abrieron en abanico a cada lado de la vaina para tomar partido. Uno fue derribado inmediatamente cuando Han Solo salió de las sombras y lo puso fuera de combate con un golpe de la culata de la carabina. El otro estaba atontado por los ladrillos de mampostería que Hasti y Badure le habían lanzado. Han le arrebató la pistola hábilmente a su víctima y disparó sobre el hombre aturdido. Gritando, el hombre agarró con fuerza su pierna y cayó al suelo.

Entretanto, Chewbacca había despojado al líder de la partida de búsqueda de su arco de energía y le había tirado contra una pared. El hombre se estrelló con un impresionante golpe seco y se deslizó hasta el suelo.

—Vivirás... —decidió Han, pisando con la punta del pie sobre el hombre al que había disparado y agitando su bláster recuperado— ...si nos dices algo que valga la pena. ¿Cuántos guardias hay en mi nave?

El hombre se relamió los labios deshidratados por el miedo.

—Diez, tal vez doce. Unos cuantos a bordo, el resto alrededor de ella.

—¿Qué hay acerca de la nave en la que llegasteis? —preguntó Hasti al prisionero—. La primera nave, no esa corbeta ligera.

Han acarició sutilmente el gatillo del bláster.

El hombre abrió la boca.

—En la inclinación detrás de la ciudad, debajo del área de aterrizaje, junto a las rocas.

Badure se acercó habiendo recuperado el comunicador que dejó caer el ladrón del arco de energía.

—Buen chico, acabas de ganarte tu futuro.

Luego, el prisionero les dijo que la nave de J'uoch estaba en una extensión de roca, con sólo dos hombres vigilándola.

—Me ha comenzado a desagradar el asesinato innecesario —aclaró Badure, colocando una pistola de aturdimiento a máxima potencia. Apretó el gatillo y rayos de energía azulados salieron del cañón. Inmediatamente, los dos guardias se desplomaron.

Badure y Hasti los cachearon en busca de cualquier arma o equipo que pudiesen portar; luego, Han subió a la vaina en la que habían llegado y se colocó en el asiento del piloto.

—¡Cargada de combustible y a punto!

Chewbacca examinó el asiento del copiloto y bufó una pregunta.

—No, no dejaremos Dellalt sin el *Halcón*; de todos modos no podríamos salir del sistema con este carrito de niños —contestó Han—. Saldremos de su perímetro de búsqueda y después estudiaremos nuestro próximo movimiento.

Comenzó a mover los interruptores de encendido e introducir instrucciones en el ordenador de vuelo.

Un aviso pitó y el tablero de mandos se iluminó. Chewbacca echó hacia atrás su cabeza y aulló su frustración.

Desde la consola sonó la voz de J'uoch.

—¡Atención, vaina de descenso, atención! ¿Por qué esta tratando de violar los protocolos de los instrumentos? ¡Guardia, responde!

—Necesito herramientas; han bloqueado la consola de mandos —dijo Han urgentemente.

Chewbacca clavó los dedos alrededor de la puerta del casillero de herramientas y la arrancó. Han estaba ocupado quitando los pernos de seguridad de la consola. El wookiee cogió algunas herramientas del casillero y se las acercó a Han, y rápidamente los socios atacaron el mecanismo de bloqueo, ignorando las transmisiones vehementes de J'uoch crujiendo en el trasfondo. Chewbacca aulló triunfante, neutralizando el circuito de seguridad.

—Coge el otro —dijo Han.

Pero su júbilo desapareció cuando escucharon el estruendo de unos potentes propulsores alzando una nave.

—¡Viene tras nosotros! —gritó Hasti desde la escotilla—. ¿Cuánto tardaremos en movernos?

—Esta demasiado cerca con esos cañones pesados —dijo Han con voz áspera—. Pero al menos tenemos una distracción. ¡Bajaos!

Los demás corrieron. Apareció una lectura gráfica en la consola; Han se quitó el chaleco, y, con un pie fuera de la escotilla, insertó una serie de instrucciones en la consola. La secuencia automática comenzó el ciclo de cierre y la vaina despegó. Han saltó hacia un grupo de rocas y se agachó buscando refugio con los demás, viendo como la vaina subía hacia el oscuro cielo. La nave estaba en un cercano curso de interceptación, lo que le pareció a Han un buen momento para ir lo mas lejos posible de la zona de despegue. Habiendo distraído a los de la nave con el señuelo, los fugitivos se pusieron en camino. Chewbacca permaneció en la retaguardia y utilizando unos arbustos de hojas rojas, eliminó las pocas huellas que habían dejado en el área rocosa. La vaina adquirió velocidad, siguiendo el programa de Han. El fuego de la artillería pesada lanzó enormes rayos de energía blanco verde que convirtieron noche dellaltiana en un breve mediodía. La primera salva falló, pero dio a los artilleros la posición exacta de la vaina. La segunda salva la golpeó en el centro, donde muchos rayos convergieron en la pequeña vaina a la vez. Explosionó en una bola de fuego, dejando unos pocos escombros en llamas agitándose en el cielo.

—Capturarnos no era una prioridad tan grande después de todo —comentó Badure.

Apenas habían alcanzado el refugio temporal de un afloramiento rocoso, escondiéndose entre las grandes rocas redondas, cuando la corbeta ligera regresó con un estruendo de sus propulsores, descendiendo donde la vaina había

despegado momentos antes. En unos instantes, el área estaba atestada de hombres armados con reflectores de mano. Los guardias que habían dejado sin sentido fueron rápidamente descubiertos y la tierra de los alrededores examinada.

—¡Se lo han creído! —murmuró Hasti con un mudo júbilo.

Los rastreadores vieron las huellas de Han y los otros cuando se acercaron a la vaina, pero no vieron signos de haberla dejado, gracias al esmerado trabajo de Chewbacca. Los guardias sin sentido fueron arrastrados hasta la nave y subidos a bordo y el resto de los empleados de J'uoch embarcaron. Los propulsores brillaron nuevamente.

La mente de Han pensaba a toda velocidad. Ahora que estaban armados y que J'uoch aparentemente creía que todos ellos habían muerto, tenían la oportunidad de recuperar el *Halcón Milenario*. Han esperaba ver la corbeta ligera de J'uoch aterrizar cerca de su propia nave, para recuperar a los que estaban a bordo del *Halcón*. En lugar de eso, la nave, revoloteó por encima del carguero. La rampa del *Halcón* había sido cerrada al igual que las puertas de carga.

Han entendió repentinamente lo que estaba ocurriendo. Se lanzó hacia adelante en una decisiva carrera gritando con toda la fuerza de sus pulmones, con Chewbacca sólo a un paso detrás de él. Nadie en ninguna de las naves los escuchó, por supuesto; la nave de J'uoch soltó un engranaje de captura que entró en fuerte contacto con la parte superior del carguero, logrando un enganche sobre la nave más pequeña y alzándola con sus soportes metálicos. De la misma forma que transportaba el equipo minero, la nave levantó el vuelo con el *Halcón Milenario* anclado en su parte inferior. La corbeta ligera viró hacia el sur, cogiendo tanta velocidad y altitud como pudo.

Han comenzó a frenar su carrera. En su desesperación, él y Chewbacca vieron su nave siendo transportada a través del lago y sobre las montañas de más allá. Los otros los alcanzaron.

—Piensan que el disco del diario de a bordo está en el *Halcón*, ¿verdad, capitán? —preguntó Skynx en estado de shock—. Nos registraron y no lo encontraron y trataron de matarnos, por eso deben asumir que lo dejamos a bordo del *Halcón*.

—¿Hacia donde se dirigen? —preguntó Han con voz apagada.

—Directamente hacia el campamento minero —respondió Badure—. Tendrán todo el tiempo y la intimidad que necesitan para desguazarla y registrarla a fondo.

Han giró sobre sus talones y se fue directo hacia la ciudad. Una llovizna comenzó a caer.

—¿A dónde va? ¿A dónde vamos? —gritó Skynx con su aguda voz cuando los demás se apresuraron a seguirle.

—Quiero recuperar mi nave —dijo Han simplemente.

VIII

—Es un plan de locos, incluso para usted —decía Hasti.

Han entornó los ojos hacia el cielo gris y deseó que Badure regresase. La llovizna se había convertido en un aguacero helado durante la noche y, luego, reducida a una llovizna nuevamente.

Han y los otros, esperando al viejo, habían encontrado refugio bajo una lona alquitranada detrás de una pila de cargamento bajo un alero de madera de un almacén en los muelles. Bebían con moderación sorbos del frasco, el cual había permanecido amarrado en el cinturón de la pistolera de Han durante toda la activa noche. Estaban mojados, llenos de barro y cansados. El pelo de Han estaba aplastado contra la calavera, al igual que el de Hasti. Las gotas caían de la lana enredada de Skynx, y la piel peluda de Chewbacca había comenzado a exudar el olor característico de un wookiee mojado.

Han extendió la mano y palmeó la cabeza de su amigo en un gesto de consolación, deseando que hubiese algo que pudiese hacer por Bollux y Max. Los dos autómatas, normalmente pacientes, estaban preocupados de que su impermeabilizador contra la humedad dejase de funcionar.

—No tienes ninguna esperanza de lograrlo, Solo —terminó la chica.

Han quitó de un manotazo un mechón de pelo mojado de su frente.

—Entonces no vengas con nosotros. Ya habrá otra nave que pase por aquí uno de estos años.

Un hombre con una capa andrajosa apareció, salpicando a través de los charcos y cargando con un fardo en el hombro. Han, con la mirilla de su bláster, identificó a Badure. El viejo se agazapó junto a ellos bajo la lona alquitranada.

Habiendo adquirido la capa de un provinciano que dormía en un callejón, se las ingenió para comprar cuatro más. Han y Hasti descubrieron que dos de ellas eran perfectas para ellos, e incluso Bollux podía ponerse una sobre su rígido cuerpo poco acostumbrado al tacto de la ropa. Pero la capa más grande que Badure había traído apenas lograba tapar a Chewbacca; aunque su capucha le cubría la cara frente a observadores, sus brazos y piernas peludas quedaban expuestos.

—Tal vez podríamos envolverle en telas, con manoplas y pantalones —sugirió Badure. Luego, se giró hacia Skynx—. No te he olvidado, mi querido profesor.

Con un ademán sacó un bolso, que sujetó abierto provocadoramente.

Skynx se echó hacia atrás, con sus antenas oscilando en sùbita desilusión.

—Estoy seguro de que no querrá decir... ¡Esto es inaceptable!

—Solamente hasta que salgamos de la ciudad —le persuadió Han.

—Umm, sobre eso, hijo... —dijo Badure—. Tal vez deberíamos descansar un rato.

—Haz lo que quieras; esto va a ser un mal paseo. Pero probablemente están destripando el *Halcón* en ese campamento minero.

—Entonces, ¿para que vamos? —protestó Hasti—. Son unos doscientos kilómetros. Tu nave estará hecha pedazos cuando lleguemos.

—¡La volveré a armar de nuevo! —dijo Han casi gritando, y luego se calmó—. Además, ¿cómo es que apareció J'uoch y su banda tan rápidamente, a menos que tenga contactos aquí? Somos blancos perfectos, por no mencionar la aversión

de los dellaltianos por los extranjeros. Podríamos acabar muertos en un tugurio local.

Badure pareció resignarse.

—Entonces tendremos que coger el «Expreso de Tacones y Punteras».

La lluvia estaba amainando, y el cielo despejándose. Han estudió el mapa geográfico que había obtenido. Contenía un mapa completo de prospecciones mineras en todo el planeta, antiguo, pero con detalles exactos.

—Por lo menos tuvimos suerte al conseguir eso —dijo Han sorbiendo por la nariz.

—Ustedes, los pilotos y los marinos son todos iguales; no tienen religión, pero están llenos de supersticiones. Siempre están en condiciones de involucrar la suerte.

Para anticiparse a otra riña verbal, Badure intervino.

—Lo primero es cruzar el lago; no hay enlace con el otro lado de la orilla. No hay servicio aéreo; solamente transportes de tierra. La única forma de cruzar es utilizando los servicios de un trasbordador, dirigido por los nativos, los *nadadores*. Son celosos de su territorio y cobran una tarifa.

Han no estaba seguro de querer ser transportado por un sauropteroide, el pueblo acuático de Dellalt.

—Podríamos bordear el lago —propuso.

—Nos llevaría cinco o seis días más, a menos que podamos contratar un vehículo o meterle mano a algunas cabalgaduras.

—Comprobemos el trasbordador. ¿Que hay acerca de comida y equipo?

Badure miró de reojo.

—¿Que hay acerca de mujeres bonitas y comida caliente?... Habrá colonias a lo largo del camino; tendremos que improvisar.

Al respirar, su aliento se cristalizó.

—¿Vienes o te quedas? —preguntó Han a Hasti.

Ella le miró furiosamente.

—¿Por que te molestas en preguntar? Dependes de la gente hasta que no hay elección.

La aventura moderadamente segura y confortable soñada por Skynx había ido bien hasta ahora, incluso con una lucha a vida o muerte real, pero el sentido práctico del ruuriano le hizo tomar una simple decisión.

—Yo permaneceré con usted, capitán —dijo

Han casi se rió, pero el tono simple de Skynx y el pragmatismo a modo de auto-conservación, aumentaron el concepto que Han tenía sobre el ruuriano.

—Encantado de contar contigo. Muy bien; vamos a los muelles y crucemos el lago.

Skynx reptó de mala gana hacia el saco, que Chewbacca colocó sobre su hombro. Procedieron en un apretado grupo, con Badure en la delantera y Han y Hasti en los flancos. El wookiee y Bollux se mantuvieron en el centro del grupo con la esperanza de que bajo la pobre iluminación y la lluvia serían confundidos con humanos, uno muy alto y otro gordo y bajito.

Skynx sacó la cabeza violentamente del saco con sus antenas plumosas moviéndose agitadamente.

—Capitán, se esta horriblemente mal aquí dentro, es muy estrecho.

Han le empujó hacia adentro; luego, como viniéndole al pensamiento, le dio el frasco de la bebida.

Los muelles y sus embarcaciones ancladas estaban realmente ocupados. Dejando a los demás parcialmente ocultos en una pila de cargamento, Han y Badure fueron a preguntar por los pasajes.

Aunque los muelles tenían espacio para muchas de las plataformas flotantes de transporte usadas por los sauropteroides nativos de Dellalt, sólo un área determinada parecía en uso. Entonces, escudriñando la escena, Han vio una solitaria balsa a la derecha.

Aunque Badure le había descrito brevemente a los *nadadores*, Han los encontró como una visión sorprendente.

Hombres estaban subiendo carga a bordo de las balsas de transporte atadas a los flotadores de embarque. Las líneas de flotación y los arneses se balanceaban en el agua. Más allá de ellos, había unos veinte sauropteroides holgazaneando, nadando en espiral o simplemente manteniéndose a flote con golpes de sus aletas de inmensa fuerza. Eran de entre diez y quince metros de largo, sus cabezas sobresaliendo a gran altura por encima del agua, con largos cuellos musculosos mientras se movían en el lago. Sus pieles iban del tono gris claro al verde negro profundo; careciendo de fosas nasales, tenían agallas en lo alto de sus largas calaveras. Holgazaneaban en espera de que la cuadrilla de tierra completase su trabajo. Uno de los hombres, un individuo corpulento con piercings en las orejas y restos de comida y gotas de néctar del desayuno en su barba, cotejaba el cargamento con una lista impresa. Mientras Badure le explicaba sus necesidades, el escuchaba, jugando con su bolígrafo.

—Tendrá que hablar de dinero con el jefe —les informó con una sonrisa satisfecha que a Han no le gustó, luego gritó—: ¡Eh, Kasarax! ¡Dos buscando pasaje!

Regresó a su trabajo como si los dos hombres no existieran. Han y Badure fueron al borde del muelle y dieron un paso sobre un flotador de embarque. Un sauropteroide se les acercó con un par de movimientos de su aleta. Han, con disimulo, acercó su mano hasta su bláster oculto. Estuvo a punto de ponerse enfermo al ver el tamaño de Kasarax, su dura y estrecha cabeza y sus colmillos más largos que el antebrazo de un hombre. Kasarax aleteó en el agua junto al flotador. Cuando habló, el retumbar del sonido y el aliento a peces hizo a ambos hombres retroceder un poco. Su pronunciación era distorsionada pero comprensible.

—El pasaje es 40 drifts —dijo la criatura, una suma importante de moneda dellaltiana—. Cada uno. Y no se tomen la molestia de regatear; no nos gusta eso aquí en los muelles.

Kasarax sopló un chorro de humedad condensada desde las agallas de su cabeza como para puntualizar la afirmación.

—¿Que hay acerca de los demás? —murmuró Han a Badure, indicando el resto de los sauropteroides.

Kasarax percibió el escrutinio de Han y siseó como una válvula a presión.

—¡Ellos hacen lo que yo digo! ¡Y digo que cruzarán por cuarenta drifts!

Fintó como si fuese a golpear, un movimiento que meció el flotador con turbulencias.

Han y Badure gatearon hasta el muelle mientras los hombres trabajando allí reían a carcajadas.

El hombre con la lista impresa se acercó.

—Soy el jefe de la cuadrilla de tierra de Kasarax; deben pagarme a mí.

Han, con la cara roja, estaba más furioso por momentos debido a aquel tratamiento arrogante.

Pero Badure, echando una mirada hacia la balsa solitaria que habían advertido al principio, preguntó:

—¿Qué hay acerca de él?

Un *nadador* solitario estaba allí, un viejo gran toro de batalla, observando los acontecimientos.

El jefe de la cuadrilla de tierra olvidó su risa.

—Si les gusta disfrutar de la vida, olvídenle. ¡Sólo la jauría de Kasarax utiliza esta parte del lago!

Aún furioso, Han caminó a grandes zancadas hacia el muelle. Badure le siguió tras un momento de indecisión.

El jefe de la cuadrilla de tierra les gritó.

—¡Les he prevenido, extranjeros!

El viejo toro se levantó sobre dos patas poco a poco a medida que se acercaban. Era del tamaño de Kasarax, con un color cercano al negro, y estaba lleno de cicatrices. Su ojo izquierdo había desaparecido, perdido en alguna batalla hacía mucho tiempo, y sus aletas estaban melladas y mordidas. Pero cuando abrió la boca, sus tremendos colmillos brillaron como armas afiladas.

—Sois caras nuevas en el muelle —dijo con una voz silbante.

—Queremos cruzar el lago —comenzó Han—. Pero no podemos permitirnos el precio de Kasarax.

—Antiguamente, humano, yo remolcaba a través del lago tan rápido como quisieran y cautelosamente también, por ocho drifts cada uno.

Han estaba a punto de aceptar cuando la criatura le cortó.

—Pero hoy, remolco gratis.

—¿Por qué? —preguntaron a la vez Han y Badure.

El viejo *nadador* hizo un gorgoteo que asumieron era una risa y lanzó un chorro de aire por sus agallas.

—Yo, Shazeen, he jurado enseñar a Kasarax que cualquier representante del pueblo acuático está en perfecto derecho de trabajar en este muelle. Pero necesito pasajeros, y la cuadrilla de tierra de Kasarax los mantiene a distancia.

La cuadrilla de tierra estaba reunida y conversando en un grupo de quizás unos veinte, y lanzando miradas asesinas a Han, Badure y Shazeen.

—¿Podemos encontrarnos en algún sitio más abajo en la orilla? —preguntó Han al nativo dellaltiano.

Shazeen se irguió, con el agua fluyendo de su espalda negra, pareciendo el dios de la guerra de algún pueblo primitivo.

—¡El abordaje en el muelle es el punto perfecto! Hagan eso y yo haré el resto, ningún otro *nadador* se meterá con ustedes; es con Shazeen con quien están tratando, esa es nuestra Ley, la cual ni siquiera Kasarax se atreve a ignorar.

Badure tiró pensativamente de su labio inferior.

—Podríamos bordear el lago.

Han sacudió la cabeza.

—¿En cuantos días?

Se giró hacia Shazeen.

—Hay algunos pasajeros más. Volveremos en seguida.

—Si les amenazan en los muelles, entonces no puedo interferir —les avisó Shazeen—. Esa es la Ley. Pero no se atreverán a usar armas a menos que ustedes les provoquen, por miedo a los otros humanos, los que han sido expulsados de sus trabajos, y que sí podrían intervenir.

Badure golpeó ruidosamente el hombro de Han.

—Podría aguantar un poco de viaje por mar ahora mismo, «Mañoso».

Han le obsequió con una sonrisa malvada, emprendiendo el viaje de regreso. Los demás estaban de pie donde los habían dejado. Hasti sostenía un gran cono de plastipapel que contenía una masa pastosa llena de grumos, de la cual ella y Chewbacca estaban comiendo con los dedos. Hasti le ofreció a Badure y a Han.

—Nos moríamos del hambre. Compré esto a un vendedor. ¿Cuál es el plan?

Badure les explicó mientras compartían los grumos pastosos. Estaba espeso y pegajoso, pero tenía un sabor agradable, como el de la carne de nuez.

—Entonces —concluyó Han—, ningún tiroteo a menos que nos obliguen. ¿Cómo está Skynx?

El wookiee se rió con satisfacción y mantuvo abierto el bolso de bandolera. El ruuriano permanecía hecho un ovillo, agarrando firmemente el frasco de bebida. Cuando vio a Han, sus ojos facetados de rojo algo vidriados, se ensancharon. Skynx hipó, luego gorgoteo.

—¡Usted, viejo pirata! ¿Dónde ha estado?

Él dio un golpecito en la nariz de Han con una de las antenas, y luego sufrió un colapso al reírse.

—Oh, genial —dijo Han—. Está borracho como una garrapata del pericráneo.

Han trató de recuperar el frasco, pero Skynx se enrolló como una pelota y lo agarró con cuatro pares de extremidades.

—Dijo que no había digerido tanto etanol antes —comentó Hasti, mirándole ligeramente divertida—. Eso es exactamente lo que dijo.

—Consérvalo entonces —dijo Han a Skynx—, pero quédate ahí; vamos a dar un paseo.

La voz amortiguada de Skynx vino del fondo del bolso.

—¡Una idea genial!

Se abrieron paso de regreso al muelle. Los hombres de la cuadrilla de tierra de Kasarax les bloquearon el acceso al flotador de embarque. Otros, no pertenecientes a la cuadrilla, habían aparecido y se habían apoyado contra las paredes o contra el cargamento, empuñando fusiles de arpón, armas de fuego y armas improvisadas. Han recordó lo que había dicho Shazeen. Esas personas habían sido expulsadas de su forma de vida por el negocio ilegal de Kasarax.

Ninguno de ellos estaba dispuesto a arriesgarse en un viaje con Shazeen, pero se ocuparían de que ningún arma se utilizase contra el proceder de Han. El resto de los hombres de la cuadrilla se esparció por los muelles, manteniendo sus armas con ellos. Han lo había entendido, cualquier clase de tiroteo, provocaría un baño de sangre, pero cualquier cosa por debajo de eso era admisible. Cuando Han estaba a unos pocos pasos, el jefe de la cuadrilla se dirigió a él.

—Está demasiado cerca.

Varios de los hombres estaban murmurando entre ellos, viendo el tamaño de Chewbacca vestido con las ropas y la capucha. Han se acercó mas, repartiendo una serie de cordialidades insulsas. Tuvo la impresión que el hombre era un alborotador y pensó:

¡Primero la victoria, después las preguntas!

El jefe le dio un empujón con una advertencia.

—¡No te lo diré otra vez, extranjero!

Qué miedo, agregó Han silenciosamente.

Con velocidad giró cegadoramente y colocó su bláster contra la cabeza del jefe. El hombre estaba empujándole y advirtiéndole un instante antes, cuando de repente su semblante se quedó estupefacto. Han tuvo tiempo de colocar hacia atrás el brazo del hombre y dar al jefe de la cuadrilla un duro empujón, lo que había generado su sorpresa. Luego, tuvo que esquivar una porra, y la riña explotó. Un joven miembro de la cuadrilla de tierra giró ansioso y golpeó a Bollux con una combinación, un golpe seco y rápido y uno largo lateral que habría hecho un daño considerable a un humano. Pero el puño del joven resonó con un gong en la sección media del droide y rebotó sobre su cara reforzada. Mientras el chico sollozaba en la agonía, Hasti rodeó a Bollux y bajó el cañón de su bláster hacia su cabeza.

Otro hombre de la cuadrilla trató de alcanzar a Han, que estaba ocupado. Entonces, Badure le detuvo con un bloqueo del antebrazo y le golpeó con el pie, pateándolo duramente. Su antagonista se cayó.

Lo habían hecho lo suficientemente bien por el momento, pero el resto de la cuadrilla de tierra entró en acción vengativamente. Entonces, Chewbacca se unió a la riña. El wookiee había dado un paso atrás para soltar el bolso de bandolera y liberar a Skynx de peligro y dejó junto a ella su arco de energía. Con su capucha aún puesta, seleccionó a dos hombres, les golpeó duramente y luego los arrojó hacia arriba y sin dirección. Un giro de un largo brazo apartó a otro hombre fuera del muelle. Chewbacca dio patadas en la dirección opuesta, golpeando a un hombre que se había lanzado sobre Hasti. El hombre voló lateralmente, giró en el aire dos veces y se deslizó por toda la extensión del muelle. Dos hombres atacaron al wookiee desde ambos lados agarrándose a sus piernas. Chewbacca los ignoró, con sus piernas robustas como columnas debajo de él. Eliminó a todos a su alrededor; derribando adversarios con cada golpe. La pelea se recrudeció alrededor de Chewbacca, con una cantidad de golpes de hombres desesperados que se acercaban a él. Frustrado por la pelea en la que había sido derribado por el ataque traidor de Egome Fass, el wookiee les complació. Los cuerpos volaron hacia atrás, hacia arriba y hacia los lados. El segundo oficial del *Halcón Milenario* se refrenó para evitar un derramamiento de sangre innecesario.

Sus compañeros se encontraron fuera de la pelea, dando solamente alguna asistencia ocasional con un golpe en la cabeza, un empujón o una advertencia gritada. Chewbacca encontró tiempo para dar a cada una de sus piernas una sacudida, y los hombres que habían estado agarrados a ellas se soltaron. Aquellos que quedaban en pie hicieron una carga concentrada. El wookiee extendió sus brazos y agarró a tres de ellos, arrojándolos contra el muelle. Uno de ellos, el jefe de la cuadrilla, quien se había recuperado del golpe de Han y reingresado en la pelea, sacó una daga de una funda de su antebrazo. Han buscaba un disparo claro en ese momento, pasase lo que pasase. Pero Chewbacca percibió el movimiento del jefe. La cabeza del wookiee giró, haciendo caer su capucha por primera vez, y desató un rugido de su garganta en la cara del jefe de la cuadrilla, echando hacia atrás sus labios y enseñando sus prominentes colmillos. El jefe se quedó completamente pálido, con los ojos hinchados y no logrando más que producir pequeños chirridos. Su daga cayó de sus dedos repentinamente inútiles.

El rabioso wookiee, habiendo despachado a todos los demás, colocó al hombre en el suelo y golpeó con el dedo índice contra su pecho. El jefe de la cuadrilla cayó hacia atrás, tratando de coger aire. Hasti agarró el arco de energía de Chewbacca y el cono de pasta del que habían estado comiendo; Badure cogió la bolsa que contenía a Skynx de la cual emergió gorgoteando de alegría.

Han agarró el brazo de su socio.

—¡Corramos hacia el flotador de embarque!

Echaron una carrera hacia el flotador de embarque y saltaron uno por uno hasta la balsa de remolque. Shazeen, que había observado la riña, soltó un chorro de aire por sus agallas. Cerrando la membrana protectora de sus ojos, se metió rápidamente bajo el agua y volvió a emerger con su cabeza a través del arnés de remolque, ordenando:

—¡Levad anclas!

Badure, el último en subir a la balsa, traía con él la bolsa de bandolera. Habían esperado que Shazeen se pusiese rápidamente en camino, pero el *nadador* sacó la balsa del muelle lentamente.

Cuando había puesto algunas docenas de metros entre la balsa y el muelle, se zafó del arnés de remolque sumergiéndose, luego salió a la superficie deteniendo la balsa con su hocico duro como la roca.

—¡Esa fue una buena pelea! —vitoreó.

Colocando hacia atrás su cabeza, emitió una llamada cimbreada que onduló a través del agua.

—Shazeen les saluda —aclaró.

—Uh, gracias —contestó Han dudosamente—. ¿Por qué nos retrasamos?

—Estamos esperando a Kasarax —contestó Shazeen serenamente.

El arrebató de Han fue contenido cuando otro sauropteroide salió a la superficie junto a Shazeen, silbando y siseando con su boca y sus agallas.

—Usa su lenguaje, mujer —regañó Shazeen al recién llegado, quien era más pequeño y de un color más claro, pero casi con tantas cicatrices de batalla como el gran toro.

—Estos son los amigos de Shazeen —dijo el viejo toro.

[Ese grandote de allí, el de la cara peluda, es el más duro, ¿no?]

La hembra cambió al básico.

—¿Realmente te opondrás a Kasarax?

—Nadie le dice a Shazeen dónde puede o no puede nadar —contestó la otra criatura.

—Entonces, el resto de nosotros estaremos contigo —contestó ella—. Mantendremos a los seguidores de Kasarax apartados.

El agua del lago formó remolinos cuando se cerró sobre su cabeza al sumergirse.

—¡Echen el ancla! —gritó Han—. ¡Paren las máquinas! ¡Cancele las reservas! Usted nunca dijo nada acerca de una confrontación.

—Una carrera, una mera ceremonia —reconfortó Shazeen—. Kasarax debe simular ahora que es una disputa de derechos de paso, conforme a la Ley.

—Si es que puede conseguir pasajeros —interrumpió Hasti—. ¡Mirad!

Kasarax estaba teniendo problemas en conseguir que alguno de su cuadrilla de tierra subiese a bordo de su balsa de remolque. El enfrentamiento en el muelle les estaba haciendo dudar si debían entrometerse sin razón en una disputa de *nadadores*. Su jefe también vaciló.

Kasarax perdió los estribos y descargó una mano sobre su balsa de remolque, medio inclinándose sobre el muelle. Los hombres retrocedieron ante el gigantesco cuerpo y la enorme boca abierta emanado vapor.

Kasarax se inclinó sobre el jefe.

—¡Harás lo que yo diga! No hay ningún lugar donde puedas esconderte de mi, ni siquiera en ese refugio que construiste bajo tu casa. Si me obligas, te desenterraré como a una concha de piedra del fondo del lago. ¡Y todo el tiempo, me oirás acercándome!

Los nervios del jefe de la cuadrilla se quebraron. Con la cara pálida, corrió por el flotador de embarque hacia la balsa, tirando de varios seguidores renuentes y golpeando a varios otros para que le acompañasen.

—Poderoso y persuasivo, ese sobrino mío —reflejó Shazeen.

—¿Sobrino? —explotó Hasti emocionalmente.

—Así es. Durante años y años di una buena paliza a cada contrincante que me desafió, pero finalmente me cansé de ser el gran toro. Viajé hacia el norte, donde hacía calor y los peces eran gordos y sabrosos. Kasarax ha estado fuera de control demasiado tiempo; en parte por mi culpa. Creo que la gente de tierra le mete en la cabeza el concepto del poder.

—Otra victoria para el progreso —murmuró Badure.

Kasarax se aproximaba con su balsa de remolque a la altura de Shazeen.

—De todos modos, no se preocupen —les dijo Shazeen—. El pueblo acuático no les atacará, así es que no usen sus armas contra ellos, o se convertirá en una cuestión de sangre. Esa es la Ley.

—¿Que hay acerca de los otros humanos? —preguntó Han, pero ya era demasiado tarde.

Shazeen había ido a enfrentarse a Kasarax. Los miembros de la cuadrilla de tierra habían traído sus fusiles de arpones y una gran variedad de cuchillos desde el muelle. Los dos toros batieron el agua, bramándose el uno al otro.

En la distancia, Shazeen cambió al básico.

—¡Mantente fuera de mi curso!

—¡Y tú del mío! —replicó Kasarax.

Ambos se zambulleron hacia sus respectivas balsas de remolque, batiendo sus aletas con todas sus fuerzas, buceando hasta sus arneses y creando remolinos. Resurgieron con sus cabezas a través de los arneses y dejaron las tiras de sus remolques tensas. Las tiras rechinaron con la tensión, expulsando el agua de ellas. El agua saltó a borbotones frente a las rudas proas de las balsas, rociándolas de espuma. Todo el mundo en ambas balsas perdió el equilibrio y cayó a la cubierta, buscando desesperadamente un asidero. Kasarax y Shazeen se enfrentaron al agua casi paralelamente, chillándose desafíos el uno al otro.

Han comenzó a preguntarse si una caminata alrededor del lago no habría sido mejor idea después de todo.

¿Por qué siempre pienso estas cosas demasiado tarde?

IX

Las cuerdas de remolque se tensaron como las de un arco. Las balsas se movieron hacia adelante con sobretensión siguiendo el ritmo de los *nadadores*.

Han se agarró a la sencilla barandilla de la cubierta. El agua estaba atestada de sauropteroides, de ambos bandos; los seguidores de Kasarax y los defensores de Shazeen, quienes habían sido expulsados de sus trabajos por la alianza de Kasarax con la cuadrilla de tierra. Los largos cuellos seccionaban el agua; las gigantescas espaldas y las anchas aletas se vislumbraban con cada zambullida, y la rociada de las brazadas y el bombear de los orificios respiraderos hacían parecer que la lluvia se había reanudado.

—¡Chewie! —gritó Hasti, que permanecía abrazada a un puntal de la barandilla—. ¡La bolsa!

La bolsa de bandolera que contenía a Skynx se estaba deslizando hacia popa. Badure se lanzó desde una esquina de la barandilla y la atrapó, entrelazando sus piernas alrededor de un puntal. Skynx salió de improviso del saco, con sus grandes ojos rojos ahora mucho más vidriosos. Moviéndose inestablemente, el ruuriano corrió a pasos cortos, junto a la cabeza de Badure, con sus antenas doblándose por la brisa, y aferrándose fuertemente con cada uno de los dedos de los que podía disponer, y lanzó el frasco vacío al aire, aplaudiendo.

—¡Weeee-ee heee-ee! ¡Apuesto cinco drifts por nosotros! —Mirando la balsa de Kasarax, agregó astutamente—. Y cinco más por ellos.

Seguidamente se metió de nuevo en la bolsa, que Badure cerró detrás de él.

El viaje en balsa no molestaba tanto a Han como el hecho de que no era una carrera ordinaria. Los dos toros se esforzaban, incapaces de adelantarse el uno al otro. Kasarax intentó conseguir la delantera en varias ocasiones, pero Shazeen igualó sus impulsos y mantuvo el ritmo. Han podía oír sus gruñidos de esfuerzo sobre la brisa del viento y los golpes del agua contra las balsas. Kasarax cambió de método, disminuyendo su velocidad. Shazeen siguió el ejemplo. La criatura más joven cambió de rumbo rápidamente, atravesando el camino de Shazeen justamente detrás del anciano. Se agachó rápidamente bajo las cuerdas de remolque de Shazeen y tiró fuertemente. Su balsa de remolque le siguió, con sus cuerdas pasando rozando a Shazeen.

Han vio al jefe de la cuadrilla de tierra alzar un hacha de ancha cuchilla. Los hombres de Kasarax obviamente tenían la intención de cortar las cuerdas de Shazeen cuando chocasen contra la barandilla de la balsa de Kasarax. El piloto desenfundó sin pensar; un rayo rojo del bláster parpadeó sobre el agua, y golpeó en el hacha, esparciendo chispas, y ennegreciendo la hoja. El jefe de la cuadrilla se dejó caer sobre la cubierta con un grito hacia sus hombres para que se agachasen.

Otro hombre cogió el hacha y la hizo girar a medida que las dos balsas y los *nadadores* que les daban remolque se acercaban más y más a un curso de intersección. El disparo de Han no surtió efecto y el filo del hacha cayó. Quizás era un metal enriquecido de otro mundo; en cualquier caso, el hacha cortó una de las cuerdas de un solo golpe, incrustándose en la barandilla de proa. La balsa de

Shazeen giró, colocándose de lado por el tirón desequilibrado de la cuerda restante. El jefe recuperó el hacha, con intención de hacer pedazos la otra cuerda.

Han apuntaba sobre el hacha cuando Shazeen cambió de dirección para ver que es lo que sucedía. La cuerda de remolque restante pasó por encima de la barandilla de Kasarax, golpeando al jefe de la cuadrilla y tirándolo por la borda. En el mismo momento de la maniobra de Shazeen su balsa colisionó. Han perdió pie, se resbaló y cayó, con el bláster volando desde su mano. El jefe aún se aferraba a la cuerda restante del remolque de Shazeen, con el cuerpo medio sumergido y tratando de seccionarla con un cuchillo. Han no pudo localizar su bláster, pero decidió no dejar que cortasen la segunda cuerda. El jefe de la cuadrilla estaba afanado en su trabajo, Hasti gritaba algo acerca de no empezar una pelea con armas de fuego, y Badure y Chewbacca gritaban algo que Han no tenía tiempo de pararse a escuchar, menos aún no estando de humor para un debate. Perdiendo la paciencia, tiró su chaqueta de vuelo, pasó por encima de la barandilla, salto y comenzó a deslizarse por la cuerda, mano sobre mano y con sus piernas entrelazadas alrededor de ella y con las olas más altas mojando su espalda. El jefe de la cuadrilla sintió las vibraciones en la cuerda, vio a Han y aserró más furiosamente la resistente fibra.

El jefe se tomó un momento para tratar de acuchillar al piloto. Han repentinamente se percató de lo impetuoso que había sido; como si otra persona hubiese entrado por un momento en su cuerpo. Realmente no evitó el ataque, y la punta del cuchillo atravesó su barbilla. El agua tiró de ellos. Pero Han evitó la siguiente cuchillada con la agilidad obtenida en sus entrenamientos acrobáticos con gravedad cero. Han le golpeó con el canto de la mano para desarmarlo, y el cuchillo cayó pesadamente al agua. Mientras el cuchillo caía, el jefe de la cuadrilla comenzó a perder su agarre en la cuerda. Tiró de Han y ambos hombres cayeron al agua.

El agua del lago estaba completamente helada y tenía un sabor peculiar. Han buceó tan profundamente como pudo, con sus ropas haciéndole avanzar lentamente. Bajo el agua Han escuchó el sonido sordo de la proa de la balsa golpeando la cabeza del jefe. Las mejillas se le inflaron, el piloto echó una mirada a través de las frías y oscuras aguas y vio como la balsa basaba por encima de él, saliendo a la superficie justamente detrás de ella. Se agarró a la barandilla, la perdió por un momento y haciendo un esfuerzo volvió a agarrarse fuertemente. Chewbacca tiró de su socio hacia la rígida barandilla en el momento en que la balsa comenzó a ir a la deriva para detenerse. Sacudiéndose el pelo mojado de los ojos, Han pegó un grito involuntario de sorpresa, viendo por qué se detenían. La maniobra de Kasarax había sido la provocación que necesitaba Shazeen para librar un combate bajo las Leyes de los *Nadadores*. Los dos monstruosos toros habían desaparecido de sus arneses de remolque; ahora se encontraban en una batalla decisiva. Se embistieron mutuamente bajo un impresionante impacto, un golpe de sus grandes cabezas cuyo sonido fue como el crujido de un árbol, seguido de un impacto de sus musculosos cuellos y anchos pechos que provocaron rápidas olas. Ninguno pareció herido a medida que giraban para colocarse nuevamente en posición, con sus aletas batiendo y convirtiendo el agua en espuma.

El jefe de la cuadrilla de tierra nadaba hacia su balsa, ansioso por salir del camino de aquellas cosas tan grandes. Han sintió el duro dedo de Bollux golpeando suavemente sobre su hombro.

—Sin duda querrá esto, señor. Lo cogí antes de que cayese por la borda, pero usted no pareció oírme llamándole —le dijo devolviéndole el bláster.

—Te duplico el sueldo —prometió Han sin apartar los ojos de la batalla, ignorando el hecho de que nunca había pagado nada al droide.

Kasarax gimió; había sido demasiado lento en su retirada después de morder a Shazeen. El viejo toro no había conseguido agarrarle completamente con sus colmillos, y Kasarax se había escapado, pero la sangre fluía desde debajo de las escamas de su cuello. Kasarax, salvaje y fiero, volvió a la carga. Shazeen le encontró de frente, cada uno de ellos tratando de embestir, morder, y presionar al otro bajo la superficie, gritando y bramando. Shazeen falló tratando de repeler el decidido asalto de Kasarax y cayó hacia atrás mientras la criatura más joven se abalanzaba sobre él buscando la garganta de su tío para darle muerte. Pero se había precipitado. Shazeen salió del agua y ahora el viejo toro se dejó caer como pretexto y buceó, revolcándose. Su cola despuntada golpeó ruidosamente el cráneo de Kasarax, y el combatiente más joven cayó hacia atrás por el dolor.

Comenzaron de nuevo chocando sus cabezas, mordiendo, agitando las aletas y chocando el uno contra el otro.

—¡Espera! —advirtió Hasti, la única que había visto acercarse el nuevo peligro.

La balsa se estremeció y las maderas se astillaron cuando la proa fue levantada en el aire. Era uno de los seguidores de Kasarax, un toro joven con un aspecto muy parecido al de Kasarax. Había cerrado las poderosas mandíbulas en la proa de la balsa, sacudiéndola y expulsando chorros coléricos por su respiradero. Arrancó un enorme pedazo de la balsa, escupió la madera a un lado y luego volvió a por ellos. Han colocó su bláster a máxima potencia.

—¡No le mates! —gritó Hasti.

—¡Provocarás que todos ellos caigan sobre nosotros!

A medida que el sauropteroide golpeaba la balsa casi volcándola, Han pegó un grito.

—¿Qué quieres que haga cariño? ¿Que sea su aperitivo?

—Déjasele a él —contestó, señalando.

Ella se refería a otro *nadador* que se aproximaba. El seguidor de Kasarax había puesto en marcha una refriega general. A Han le pareció que era la hembra que había salido a la superficie cerca del muelle y había ofrecido su apoyo a Shazeen y que se dirigía hacia la balsa levantando impresionantes olas en su recorrido. Pero nuevamente, la criatura cerró sus mandíbulas sobre la popa de la balsa.

Necesitamos algo para seguir respirando hasta que llegue la ayuda, se dijo Han a sí mismo.

Vio el cono de aquella pasta que Hasti había traído, aún medio lleno. Trató de alcanzarlo.

—¡Chewie! ¡Agárrame!

Han se subió inestablemente sobre la barandilla. El wookiee estiró su largo brazo y atrapó la mano libre de Han, balanceándolo. El joven toro le había visto venir y abrió sus fauces, pero cuándo Han se detuvo cerró sus mandíbulas

fuertemente y resopló un géiser de agua por su respiradero. Cuando vio los bordes del respiradero vibrando al coger nuevamente aire, Han metió el cono de pasta en él tan fuertemente como pudo. El cono se introdujo en el absorbente respiradero con un *shloop* peculiar. El *nadador* se detuvo, con sus ojos hinchándose. En qué pasajes de aire o cámaras se había introducido la pasta, Han no lo pudo imaginar. La criatura se estremeció, luego lanzó un estornudo a presión que le convulsionó, golpeando fuertemente el agua y casi haciendo salir volando a Han de la balsa con su torbellino de olor a peces.

En ese mismo momento, la amiga de Shazeen llegó. Golpeó a la joven criatura y se enfrascaron en una furiosa batalla. En todas partes, parejas de criaturas se revolcaban, zambullían, mordían y corneaban en el combate. En las pieles escamosas de los animales comenzó a vislumbrarse un castigo tremendo y sus sonidos de amenaza aturdían a los humanos; las turbulencias generadas por la refriega amenazaban con volcar la balsa.

Han mantenía su atención fija en Shazeen y Kasarax, pensando: *Si ese viejo toro pierde, será un húmedo paseo a casa. ¡Y hoy los peces están que muerden!*

Ambos toros estaban arañados y heridos, habiendo perdido trozos de piel y de aletas. El mayor avanzaba lentamente, desgastado ante la resistencia de su joven sobrino. Se golpearon conjuntamente y muy duro en otro intercambio de ferocidad. Sorprendentemente, Kasarax huyó. Shazeen trató de seguirle conservando su ventaja, pero perdió su pista y dio vueltas sin rumbo.

El aire estaba lleno de gritos de guerra, por lo que Shazeen no prestó atención a las advertencias de sus pasajeros. Kasarax, astutamente y en silencio, salió a la superficie detrás de su tío y por su izquierda, en el punto ciego creado por la falta de su ojo. El *nadador* más joven se abalanzó con sus cavernosas mandíbulas preparadas para dar un mordisco letal en la base del cráneo de su tío.

Shazeen se movió con gran velocidad cobrando nuevo vigor y subiendo rápidamente la cabeza, golpeando la barbilla de Kasarax con la parte más huesuda de su cráneo. El golpe hizo eco en la orilla contraria del lago.

Aturdido por el terrible golpe, Kasarax no tuvo tiempo de tambalearse antes de que Shazeen cogiese su garganta entre sus negras mandíbulas.

—¡Viejo estafador! —gritó Badure con alegría.

Chewbacca y Hasti se abrazaron, y Han se apoyó en la barandilla riendo.

Shazeen sacudía la cabeza de su sobrino despiadadamente, de lado a lado y de adelante a atrás, pero conteniéndose de darle el mordisco mortal.

Al fin, Kasarax se dobló hacia atrás en un ángulo doloroso, dejando de luchar y comenzando un lamentable graznido. Alrededor de él, el combate cesó bajo los sonidos de la rendición ritual. Cuando todos los demás se habían separado, Kasarax fue liberado y se le permitió volver al agua mientras su tío le lanzaba sonidos en su lengua.

—Es el fin —le recriminó.

Shazeen mandó marchar a su sobrino con un duro cabezazo. Kasarax se sometió; luego, lentamente se puso el arnés para transportar la balsa de remolque por el camino que había venido. Sus seguidores le persiguieron en su huida, escoltados por los victoriosos amigos de Shazeen. Shazeen se dirigió a su balsa, sintiendo el dolor que no se había permitido mostrar a sus enemigos.

Sangrando fuertemente por algunas heridas, con su cabeza llena de cicatrices y tuerta, ahora más golpeada y desgarrada, preguntó:

—Y bien, ¿dónde estábamos? —le dijo a Han.

—Yo estaba en el agua —le recordó—. Usted utilizó la balsa para echar al agua al jefe de la cuadrilla de tierra. También le golpeó fuertemente en la cabeza. Gracias.

El viejo toro hizo un burbujeo convincente parecido a una risa ahogada.

—Un pequeño accidente. ¿No le dije que era ilegal entrometerse en una pelea humana? —gorgoteo nuevamente, colocando su ancho pecho contra la popa de la balsa y empujando hacia la orilla opuesta.

—¿Que pasará con su sobrino? —quiso saber Hasti.

—Oh, no creo que siga tratando de convertir el lago en su propio estanque. Esa tonta idea le habría matado tarde o temprano, y es demasiado valioso para desaprovecharle. Pronto necesitaré un lugarteniente; no va a tener muchas más peleas como esta de la que acaba de salir. Estos jóvenes siempre piensan que son inteligentes, tratando de cazarme por mi punto muerto.

—Yo no confiaría en él —le avisó Han.

—¡Tú nunca confías en nadie! —le regañó Hasti.

—¿Y ves acaso que me muerdan las aletas? —replicó con aire satisfecho.

—Oh, Kasarax estará bien —dijo Shazeen—. Solamente quería que le tuviésemos miedo, aunque le hubiese gustado más que le respetásemos; todo lo peor siempre sale a relucir si se le da la oportunidad.

La orilla antes lejana se acercaba rápidamente. Shazeen los propulsó hacia ella con unos cuantos golpes más duros, luego se giró y los impulsó con unos golpes de sus aletas traseras. La balsa llegó hasta la playa sobre la cresta de las olas. Han dio un paso hacia la húmeda arena. Los demás le siguieron. Badure cargaba a un Skynx bastante enfermo sobre su hombro. La hembra que había salvado a los pasajeros de Shazeen salió a la superficie a su lado, obviamente preocupada. Pero sus ojos se posaron sobre Hasti, quien se había quitado la capucha y nuevamente lucía su pelo rojo.

—Esta vez tuviste un paseo más tormentoso, humana —observó la *nadadora*. Hasti parecía confundida.

—¿No fuiste tú... —preguntó la *nadadora*— ...la que trajo de regreso Kasarax? Lo siento, el pelo y, como lo llaman ellos... ¡la ropa! Eran exactamente iguales.

Hasti murmuró.

—¡Lanni! ¡Estas eran sus ropas!

Badure le preguntó a la hembra qué fue lo que había hecho aquella pasajera.

—Solamente vino y preguntó a la gente sobre aquellas montañas de allí, ondeando una pequeña máquina en el aire cuando regresó —contestó ella.

Han, vaciando de agua su bota, levantó su mirada hacia las enormes montañas del sur.

—¿Que hay allá arriba?

—Nada —contestó Shazeen—. Los humanos no suelen ir allí. Menos aún regresar. Dicen que simplemente hay desolación allá arriba.

Shazeen estudiaba a Chewbacca, quien se había quitado la odiosa ropa, la forma destellante de Bollux y al ahora reanimado Skynx.

—Eso había oído —asintió Badure—. El campamento minero está ubicado al otro lado de las montañas, Han, pero nos coge de camino. ¿Por qué estaría Lanni interesada en esas montañas?

Han se puso de pie.

—Averigüémoslo.

X

El área se levantaba desde la orilla del lago en una serie de colinas redondeadas alfombradas con un musgo suave y azul que amortiguaba sus pasos. Han quedó complacido al comprobar que el musgo volvía a su posición original una vez habían pasado por él, borrando así las huellas de su paso.

Los víveres no fueron un problema. Los trabajadores de aquel lado del lago, todos ellos miembros de la cuadrilla de tierra de Kasarax, habían huido al ver a su líder derrotado, temiendo la venganza del grupo ganador.

Calculando entre diez y doce días de marcha a través de las montañas, el grupo había recogido de las edificaciones de almacenamiento abandonadas provisiones y equipo. Llenaron sus fardos con cajas de crustáceos del lago adobados en almíbar, conos plásticos de pasta como el que Hasti había comprado, tubos de rodajas vegetales conservadas en vinagre, paquetes de raciones, pescado ahumado, carne curada, y algunos embutidos de color púrpura. Aunque llevaban también unas grandes provisiones de agua, confiaban en encontrar más en las montañas. Según el mapa de prospección, había abundancia de manantiales de agua fresca a lo largo de todo el área.

Los que vestían ropa, habían recolectado vestimentas apropiadas para el frío clima. Han se había quitado sus ropas mojadas y se había puesto un traje dellaltiano esperando a que sus ropas se secasen, e ideó un vendaje para el corte que le había hecho el cuchillo. Prácticamente había obligado a Hasti a cambiar sus ropas y el traje de noche por un atuendo más adecuado para un niño adolescente.

También habían encontrando gruesos petates aislantes, pero no visto animales de montura o vehículos. A Han no le importó; no confiaba en bestias poco familiares, al igual que en la anticuada maquinaria dellaltiana, propensa a fallar.

Bollux, quien podía cargar con paquetes pesados y no consumía ni agua ni comida, se encontró con que su trabajo había aumentado. Se sintieron afortunados de tenerlo con ellos, sabiendo que ninguno de los animales domésticos estaba preparado para el terreno de montaña y que las pocas aeronaves que había estaban a grandes distancias en Dellalt.

Habían encontrado algunos tramos de cuerda, pero ningún otro engranaje de escalada. Nadie había encontrado medicinas, mediunidades, cargadores o armas adicionales, sistemas de comunicaciones, unidades calefactoras, macrobinoculares o teleobjetivos, aunque la recuperación del bláster de Han había sido una compensación.

Para refugiarse, habían cogido una gran tienda de campaña que estaba en una carreta dentro de uno de los edificios abandonados. Estaban armados. Además del bláster de Han y el arco de energía de Chewbacca, también disponían de las armas capturadas a las fuerzas de J'uoch. Badure tenía la pistola aturdidora que ya había usado y un par de pistolas de energía de largos cañones. Hasti empuñaba un disruptor compacto, un lanzador de dardos con cohetes tóxicos y un bláster, pero este último casi estaba agotado ya que Han lo había utilizado para recargar el suyo. Skynx rehusó llevar armas, ya que nunca habían sido utilizadas por su especie, y la programación básica de Bollux le prohibía usarlas igualmente.

Ascendieron por las colinas al pie de la montaña, conservando la línea de la cordillera entre ellos y la región que dejaban detrás. Sin embargo, Han dudaba que alguien se tomase la molestia de seguirlos. La caída del negocio ilegal de Kasarax, probablemente, ocupaba la atención de todo el mundo.

Las rachas de viento se deslizaban por las colinas, planchando el musgo elástico y removiendo el pelo, la ropa y el pelaje de los viajeros. La tierra era sombría y yerma. Careciendo de un segundo comunicador, optaron por ir en fila india con uno de ellos abriendo el camino, pero más que nada confiando en el ancho campo de visión que podrían mantener. Chewbacca tomó la delantera, pisando ágilmente sobre el musgo azul pese a su tamaño, olisqueando el aire con sus brillantes y negras fosas nasales. Sus ojos azules cambiaban de dirección constantemente, y sus sentidos de cazador estaban agudamente afinados. Una docena de pasos detrás, Bollux andaba con un caminar pesado. El droide había abierto una pequeña grieta en sus placas pectorales bajo la demanda de la pequeña computadora, y Max contemplaba las vistas. Después venían Badure y Hasti, uno al lado del otro. Skynx los seguía, llevando solamente sus instrumentos musicales porque ninguno de los paquetes que transportaban se adecuaba a su constitución, aparte que no hubiese podido soportar mucho peso de todas maneras. Ondulando hacia adelante, mantuvo el paso con facilidad. Han cubría la retaguardia, lanzando frecuentemente miradas hacia atrás y haciendo pequeños ajustes en las correas y el peso de la mochila que llevaba puesta.

Han estudió los rasgos más notables del prominente terreno e hizo todo lo que pudo para seguir su curso, ya que era la única forma que tenían para orientarse por la topografía del mapa. De vez en cuando, pensaba en el tesoro, pero el campo abierto y el enérgico viento le hacían sentirse más feliz de lo que hubiese admitido. En cierto modo le recordaban la libertad que se sentía al viajar por el espacio.

El grupo siguió adelante a lo largo de la mañana, con un buen ritmo. Han se detenía frecuentemente para utilizar la mirilla de su bláster y ver si había algún signo de que alguien los estuviese siguiendo. Pero a medida que ascendía el sol blanco azulado primario de Dellalt nadie apareció a la vista, por lo que redujeron la velocidad, guardando fuerzas para el largo viaje.

Skynx descendió hasta la altura de Han para hablar con él. El ruuriano tenía un rápido metabolismo, por lo que se había recuperado rápidamente de su borrachera. Han, quien caminaba detrás del grupo mientras comprobaba la retaguardia, giró sobre sus talones. Al ver al ruuriano pensó que Skynx debía estar completamente desilusionado con aquella aventura al estilo humano.

—Hey, Skynx, saca esos instrumentos de orquesta tuyos de los bolsillos. De todos modos estamos al descubierto, como insectos en una marquesina. Un poco de música no nos hará el asunto más arriesgado.

El ruuriano accedió ansiosamente. Usando sus cuatro pares de extremidades locomotoras, redujo la velocidad y sacó los pulsadores timpánicos, los fuelles para bombear aire hacia el cuerno, y la flauta. Comenzó una canción de marcha humana, una utilizada tanto para la aventura como para los desfiles. Los pequeños pulsadores mantuvieron una melodía contagiosa, los fuelles del cuerno sonaron y la flauta emitió un sonido agudo. Han resistió el ritmo acelerado, pero disfrutó de la música. Badure cuadró sus hombros y comenzó un paso drástico,

metiendo su sobresaliente estómago y canturreando la música. Hasti sonrió a Skynx y caminó rápidamente a grandes pasos. Chewbacca trató de mantener el paso, aunque los wookiees generalmente no se inclinaban por la disciplina. El paso era complicado para él. Logró mantener una especie de contoneo animado, pero ni remotamente el ritmo. Bollux, no obstante, cogió perfectamente el paso, con sus piernas mecánicas moviéndose acertadamente, sus brazos meciéndose, y sosteniendo el mentón a gran altura.

Caminaban sobre el musgo azul; el viento frío hacía que el paisaje pareciera más árido y desolado. De este modo, continuaron subiendo la colina. Estaban a gran altura cuando el sol blanco azulado se estaba poniendo.

La poca iluminación de la ciudad estaba muy por debajo y detrás de ellos.

Aflorando de la roca había comenzado a aparecer y a crecer el musgo azul. Acamparon en una de las cornisas de la ladera de la montaña, bajo un saliente que ofrecía alguna protección contra el viento.

No había nada combustible para un fuego.

A medida que se instalaban, Han estableció la prioridades.

—Voy a inspeccionar el área. Chewie hará la primera guardia, después de que coma. Badure, tu harás la segunda y yo haré la tercera. Skynx tendrá la obligación de despertarnos. ¿Le ha quedado claro a todo el mundo?

Badure no mencionó nada sobre que Han asumiese el liderazgo, conformándose con el orden.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó Hasti.

—Tendrás la primera guardia de la mañana, así que no te sientas como si te hubiésemos dejado fuera. ¿Tensaría mucho nuestra relación afectiva el que te pidiese prestado tu crono de muñeca?

Con los dientes apretados con fuerza, se lo tiró, y luego Han y Chewbacca se marcharon.

—¡Eres un engreído! —le gritó—. ¿Quién se cree que es? —dijo Hasti a los demás.

Badure contestó suavemente.

—¿«Mañoso»? Está acostumbrado a asumir el mando; no siempre fue un contrabandista o un transportista vagabundo. ¿No has visto las líneas rojas en sus pantalones? No se regala la franja de Sangre Corelliana por tener una presencia perfecta.

Ella, lo pensó un momento.

—Bien, ¿cómo las consiguió? ¿Y por qué le llamas «Mañoso»?

—Lo primero tendrás que preguntárselo a él, pero el apodo se remonta a la primera vez que nos encontramos.

A pesar de todo, Hasti era curiosa. Skynx escuchaba con interés, al igual que Bollux y Max Azul. Los dos autómatas decidieron escuchar a Badure antes de cerrar sus sistemas por esa noche; sus fotorreceptores resplandecían en el crepúsculo.

El frío se hacía mas intenso, y los humanos se envolvieron más en sus capas. Badure cerró su chaqueta de vuelo y Skynx se hizo un ovillo para conservar el calor de su cuerpo.

—Fui un oficial de navío, y obtuve algunas condecoraciones por mis méritos, comenzó Badure—. Pero se produjo un incidente en la Rueda del Jubileo que yo dirigía a bordo del buque insignia. De cualquier manera, me reasignaron para un cuerpo administrativo en una academia. El comandante era un piloto de escritorio, fuera de sus cabales. Su brillante idea era coger una nave de entrenamiento, una vieja U-33 elevadora orbital de carga y trugarla, para que el instructor de vuelo pudiese simular un mal funcionamiento: situaciones realistas de estrés.

»—Bastantes cosas pueden ir mal en la construcción de una nave —le dije, pero el comandante tenía influencias. Su programa fue aprobado. Yo era el instructor de vuelo, y el comandante vino en la primera misión de entrenamiento. Explicó a los cadetes un resumen muy breve exagerando las acciones como si fuese un viejo veterano.

»En la mitad de la explicación, un cadete interrumpió.

»—Con permiso señor, pero la secuencia de ignición primaria de un U-33 es en cuatro etapas, no tres.

»El chico era larguirucho, todo hueso y orejas, con una gran sonrisa torcida. El comandante le miró frío como el hielo y le dijo:

»—Debido a que el cadete Solo es un estudiante *mañoso*; será el primero en sentarse en la silla caliente.

»Todos subimos a la nave y despegamos. Han esquivó todo lo que el C.O. le lanzó, y su gran sonrisa se hacía cada vez mas grande. Realmente había dedicado mucho tiempo a estudiar aquel tipo de naves.

»Aquella había sido comprobada al cien por cien, pero algo salió mal y explotó; un segundo después, todos hacíamos lo que podíamos para mantenerla en el aire. No lográbamos extender el tren de aterrizaje, por lo que contacté con el control de tierra para pedir un rayo tractor de recuperación de emergencia. Los tractores, tanto los primarios como los secundarios, fallaron en nuestra aproximación. Pero me las arreglé para conseguir volver a elevarnos.

»El comandante estaba blanco alrededor de los ojos en ese momento; las naves de emergencia y contra incendios se desplegaban por todo el campo. En ese momento, el cadete Solo dijo:

»—La válvula del depósito del tren de aterrizaje está atascada, señor, suele pasarles a estos U-33 constantemente.

»Yo le dije:

»—Bien, ¿te sientes con ganas de gatear hasta la bahía del engranaje llevando una llave mecánica para arreglarlo?

»—No es necesario —dijo el chico—. Podemos sacudirla con un par de hábiles maniobras.

»Los dientes del comandante rechinaban sin cesar.

»—¡No puede coger un navío pesado y hacer acrobacias aéreas con él! —dijo.

»—Si usted puede esperar a que surja otra idea, yo no puedo, señor, porque no sé a qué hábiles maniobras se está refiriendo «Mañoso». Tendrá que hacerlo —le contesté al comandante.

»Mientras su boca se abría para protestar, le recordé que Han estaba optando al rango de oficial.

»—Una de dos, o aterrizas usted esta bestia, o deja al niño probar su idea.

»Se quedó callado, pero comenzó un alboroto en el compartimiento de pasajeros. Los otros cadetes se estaban poniendo nerviosos. Han abrió el intercomunicador y dijo:

»—Por orden del comandante, este es un aterrizaje de emergencia de entrenamiento. Todos los procedimientos serán observados; y todos están siendo calificados.

»Le dije que estaba jugando demasiado rápido y liberalmente con los que podrían ser los últimos momentos de algunos. Le dejé el asiento. Han tomó los controles.

»La U-33 no estaba diseñada para las maniobras acrobáticas de Han. Llevó la nave a través de tres giros exteriores invertidos, para liberar la válvula del tren. Nuestra visión comenzó a girarse. El cómo logró elevarnos con aquellos giros invertidos, nunca lo sabré: pero sonreía burlonamente, colgando del arnés. Entró en una secuencia de giros para crear fuerza centrífuga en la válvula del depósito. Pensé que iba a arrancar de un tirón las alas y casi volví a asumir el control, pero en ese preciso momento obtuve una luz en el tablero. Había forzado a la válvula a abrirse. Pero la gravedad podía volver a cerrarla de nuevo, por eso Han tuvo que volar cabeza abajo mientras el tren de aterrizaje se colocaba en posición. La nave había empezado a perder altitud y el comandante, en cierto modo echando espuma por la boca, estaba balbuceando a Han que descendiese. Han rehusó.

»—Espere, espere —dijo.

»Luego escuchamos un chirrido cuando el tren de aterrizaje se acomodó, y un sonido metálico cuando quedó cerrado. Han giró la nave, dio pleno poder a los propulsores inversos, provocando la caída de todo el equipo que no estaba sujeto. Destrozamos dos redes de emergencia y solamente sobrevivimos porque aterrizamos contra el viento. Fue un aterrizaje movido.

»Tuvieron que ayudar al comandante a salir de la nave. Luego la neutralizaron para siempre. Han bloqueó su tablero, exactamente como dice el libro de reglamento.

»—¿Suficientemente «mañoso» para usted? —preguntó.

»Yo le respondí:

»—¿«Mañoso»?

»Así fue como empezó lo del apodo.

Estaba completamente oscuro. Las estrellas brillaban en lo alto, y las dos lunas de Dellalt estaban en el cielo.

—Badure, si eso hubiese ocurrido hoy —preguntó Hasti tranquilamente—, ¿les hubieses dicho a todos esos cadetes que podrían haber muerto?

Badure sonó cansado.

—Sí, aunque se hubiesen aterrorizado, tendrían derecho a saberlo.

—Seguro que las siguientes preguntas lógicas son: Bien, ¿qué oportunidades tenemos? Y, ¿podremos recuperar el *Halcón* y sobrevivir al intento?

Skynx y los dos autómatas esperaron su respuesta. Badure guardó silencio. Por su mente pasaban las opciones: mentirles, decirles la verdad, o simplemente, darse la vuelta y tratar de dormir. Pero cuando estaba abriendo la boca para contestar, fue interrumpido.

—Depende de lo que tengamos en contra —dijo Han Solo desde la oscuridad, habiendo regresado tan silenciosamente que no le habían escuchado—. Si la seguridad del campo es floja, podríamos escaparnos sin pérdidas. Si es fuerte, entonces, tendremos que enfrentarnos a ellos de alguna forma, tal vez, atrayéndolos fuera del campamento. De cualquier forma, implica riesgo. Probablemente tendríamos bajas y alguno de nosotros podría no contarlo.

—¿Alguno? Admítelo, Solo; estás tan ansioso por recuperar esa nave tuya que estás ignorando los hechos. J'uoch tiene más asesinos a sueldo que...

—J'uoch ha conseguido algunos provincianos en la ciudad y quizás un poco de músculo de poca monta —corrigió Han a Hasti—. Si fuesen de categoría, entonces no estarían trabajando por un traje de dos créditos como el de ella. Darle una pistola a un provinciano no hace de él un pistolero.

Han dio un paso hacia adelante y ella pudo ver su silueta contra las estrellas.

—Tienen la ventaja del número, pero el único pistolero en años luz está de pie delante de tus ojos.

La nave era esbelta, elegante y lujosamente construida a medida, una nave de exploración fuera del inventario militar. Su aproximación y su aterrizaje fueron exactos, y aterrizó precisamente donde el *Halcón Milenario* había estado aterrizado varios días antes.

Su único ocupante surgió de la escotilla. El hombre era ágil, decidido, aunque sus movimientos eran a la vez abruptos. Aunque era alto y delgado, su forma parecía compacta. Sus ropas eran caras e impecables, de los materiales más finos, de pantalones gris oscuro y camisa blanca de cuello alto, con una pequeña chaqueta gris oscura sobre ella. Una larga bufanda blanca estaba anudada sobre su garganta cayendo en suaves pliegues, y sus zapatos negros brillaban. Tenía el pelo canoso y bien recortado, pero sus bigotes eran largos, con sus extremos recogidos y adornados con dos diminutos abalorios de oro, dándole una sutil apariencia de granuja.

Los ciudadanos aparecieron y se aglomeraron alrededor de él, tal y como habían saludado a los pasajeros del *Halcón*. Pero algo en sus extraños y azules ojos que no parpadeaban, algo penetrante y sin piedad, los hizo ser cautelosos.

Fácilmente les sonsacó la historia de la llegada del *Halcón* y su captura por la nave del campamento minero. Le mostraron el lugar donde la vaina había sido destruida por los disparos. Incluso los animales carroñeros habían evitado los restos, temiendo los residuos radiactivos. El desconocido les dijo a los ciudadanos que se dispersasen, y viendo la mirada de sus ojos, obedecieron.

Cuidadosamente se quitó su chaqueta y la colgó dentro de su nave. Alrededor de su cintura asomó un cinturón negro labrado que mantenía un bláster a gran altura en su cadera derecha.

Cogió algunos instrumentos sensitivos de su nave, unos en un arnés de transporte, otros pegados a una larga sonda, y otros colocados en un globo remoto muy sofisticado.

Aflojándose la bufanda, hizo un examen con detenimiento del área, trabajando en un cuidadoso patrón. Una hora más tarde devolvió el equipo a su nave y quitó el polvo de sus destellantes zapatos con un trapo. Había quedado satisfecho al descubrir que nadie había muerto cuando la vaina de J'uoch había sido destruida.

Volvió a atarse la bufanda mientras consideraba la situación. Gallandro se puso su chaqueta y cerró la nave, abriéndose paso posteriormente hacia la ciudad.

Escuchó rumores de acontecimientos extravagantes, en el lago y de batallas entre los nativos. Sin embargo, no pudo verificar que los extranjeros a los que buscaba hubiesen estado involucrados; los testigos de primera línea, la cuadrilla de tierra del sauropteroide Kasarax, había desaparecido. Aún así, estaba decidido a comprobar la historia. Estaba de acuerdo con el destino escandalosamente impredecible que tenía Han Solo.

No, se corrigió a sí mismo. *Suerte*. Así es como solo lo habría llamado.

Él, Gallandro, hacía mucho tiempo que había rechazado el misticismo y la superstición. Había sido aún más frustrante ver cómo los acontecimientos conspiraban para mantener a Solo lejos de sus manos. Gallandro tenía la intención de poner a prueba a Solo, y demostrar que no era más que un contrabandista de poca monta y sin importancia.

Que el pistolero indudablemente había alargado el asunto más de lo que el mismo Solo había pensado era una fuente de irónica diversión para él. Usando los vastos recursos de su jefe, la Autoridad del Sector Corporativo, había rastreado a Solo y al wookiee tan lejos, y con sólo un poco de paciencia, completaría la cacería.

XI

—Hay algo que no me gusta —dijo Han, mirando con atención a través de la mirilla de su bláster bajo la luz de la mañana—. No estoy seguro, pero... Allí, mira, Badure.

—Parece un campo de aterrizaje —comentó Hasti.

—¿Simplemente porque es grande, llano, y porque tiene naves aterrizadas? —preguntó Han sarcásticamente—. No saques conclusiones; puede que hayamos encontrado de casualidad un grupo de aeronaves escondidas en estas montañas.

Una brisa fresca pasó por sus espaldas y siguió por el estrecho valle hacia el campo. Había estado nevando duramente en la región; en la orilla más alejada del campo de aterrizaje, una montaña de nieve inclinada abruptamente descendía hacia las tierras de más abajo.

—Eso no está en ninguno de los mapas que he visto —declaró Badure, mirando de reojo a través de la mirilla.

—Eso no quiere decir nada —replicó Han—. En la Hegemonía de Tion, los programas modernos de prospección andan algo así como cien años atrasados o más. Y estas montañas están llenas de turbulencias y de tormentas. Una nave de inspección puede perderse totalmente en este lugar. Incluso un equipo Alpha o una misión completa de rescate Beta hubieran sido incapaces de rescatarlas.

Considerando la idea, Han frotó su mandíbula, sintiendo el crecimiento de la barba.

Él, al igual que los demás, estaba cansado y pálido desde la partida y había perdido una gran cantidad de peso. El corte de su barbilla había curado bastante bien a falta de una mediunidad.

—Badure esta en lo cierto —dijo Hasti, colocando el lector del mapa de prospección cerca de su cara—. Aquí no hay nada en absoluto. Y, ¿qué está haciendo eso aquí de todos modos? Mira, han tenido que horadar medio acantilado para construirla.

Han se concentraba en el campo con su aguda vista. Las luces de orientación y los faros preventivos estaban apagados, comprensible en una base escondida; pero daba la impresión de ser muy antigua. Han pudo divisar varias naves que tenían la apariencia de ser vainas espaciales, y otras cinco aún mayores. Era difícil ver cualquier detalle de ellas, ya que sus colas y motores estaban dirigidos en su dirección. Entonces, supo que era lo que le había puesto alerta.

—Badure, tienen esas naves estacionadas y aseguradas con la popa contra el viento.

Normalmente las naves aterrizadas en un campo seguían el principio común de la aerodinámica. La forma sensata de colocarlas habría sido con el morro hacia las corrientes de aire predominantes.

Badure bajó la mirilla y devolvió el bláster a Han.

—El viento ha sido constante, al menos desde anoche. O no les importa el golpeteo alrededor de sus naves producido por las tormentas, o ese sitio está deshabitado.

—No hemos visto un alma allá abajo —dijo Hasti.

Han se giró hacia Bollux.

—¿Aún sigues recibiendo esas señales?

—Sí, capitán. Se originan en el mástil de esa antena allá abajo, en el campo, diría yo. Son muy débiles. Sólo las recogí porque la cima que escalamos estaba en una línea de visión directa.

Han y Bollux habían subido por esa cima, una complicada sesión de caminata, ganeo y ocasionalmente de escalada, por una sospecha de Han.

En el campamento minero, Hasti y Badure habían escuchado rumores de que J'uoch y sus socios estaban aumentando la seguridad del campo. Añadiendo a eso el aparente interés de Lanni, la difunta hermana de Hasti, por las montañas, Han pensaba que era probable que las montañas estuvieran sembradas de sensores antipersonales en alguna forma relacionados con el tesoro. En el caso de que los hubiera, podrían estar tanto activos como pasivos y por lo tanto detectables. Han había llevado al droide con sus inútiles protestas para localizarlos; ahora que se estaban aproximando a las tierras bajas, podrían detectar cualquier señal. Usando su nuevo aparato receptor incorporado, Bollux había intentado en todas las frecuencias estándar, y cuando esas no produjeron ningún resultado, probó otras. Finalmente, recogió una señal de un tipo muy antiguo, y Han le había dado un duro abrazo. La señal había conducido al grupo hasta aquel estrecho valle, y la mañana reveló lo que aparentemente era un campo de aterrizaje, horadado en piedra. Habían estado marchando a través de las montañas durante días; las canciones y los elevados ánimos habían dado paso a pies doloridos, servomotores gastados, músculos molidos y hombros irritados por las correas de las mochilas.

A Han le parecía que la visita al local de relajación en la Universidad de Rudrig había sido en otra vida.

Según el mapa, se encontraban casi al final de las montañas. Aquel mapa había resultado ser la parte más importante de su equipo, permitiéndoles escoger el rumbo más fácil. No obstante, se habían topado con algunos salientes que tuvieron que escalar, donde Skynx se convirtió de pronto en el miembro más importante del grupo. El ruuriano podía escalar o bajar las caras escarpadas de la roca, llevando consigo un extremo de una cuerda de alpinismo con él. Sin Skynx, y Han lo sabía, aún estarían en algún punto lejano al principio de las montañas.

A medida que pasaba el tiempo, la comida comenzaba a escasear. Afortunadamente habían logrado encontrar agua en su camino. Pero incluso después de que dejaran las montañas, aún tendrían que cruzar una extensión de llanuras antes de alcanzar el campamento minero.

Un pensamiento comenzaba a recorrer las cabezas de todos los miembros del grupo: la obtención de una nave, incluso un vehículo atmosférico, podría marcar el final de sus días de caminata. Además, el campo de aterrizaje podría ofrecerles tanto suministros como transporte.

—¿Puede ser esto por lo que Lanni se interesó?—se preguntó Badure en voz alta.

—Ya veremos —decidió Han.

Se habían escondido individualmente detrás de algunas rocas, aproximadamente a un kilómetro del campo.

—Chewie y yo entraremos primero. Si hacemos signos de que está limpio, vendréis los demás —dijo mostrándoles la señal con un amplio movimiento, de izquierda a derecha—. Pero si no hacemos señales en media hora o damos cualquier otro tipo de señal, entonces idos de aquí. Dejadnos e intentad llegar al campamento minero, o si prefieren volved atrás hasta la ciudad.

Han y el wookiee comenzaron a despojarse de sus cargas extra.

—Ahora no estoy tan segura de que hayamos hecho bien marchándonos de la ciudad —dijo Hasti.

Han trató de reconfortarla.

—Lo estarías si alguna vez hubieses restregando las cañerías de una prisión local, muñeca. ¿Estás listo, Chewie?

Lo estaba. Se movieron, tomando relevos, y avanzaron cubriéndose el uno al otro. Cada uno aguardó la señal del otro antes de moverse; ya habían hecho este tipo de cosas antes. No vieron centinelas, patrullas, torres o equipos de vigilancia a medida que se acercaban; pero no se sintieron menos inquietos. Cuando por fin alcanzaron el borde del campo, tuvieron un breve y acalorado debate, transmitido únicamente con señales de la mano, sobre quién será el primero en entrar en el claro. Cada uno insistía en que debía ser el primero. Han cortó la discusión con un intercambio de gestos enojados, levantándose y dando un paso fuera del refugio constituido por una gran roca. Chewbacca, con los ojos atentos, y el arco de energía levantado y listo, inmediatamente cambió a una posición en la que podría ofrecer fuego de cobertura. Han lentamente se movió a través del área, con el bláster en la mano y los nervios tensos. Ningún disparo o grito se produjo, y no sonó ninguna alarma. El campo era una extensión sencilla de tierra aplanada y roca mezclada, y, por lo que parecía, hecha hacía mucho tiempo. Han se preguntó por qué no habían terminado el trabajo pavimentándolo con formex o algún otro tipo de material.

No vio edificios de ningún tipo, solamente el primitivo mástil de la antena, los faros de tierra, el control de luces y pantallas de iluminación del área. Pasó por el borde del campo, introduciéndose en él desde las rocas, desprevénidamente, para estar seguro de que nadie estaba esperándole para tenderle una emboscada. Reapareció y continuó abriéndose camino hasta las naves estacionadas. Cuando estuvo seguro de que nadie tenía un bláster o un lanzacohetes apuntando hacia él desde alguna de las naves, se acercó a ellas. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para distinguir los detalles, se quedó mudo por un segundo.

—¿Qué demonios? ¡Hey, Chewie! ¡Ven aquí!

El wookiee salió al descubierto instantáneamente, corriendo hacia él, con su arco de energía en alto. Su velocidad disminuyó hasta un paso normal, luego se detuvo cuando vio de qué estaba hablando Han. Se quedó aturdido, bramando un sonido.

—Eso es —asintió Han, cerrando de un golpe la escotilla de una de las naves con su mano. La escotilla se dobló dejando una mella profunda—. Son falsas.

Chewbacca se acercó lentamente, cargando su arma al hombro, y agarró firmemente la escotilla de la siguiente nave. La arrancó fácilmente: era solamente una maqueta construida con tela de sabanas procesadas y aleaciones estructurales ligeras. Arrojó a un lado la escotilla soltando una maldición wookiee y

se asomó por la escotilla abierta. La luz entraba a través del cristal utilizado para simular el parabrisas de la cabina del piloto. La nave falsa estaba provista de puntales de soportes, era sombría, olía a rancio y estaba vacía. Han, examinando las naves y el trazado general del campo, estaba perplejo. No obstante, mantuvo su bláster en la mano. Las maquetas eran toscas, pero habían dedicado una atención obvia a los detalles del tren de aterrizaje, el fuselaje, los propulsores y los controles. Eran copias de modelos de naves que Han no reconoció y aseguradas en sus lugares por alguna clase de fibras artificiales.

Su primer pensamiento fue que era una base señuelo, parte de alguna técnica de campaña o defensa militar. Pero no había habido conflictos en Dellalt, o, por lo menos, en ese sector del espacio, desde hacía años y años. Además, aquel campo de aterrizaje falso debía requerir una cierta cantidad de mantenimiento para estar en las condiciones que estaba.

¿Un truco de J'uoch? No tenía lógica. Chewbacca fue más intuitivo. En su mente se conjuraban imágenes de alguna fuerza maligna usando el campo como un tipo de trampa, como los tejedores de redes en los niveles inferiores de los árboles de su planeta natal. Nerviosamente y echando un vistazo alrededor, ansioso por marcharse, puso una pata sobre el hombro de Han para hacerle moverse. El piloto hizo caso omiso.

—Tómalo con calma, ¿quieres? Este lugar aún puede ofrecernos cosas que podemos utilizar. Echa una mirada rápida alrededor mientras reviso ese mástil de la antena.

El wookiee se movió arrastrando los pies completamente desmotivado. Hizo un barrido rápido y minucioso del área, no descubriendo ningún observador, ninguna huella o aromas recientes. Cuando Chewbacca regresó, Han se incorporó de su examen de la antena.

—Parece algún tipo de central eléctrica sellada, una pequeña. Puede haber comenzado a transmitir ayer o llevar haciéndolo desde hace muchos años. Da a los demás la señal de que pueden acercarse.

Chewbacca lloriqueó tristemente, queriendo solamente salir de aquel lugar.

Han perdió la paciencia.

—Chewie, me estoy cansando de esto, hay un aparato receptor aquí que podemos utilizar para escanear en busca de sensores y conseguir una orientación hacia el campamento minero de J'uoch. Esta cosa ha estado funcionando al menos un día completo; si cualquier organismo en este miserable sistema solar lo hubiese localizado, entonces estarían aquí en estos momentos.

La instalación entera era mucho más que una curiosidad, tuvo que admitirlo; pero no lo mencionó, no queriendo poner más nerviosos a sus compañeros de lo que él mismo estaba.

Badure, Hasti, Skynx y Bollux aparecieron, y cuando vieron el campo de aterrizaje falso expresaron su sorpresa y desconcierto.

—Esto no es parte de la operación de J'uoch, estoy segura —dijo Hasti.

Badure no añadió nada, pero su expresión denotaba incomodidad. Las antenas de Skynx se movían erráticamente, pero Han supuso que era la timidez del ruuriano.

—Bien —dijo el piloto enérgicamente—. Si trabajamos rápido, estaremos fuera de este lugar dentro de una hora. Bollux, quiero que tú y Max estudiéis un equipo; uno de los brazos adaptadores de Max puede servirnos. El resto, desplegaos y mantened los ojos abiertos. ¿Oye, Skynx, te sientes bien?

Las antenas del pequeño ruuriano ondeaban más pronunciadamente. Su cabeza se bamboleó un momento, luego, se sacudió.

—Sí, me sentí extraño por un segundo, capitán. La tensión del viaje, me imagino.

—Bien, mantente firme, viejo compañero. Puedes hacerlo.

Han se puso en marcha con el droide mientras los demás comenzaban a dispersarse. Entonces, escuchó un chirrido aterrizado y giró rápidamente viendo a Skynx colapsado en un ovillo con sus antenas vibrando.

—¡Manténgase lejos de él! —gritó Han.

Hasti dio un respingo hacia atrás.

—¿Que le está sucediendo?

—No lo sé, pero no quiero que nos ocurra a nosotros.

De todos modos tenían pocos datos para decir con exactitud qué era lo que le estaba pasando; podría ser una enfermedad, o algo natural de su fisiología peculiar, o quizás incluso una parte del ciclo biológico ruuriano. Pero Han no iba a arriesgarse a que cualquiera de los seres vivos del grupo se contaminase.

—Bollux, recógele; nos marchamos de aquí. Los demás cubridnos.

Formaron un anillo con las armas listas mientras el droide alzaba en un cabestrante la pequeña y floja forma, sosteniéndolo fácilmente sobre sus destellantes brazos.

Han dio a gritos nuevas instrucciones.

—Chewie, toma la delantera.

Pero a medida que iban saliendo, Han comprobó que su propia vista comenzaba a nublarse. Negó con la cabeza violentamente, cosa que le ayudó, pero una nueva sensación de alarma aceleró su respiración y su corazón comenzó a bombear furiosamente. Sólo habían salido unos cuantos pasos cuando Badure, desabrochando el cuello de su chaqueta de vuelo, maldijo.

—Lo que quiera que ha afectado a Skynx me está afectando a mí también.

Sufrió un colapso cayendo al suelo sin decir más palabras, pero sus ojos permanecieron abiertos y con su respiración regular. Hasti se apresuró a ir hacia él, pero ella también estaba afectada y perdió pie. Chewbacca estiró una pata para sostenerla, pero Han tiró hacia atrás de un mechón de pelos de su socio.

—No, Chewie. Tenemos que salir de aquí antes de que nos ocurra lo mismo.

Han sabía que podrían regresar y ayudar a los demás más tarde, pero si sucumbían ahora, probablemente ninguno sobreviviría. Sin previo aviso, las piernas de Han flaquearon. El wookiee, resoplando como una máquina de vapor, cambió de mano su arco de energía y estiró la otra para alcanzar a su amigo.

Su prodigiosa fuerza parecía darle una resistencia adicional a lo que quiera que estuviera afectando a los demás. Consideró echar a correr y dejarle allí, ya que creía que la afirmación de Han de que alguien debía salir de allí era correcta. Pero en el código de ética wookiee no había cabida para la deserción. Tirando de su amigo, dio un triste sonido. Chewbacca levantó el cuerpo de su socio y lo colocó

sobre su hombro. Han, con sus ojos aún abiertos, incapaz de hablar, observaba como el mundo daba vueltas lentamente. Mostrando sus colmillos, el wookiee puso un pie delante del otro con determinación. Después de una valiente lucha que le llevó casi al borde del campo, Chewbacca cayó de rodillas. Luchando volvió a levantarse, pero ya era tarde y volvió a caer al suelo. Han lamentó no poder decirle a su amigo el buen intento que había hecho.

Bollux se encontraba en una crisis de decisión acerca de las acciones a tomar debida a la inactividad que sufrían los miembros del grupo, heridos o agonizando. Resolviendo un curso de acción y casi agotando sus baterías lógicas básicas, el droide soltó a Skynx, y el ruuriano se enrolló cómodamente en una pelota por acto reflejo. Bollux comenzó su tarea arrastrando a Han Solo hacia la seguridad. El piloto era, según la estimación del droide, el más adecuado para auxiliar a los demás en virtud de sus talentos, disposición y obstinación.

La caída de Chewbacca había dejado a Han en una posición desde la cual pudo ver a Bollux acercándose. Quería decirle al droide que se llevase a Chewbacca antes que a él mismo, pero no podía formar palabras. La vista de Bollux quedó bloqueada por unas fantásticas figuras que saltaban, brincaban y daban vueltas alrededor de Bollux, gesticulando y farfullando hacia él. Llevaban puestos unos trajes brillantes mitad petos y mitad máscaras, con unos fabulosos cascos. Elaborados aparejos adornaban tanto los cascos como las máscaras. Incluso en su estupor, Han vio que llevaban armas de fuego de diversos tipos. A Han le parecieron humanos.

Después de una rápida conversación entre ellos, los nuevos enemigos comenzaron a empujar, tirar y ahuyentar al perturbado droide, sacándole a la fuerza del campo visual de Han. El piloto fue incapaz de mover la cabeza para seguir el combate.

Una cabeza enmascarada se le acercó, examinándolo, pero Han no podía retroceder, ni siquiera poner una mueca de desagrado. La máscara tenía un fuerte parecido al casco de un traje espacial, pero muchos de los detalles de los instrumentos, válvulas de presión, redes de circuitos y acoplamientos estaban pintados. Las mangueras de aire y las líneas de suministro de energía eran tubos inútiles que colgaban y se arremolinaban a medida que la máscara se movía.

Unas palabras ininteligibles sonaron huecamente en una voz humana masculina. Han sintió como si lo levantasen, lejanamente, como si hubiese sido colocado en una camilla. Una vista fortuita le mostró que le ocurría lo mismo a los demás excepto a Bollux, quien había desaparecido completamente. Luego, les transportaron durante un tiempo incierto. La configuración del terreno y los caprichos del transporte mostraron a Han un área rocosa, el sol blanco de Dellalt, a sus compañeros transportados por otros captore, árido suelo otra vez, pero sin posibilidad de adivinar el rumbo.

Al fin, vio una caverna en la roca, una entrada a un área subterránea tres veces más grande que la escotilla del *Halcón*: una gran roca redonda que escondía la entrada estaba elevada sobre seis gruesos soportes. Bajándola, sellaría y camuflaría el hueco perfectamente, pensó Han, ya que él mismo había merodeado por allí un rato antes examinando el área.

Extensas mangueras plegables habían sido subidas a la superficie. Sus pulsaciones indicaban que un gas estaba siendo bombeado a través de ellas, pero

Han no podía detectar nada mediante la vista o el olfato. Así fue como los habían paralizado.

Concluyó aturdidamente que el fabuloso tocado que había visto, permitía filtrar el aire. Sus porteadores se movieron hacia la abertura. Repentinamente, la oscuridad se arremolinó a su alrededor. Ya fuese porque caminaban sin rumbo, o por su estado, le pareció que el clandestino alumbrado era solamente intermitente. Era imposible decir cual de las dos opciones era la correcta. Supo que una o dos veces percibió signos de fuentes de iluminación; primitivas barras incandescentes en los túneles, como un rastro de colores suaves azules, verdes y rojos.

Han fue llevado a través de muchas habitaciones que parecían servir para una gran variedad de funciones. Entonces escuchó el sonido de adultos cantando, luego de niños haciendo lo mismo. Se escuchaban sonidos de maquinaria pesada zumbando, turbinas cerrándose ruidosamente, de engranajes perforando, abriendo agujeros con macizas barras energéticas. Le llegó el olor de comidas extrañas, y de gente, con sus diversos olores. Trató de concentrarse, tanto para encontrar una salida del apuro o incluso experimentar sus últimos momentos, pero en lugar de eso se dejó llevar pasivamente.

Su primera indicación de que la parálisis estaba extinguiéndose fue cuando fue tirado sobre el frío suelo de piedra; realmente no dejó escapar un aullido agudo, pero estuvo cerca. Le dolía donde se había golpeado; su hombro, la espalda y la rabadilla. Escuchó a alguien gimiendo, pareciéndole la voz de Badure.

Han trató de incorporarse. Fue un error; un intenso dolor comenzó a latir en su frente. Se recostó nuevamente, sabiendo ahora qué es lo que había producido el gemido de Badure. Se palpó las sienes, con una mayor movilidad, y movió su lengua sobre sus dientes, revisando si había algo roto.

Repentinamente, una enorme cara llena de pelo apareció ante él. Chewbacca le levantó por su chaqueta de vuelo y le sentó contra una gran piedra. Las titubeantes manos de Han cayeron automáticamente hacia la pistolera y la encontraron vacía. Eso le asustó, pero también le incitó. Sujetó con ambas manos su cabeza, hablando bajito para que no le estallase.

—El mejor momento para escapar es cuanto antes —dijo a su segundo oficial—. Derriba la puerta y salgamos.

Su amigo bramó disgustadamente gesticulando hacia la puerta. Han hizo un esfuerzo y miró, creando estrellas fugaces en la periferia de su vista. La puerta era apenas perceptible, un rectángulo de piedra colocado en la pared y tan justo que apenas mostraba unas grietas del tamaño de un pelo. Había una barra incandescente a cada lado de ella, pero el resto de la habitación estaba a oscuras.

Han no encontró ninguna de sus herramientas, ni armas, ni siquiera un palillo de dientes. Badure y Hasti estaban juntos. Skynx estaba todavía enrollado en una apretada pelota, pero de Bollux no había señales. El wookiee levantó a Han sobre sus pies, y el piloto se movió hacia una de las barras luminosas y tiró de su conexión. El filamento retuvo la suficiente energía para moverse independientemente por algún tiempo. Han se movió hacia el interior de la cámara, ondeando la luz a medida que exploraba. Su socio iba detrás, con los enormes puños listos.

—¡Mira el tamaño de este lugar! —dijo Han encontrando el aliento para susurrar.

El wookiee gruñó.

El techo de piedra abovedado quedaba fuera del alcance de la tenue luz.

Han se topó con largas filas de monolitos de piedra, de una altura que le llegaba al esternón; y de dos veces su anchura. No pudo distinguir donde terminaban.

Una voz detrás de ellos les hizo saltar.

—¿Dónde estamos? —era Hasti, quien se había recuperado lo suficiente como para levantarse y seguirlos—. ¿Y qué son esas cosas? ¿Estantes? ¿Mesas de trabajo?

—¿Pasarelas? —agregó Han, sobresaltándole el latido de su cabeza—. ¿Pisapapeles? ¿Quién sabe? Examinemos el resto de este gimnasio de granito.

Al menos, pensó, el moverse de un lado para otro les ayudaría a contrarrestar la parálisis. Y mejor dejar descansar a los otros por ahora.

Pero la búsqueda por la enorme habitación, que sería aproximadamente del tamaño y la forma de un hangar de una nave espacial de tamaño medio, sin otras puertas, simplemente era un vasto espacio lleno de piedras.

—La montaña probablemente esté completamente hueca —conjeturó Han, manteniendo un tono de voz bajo—. Pero no sé cómo esos tontos saltarines de antes lograron hacerlo.

Emprendieron el viaje de regreso hacia la puerta.

Chewbacca pronunció un sonido bajo. Han se encargó de traducirlo.

—Está diciendo lo seco que está esto aquí adentro. Debería estar húmedo por la condensación.

El ruido de sus pasos hacía un sonido hueco y creaban ecos.

Para cuando llegaron cerca de la puerta, Badure estaba sentado y Skynx se había desenroscado. Interrumpiéndose unos a otros y con varias conversaciones simultáneas, establecieron los escasos hechos sobre lo que había ocurrido.

—¿Qué es lo que harán con nosotros? —preguntó Skynx sin disfrazar su estremecimiento.

—¿Quién sabe? —respondió Han—. Pero se llevaron a Bollux y Max. Espero que esos dos muchachos no terminen como componentes de taladro o hebillas de cinturón.

Han lamentó su exceso y el de Chewbacca con las maquetas de las naves en el campo de aterrizaje, y se preguntó si aquel era el trato estándar para los vándalos, recordando el comentario de Shazeen de que pocos viajeros volvían de las montañas.

—De todos modos, no nos van a matar en seguida; eso es una cosa a nuestro favor, ¿no?

Skynx no parecía conforme.

—Tengo sed —anunció Hasti—. Y el hambre de un wookiee.

—Llamaré al servicio de habitaciones —se ofreció Han—. ¿Raciones de pichones escabechados para cuatro y algunas botellas de T'iiilT'iiil heladas?

—Pues ya que estamos, redecoremos el lugar —bufó Hasti—. Deberías llamar al droide mayordomo, Solo, y dejar que te elija la ropa; pareces un bebedor de jugos Jets que acaba de salir de un tornado de ocho días.

Han divertido, la miró, dándole una sonrisa sufrida. Luego suspiró y se sentó con su espalda apoyada en uno de los monolitos. Chewbacca se colocó al lado de Han.

—Oye, compañero; guardia delantera a tu casilla que flanquea el centro, seis unidades a ganar o perder.

Chewbacca se concentró profundamente, con el mentón sobre un puño, visualizando la partida en el tablero que podrían estar jugando en el *Halcón*. Sin asistencia de la computadora, jugar era mucho más difícil y complejo, pero podría ayudar a pasar el tiempo.

Hasti fue y permaneció delante de la única puerta de la cámara. Han alzó la vista y vio que sus hombros se estremecían a medida que sostenía en la mano la barra incandescente. Se levantó y fue a reconfortarla, asumiendo que estaba llorando, pero ella le quitó la mano y dejó ver que su estremecimiento era por cólera. Sin previo aviso, la chica se lanzó hacia la puerta, golpeándola con la barra incandescente. La barra estalló en astillas, una lluvia de chispas y pedazos de cristales rotos resplandecientes. Golpeó la piedra con el mango de la barra, con su mano libre, y la pateó, gritando maldiciones que había aprendido en su vida en campamentos mineros y mundos fábrica de la Hegemonía de Tion. Han y Badure se acercaron a ella, cuando se calmó y desapareció su furia.

—¡Nadie me encierra bajo una vieja montaña para que me pudra! —gritó ella.

Hasti alzó el mango de la barra incandescente para golpear a los dos hombres, pero ellos creyeron mejor esquivarla antes que comenzar una lucha cuerpo a cuerpo.

—¡Parte de ese tesoro es mío, y nadie me dejará sin él!

Jadeando y agotada, caminó arrastrando los pies hasta donde el wookiee estaba sentado. Chewbacca había observado la escena curiosamente. Hasti dejó caer el mango de la barra incandescente y se sentó al lado del segundo oficial del *Halcón Milenario*.

Han estaba a punto de decirle algo sobre la fuerza de su avaricia, cuando un pasaje musical de la flauta de Skynx sonó a través de la habitación. El ruuriano aún conservaba sus instrumentos. Los había colocado en su regazo, ocultos en su pelaje lanoso, cuando se había enroscado cómodamente: los afinaba con atención desde el monolito donde Chewbacca y Hasti estaban sentados. Han fue a escucharle mientras Badure se quedaba en la puerta estudiándola con los restos de la barra incandescente. En la penumbra, Skynx tocó una melodía embrujadora que mostraba anhelo y soledad. Han se agachó junto a Hasti y conjuntamente escucharon. La música sonaba extraña con la acústica del vasto espacio.

Skynx hizo una pausa.

—Esta es una canción de mi colonia hogar. Es llamada “*Por las lomas calientes de Z’gag*”, y tocada cuando el capullo de la larva se va tejiendo, cuando se da el ciclo de larva a crisálida. Al mismo tiempo que el capullo se abre y las criaturas cromáticas aparecen, recogen las feromonas y se las llevan con ellos. Entonces, el aire es dulce y refrescante; y se produce una gran alegría.

Sus dos ojos rojos facetados reunían lágrimas de emoción.

—Esta aventura ha sido educativa, pero más que otra cosa ha sido peligrosa y la adversidad un largo camino de vuelta a casa. ¡Si alguna vez regreso a las lomas calientes de Z'gag, nunca las dejaré de nuevo! —reanudó la amarga melodía.

Hasti, mirando fijamente y de forma distraída hacia la oscuridad, estaba despeinada, pero no obstante seguía atractiva; casi tan guapa como cuando en el *Halcón* se había vestido y acicalado.

Han deslizó un brazo alrededor de ella, y Hasti se apoyó contra él, apenas fijándose en Han.

—No sucumbas hasta que termine de poner la mano —trató de animarla con calma.

Ella le miró con una elaborada sonrisa, pasándole sus sucios dedos por su prominente barba, siguiendo la herida de su barbilla.

—¿Sabes que esto es una mejora, Solo? Ya no pareces tan «Mañoso», tan tranquilo y despreocupado.

Han se inclinó sobre ella y Hasti no le rechazó. Luego, él la besó.

No sabían cual de los dos estaba más sorprendido. Sin separarse, se reacomodaron en un abrazo más placentero, dándole al beso seria dedicación. La música de Skynx hizo que se dejasen llevar. Ella se apartó con un empujón que la liberó al fin.

—¡Oh, Han, detengámonos; por favor, dejémoslo!

Él se retiró confundido.

—Lo último que necesito es involucrarme contigo.

Sonando herido, preguntó:

—¿Qué tengo yo de malo?

—Alejas te ti a todo el mundo y nunca te tomas nada en serio, para empezar. Bromeas sobre la vida con esa absurda sonrisa torcida tuya, tan seguro de ti mismo que prefiero chocar con una piedra que con tu cráneo.

Ella le mantuvo a distancia.

—Solo, mi hermana heredó de nuestro padre las habilidades y por eso obtuvo el estatus de piloto aquí en Tion. Pero yo tuve que hacer cualquier clase de trabajo que pude conseguir. Obrera, asistente de hogar, sanitaria, todos ellos trabajos en campamentos, minas y factorías. He visto gente como tú toda mi vida. Todo son grandes sonrisas, puedes cautivar a cualquiera y cuando te apetece, pero al día siguiente te marchas y nunca miras atrás. Han, ¡No tienes a nadie en tu vida!

Él protestó.

—Chewie...

—...es tu amigo —terminó ella por Han—. Pero es un wookiee. Tienes ese par de secuaces mecánicos, Max y Bollux, y esa nave tuya, pero el resto de nosotros somos una carga temporal. ¿Dónde están las personas, Han?

Han comenzó a defenderse, pero ella pasó por encima de él. Chewbacca, intrigado, se olvidó de su siguiente movimiento en el tablero de juegos.

—Estoy segura de que vuelves locas a las chicas de los espacio puertos, Solo; pareces salido de un holo-thriller. Pero yo no soy una de ellas; nunca lo he sido, y nunca lo seré. —Se calmó un poco—. No soy diferente de Skynx. En mi mundo natal, hay un pedazo de tierra que perteneció a mis padres. Voy a obtener mi parte del tesoro, y juro sobre mis ampollas que lo compraré de nuevo aunque tenga que

comprar el planeta entero para recuperarlo. Construiré una casa y cuidaré de Badure como él cuidó de Lanni y de mí. Tendré mis propias cosas y mi propia vida. La compartiré si algún día encuentro al hombre adecuado, pero viviré sin él si no lo encuentro. ¡Vivir en una nave estelar no es mi idea de un sueño hecho realidad!

Se apartó de él y fue a reunirse con Badure, pasando sus dedos por el enredo de su pelo rojo.

Skynx terminó su canción y luego bajó la flauta.

—Desearía volver a ver mi colonia hogar una vez más, el aire lleno de criaturas cromáticas voladoras, sus feromonas y los sonidos de su cortejo. ¿Qué desearía usted, capitán Solo?

Siguiendo distraídamente a Hasti con la mirada, Han se encogió de hombros.

—Feromonas más firmes.

Skynx se levantó, luego ondeó, empezando a reírse con satisfacción en la versión ruuriana de una carcajada convulsiva, gorgoteando repetidamente de forma nerviosa. Chewbacca desató un aullido aguantado de diversión, abofeteando uno de sus muslos con una enorme pata, con su melena estremeciéndose. Eso hizo a Han comenzar a reír entre dientes arrepentido. Extendió una mano hacia arriba y golpeó a Skynx; el ruuriano se dio media vuelta, riéndose disimuladamente y golpeando el aire con sus pequeñas extremidades. Una carcajada explotó de la boca de Badure y aún Hasti, sacudiendo la cabeza en la exasperación, se rió del chiste. Chewbacca, con sus ojos azules llorando, abofeteó el hombro de Han, haciendo caer al piloto lateralmente, apenas capaz de respirar para reírse.

En medio de todo aquello, la puerta se abrió. Bollux fue introducido en la habitación y la puerta cerrada antes de que cualquiera de ellos pudiese hacer algo más que quedarse con la boca abierta. En un momento se habían congregado alrededor del droide, empujándose unos a otros, demandando información e interrumpiéndose las preguntas unos a otros. Después de unos segundos de caos, Badure hizo callar a gritos a todo el mundo. Todos se callaron, dándose cuenta de que Badure iba a hacer las mismas preguntas que todos ellos.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es esa gente? ¿Qué es lo que quieren de nosotros?

Bollux hizo los extraños sonidos dóciles que empleaba siempre que abordaba un asunto delicado.

—Es una historia de lo más asombrosa. Es algo complicada. Verán, hace mucho, hubo...

—¡Venga Bollux! —gritó Han, cortando la retórica cibernética—. ¿Qué es lo que van a hacer con nosotros?

El droide sonó consternado.

—Sé que suena absurdo en estos tiempos, señor, pero, a menos que hagamos algo, todos ustedes van a convertirse en un sacrificio humano.

XII

—¿Por qué? —dijo Skynx con desesperanza—. ¿Podemos asumir que quieres decir solamente los humanos?

—No precisamente —admitió Bollux—. No están realmente seguros de qué son el segundo oficial Chewbacca y usted, pero han llegado a la conclusión de que no tienen nada que perder sacrificándoles. Están discutiendo ahora mismo el curso de acción.

El wookiee gruñó y los ojos rojos de Skynx se pusieron brillantes.

—Bollux, ¿quién es esa gente? —demandó Han.

—Se llaman a sí mismos los supervivientes, señor. La señal que recogimos era una llamada de socorro. Esperan a ser rescatados. Cuando les pregunté por qué simplemente no habían ido a la ciudad, se disgustaron y excitaron; albergan un odio descomunal hacia los otros dellaltianos. Entendí que esa enemistad está en cierto modo relacionada con su religión. Son aislacionistas extremos.

—¿Cómo te has enterado de todo eso? —quiso saber Badure—. ¿Hablan algún idioma estándar?

—No, señor —replicó el droide—. Hablan un dialecto que fue predominante en este sector del espacio antes del alzamiento de la Antigua República. Estaba grabado en una cinta del material de Skynx, y Max y yo la habíamos almacenado con mucha más información. Por supuesto, no he rebelado la existencia de Max; él me traducía con ráfagas de señales y yo desarrollé la conversación.

—Una cultura prerrepublicana original —consideró Skynx cuidadosamente, olvidando su miedo.

—¿Están olvidando el asunto principal? —interrumpió Hasti, luego se volvió nuevamente hacia Bollux—. ¿Qué es todo eso del sacrificio? ¿Por qué nosotros?

—Porque esperan a ser rescatados —dijo el droide—. Están convencidos de que el sacrificio de vidas realza el efecto de su emisión de auxilio.

Cometimos un error viniendo aquí, y todo por aquella vieja señal, meditó Han, pensando en todas las personas que habían desaparecido en aquellas montañas.

—¿Cuándo es «el gran final»?

—Esta noche, señor; tiene algo que ver con las estrellas y está acompañado de un considerable ritual.

Hemos tenido la misma suerte que con la recuperación del diario, pensó Han; luego dijo:

—Creo que tenemos que intentar salir de aquí.

Sus captores hicieron un festín a la salud de los cautivos, mientras Han pregonaba ruidosamente que habían caído en manos de un grupo de clase baja. Pero tuvieron mucho tiempo para hacer preguntas a Bollux.

La base de la montaña era ciertamente un complejo grande, aunque aparentemente alojaba lo que Bollux estimó serían unas cien personas viviendo en un complicado clan familiar. Le preguntaron por qué había sido separado de ellos, pero el droide sólo pudo decirles que los supervivientes sabían que era un autómatas y le mantuvieron alejado con algún temor. Habían sido inflexibles sobre la necesidad de seguir adelante con el sacrificio, pero se habían inclinado a sus demandas de ver a sus compañeros.

Los detalles del sacrificio, Bollux no los tenía muy claros. Objetos ceremoniales y equipo eran movidos hacia la superficie a medida que hablaban; el sacrificio iba a ser en el campo de aterrizaje. Aunque el droide había sido incapaz de localizar las armas confiscadas, los cautivos decidieron que cualquier intento de escape tendría una mejor posibilidad de éxito si era llevado a cabo en la superficie.

Han reveló a los demás su plan, impreciso como siempre era.

—Hay demasiadas cosas que podrían salir mal —protestó Hasti.

Han asintió.

—Lo peor que puede pasar es que nos sacrifiquen, cosa que ocurrirá de todas maneras. ¿Cuánto falta para el anochecer?

Ella consultó su crono; faltaban muchas horas aún. Decidieron descansar. Chewbacca ladró su movimiento en el tablero de juegos a Han, y luego se recostó para una siesta. Badure siguió su ejemplo. Han frunció el ceño hacia el wookiee, cuyo movimiento en el juego era muy poco convencional.

—¿Sólo porque vamos a ser sacrificados, vas a jugar temerariamente?

El wookiee enseñó sus dientes en una gran sonrisa abierta de autosatisfacción.

Skynx comenzó una profunda conversación con Bollux utilizando el oscuro dialecto que los supervivientes hablaban.

Hasti se había marchado para poner en orden sus pensamientos, y Han optó por no molestarla. Deseó imperativamente que el grupo pudiese llevar algún curso de acción inmediata para ahuyentar cualquier pensamiento. Nada era posible, y se sentó haciendo la tarea más difícil de todas; esperar.

La abertura de la puerta sacó a Han de un molesto sueño lleno de desconocidos haciéndole cosas terribles al *Halcón Milenario*. Luego, de improviso, los supervivientes, con sus extravagantes trajes puestos, arremetieron en la tranquila cámara llevando barras de incandescencia y armas, haciendo un escándalo absurdo. Sus armas eran de una variedad fascinante; antiguos cañones láser energizados por pesadas mochilas, anticuadas armas de proyectiles sólidos, varios cañones lanza-arpones cargados como los que utilizaban los hombres del lago... El peor miedo de Han era que los supervivientes volviesen a utilizar el gas anestésico y acabasen con cualquier oportunidad de los cautivos. Se encontró respirando más rápidamente debido a ese pensamiento; no tenía intención de terminar su vida pasivamente.

Con instrucciones gritadas y gesticulaciones, los supervivientes reunieron en manada al grupo y los sacaron de la cámara. Formaron una guardia delantera y otra trasera, manteniendo sus armas preparadas y vigilándoles para que no hubiese tentaciones de fuga.

Chewbacca retumbó coléricamente y casi arremetiéndolo contra un superviviente que le había agujoneado con un cañón de arpones para darle prisa. Han reprimió a su amigo; el resto de los supervivientes estaban fuera de alcance y no había ningún lugar en los corredores de piedra para esconderse. No tenían otra alternativa que moverse sumisamente.

Esta vez, Han tuvo una visión más clara de la base subterránea. Los corredores, al igual que la cámara en la que habían estado retenidos, estaban cuidadosa y precisamente esculpidos, dispuestos sobre un plano central, con sus paredes, pisos y suelos rasos fusionados para servir de soportes. Los

revestimientos termales calentaban los pasillos, pero Han no pudo ver equipos deshumidificadores, aunque sabía que debían existir.

Todo insinuaba una tecnología que los supervivientes eran capaces de utilizar. Han estaba dispuesto a apostar que aquellos primitivos saltarines hacían un mantenimiento rutinario, pero que la sabiduría de los constructores originales se había perdido hacía mucho tiempo.

Vio por primera vez a los terribles supervivientes: esencialmente eran de raza humana, aparte de unos inusuales defectos congénitos sin importancia. Los prisioneros pasaron por unos iluminados, calientes y bien trazados cultivos hidropónicos. Las barras incandescentes y las placas termales hicieron preguntarse a Han cuál sería su fuente de energía; algo bastante antiguo, presumió, quizás alguna clase de batería atómica.

Los pensamientos de Badure eran prácticamente paralelos a los de Han.

—Retrogradación —dijo el viejo—. Tal vez la base fue construida por unos exploradores perdidos, o por los primeros colonos.

—Eso no explicaría su irracional alejamiento de otros dellaltianos —introdujo Skynx—. Deben de haber tomado muchas precauciones para evitarles todo este tiempo, incluso en su desolación.

Skynx fue silenciado por un superviviente que le golpeó con un cañón láser, gesticulando furiosamente.

La conversación se detuvo. Han vio que Bollux estaba en lo cierto; la base evidentemente había sido construida por muchas más personas que las que ahora mismo la estaban ocupando. En algunas zonas, la iluminación y el calor habían sido apagados para conservar energía. Pasaron por un cuarto donde surgían extraños y rítmicos sonidos. Apenas por un instante, cuando pasó por delante de la puerta, Han tuvo una vista del interior. Luces de colores se movían en la oscuridad, a través de las paredes y del techo, en extraños remolinos y patrones. Alguien cantaba en la lengua de los supervivientes subrayando el cántico pulsando un sintetizador transónico, según pudo escuchar. Han casi se paró y reanudó el paso rápidamente para evitar un pinchazo de algún arpón; pensando en lo que había visto.

¡Hipnoimpresión! Una versión tosca, pero completamente efectiva si se aplica desde temprana edad. Pobres niños. Esto explica mucho.

Entonces sintieron el aire frío de la noche en sus caras y su respiración se cristalizó delante de ellos. Dejaron la base de los supervivientes por una puerta diferente de por la que habían entrado.

El campo de aterrizaje tenía una apariencia distinta esa la noche que cuando lo vieron durante el día; había una ceremonia bárbara. Las estrellas y las dos lunas de Dellalt iluminaban el cielo; barras incandescentes y antorchas llameantes iluminaban toda el área, reflejadas en los costados de las naves falsas. Al borde de la zona ritual, y sobre la acumulación de nieve que se inclinaba valle abajo, una enorme jaula estaba izada, una pirámide de barrotes ensamblados. Su puerta era gruesa, sólida y con un cerrojo en el centro inalcanzable desde el interior. Cerca de la jaula había un círculo de metal destellante, más ancho que la altura de Han y suspendido de un armazón haciendo las veces de un enorme gong. Estaba adornado con inscripciones nada familiares, consistentes en espirales y cuadrados

alternados con puntos e ideografías. Más cerca y bien iluminada había una mesa ancha de metal con algunos utensilios médicos de alguna clase. Cerca de allí, colocados en una pila, estaban amontonadas las armas y otros equipos de los prisioneros. La implicación de la mesa les chocó inmediatamente: un altar de sacrificios.

Han estaba listo para huir inmediatamente; la jaula piramidal parecía firmemente anclada a la roca, y tan robusta que ni siquiera los tremendos músculos de Chewbacca prevalecerían contra ella. Pero los supervivientes habían pensado todas las contingencias; estaban listos y atentos, con las armas preparadas en claras líneas de fuego. Han advirtió que los cañones y los arpones estaban apuntados hacia las piernas de los cautivos. Si el grupo hacía algún movimiento extraño, los supervivientes podrían dispararles y aún así no quedarse privados de su ritual.

Eso decidió al piloto a no realizar ninguna acción inmediata. Todavía había una oportunidad de que su plan funcionase, siempre que Bollux y Max Azul fuesen lo suficientemente flexibles para adaptarse a las circunstancias. El droide fue apartado del resto de los cautivos, obedeciendo como Han le había dicho. El resto de los cautivos fueron dirigidos hacia la jaula, guiados hacia el plato circular de la puerta abierta sobre sus goznes aceitados. A Han le costó cada fibra de autocontrol entrar en la pirámide; una vez dentro permaneció observando detenidamente los preparativos de los supervivientes.

Los extraños humanos estaban engalanados con sus atuendos más finos. Ahora que comprendía un poco más sobre ellos, Han pudo interpretar la indumentaria de los supervivientes. Un traje de tripulante de tierra, se había convertido, a través de las generaciones, en un atuendo con ojos de insecto. Las rejillas de comunicación de los trajes espaciales se habían convertido en bocas punteadas con labios pintados sobre cascos de imitación; antenas de comunicación y radiodifusores representaban elaboradas astas y cornamentas de metal. Los depósitos dorsales y los fardos del traje estaban adornados con dibujos y mosaicos simbólicos, mientras que de los cinturones de herramientas colgaban talismanes, amuletos y todo tipo de hechizos.

Los supervivientes saltaron rápidamente, brincando y tocando sus instrumentos, con el golpeteo de las manos haciendo replicar los tambores. Dos de ellos golpeaban el gran trozo de metal con mazos acolchados, haciendo resonar el gong a través de las montañas. Con la llegada de los prisioneros, el ambiente comenzó a calentarse.

Un hombre se encaramó sobre una tribuna colocada cerca del altar. Cayó el silencio. El hombre llevaba puesto un uniforme de gala con condecoraciones y galones; sus pantalones estaban cosidos con tela dorada. Llevaba puesto un sombrero que le quedaba ligeramente pequeño; el ala del sombrero militar brillaba intensamente con un abalorio dorado, un generoso y relampagueante medallón colocado en la alta copa. Dos ayudantes mantenían una posición a ambos lados de la tribuna agarrando un círculo grueso y transparente del tamaño de un plato de comida.

—¡Un disco de diario! —exclamó Skynx.

Los demás rivalizaron para preguntarle si estaba seguro.

—Si, si; he visto uno o dos. Pero el del *Reina de Ranroon* esta dentro de la bóveda del tesoro, ¿no? Entonces, ¿de dónde es ese?

Nadie pudo responder.

El hombre en la tribuna se dirigió a la multitud, transmitiendo fuertes frases que ellos repitieron, aplaudieron, silbaron y golpearon con sus pies sobre el suelo. La oscilante luz de las antorchas hacía parecer la escena aún más primitiva.

—Está diciendo que han sido unas personas buenas y fieles, que la prueba está allí con él en la tribuna; y que el «Alto Mando» no los ha olvidado —tradujo Skynx.

Han estaba asombrado.

—¿Entiendes ese lenguaje?

—Lo aprendí al igual que Bollux de las cintas de datos, es un dialecto prerrepblicano. ¿Cree que están aquí desde hace mucho, capitán?

—Pregúntale al maestro de ceremonias. ¿Que está diciendo ahora?

—Está diciendo que él es su «comandante de misión». Y algo acerca de poderosas tropas de a pie; que el rescate que se les ha prometido seguramente llegará pronto. Algo acerca de la firmeza de sus generaciones y las deliberaciones del «Alto Mando». El resto está cantando «Nuestra señal será recibida».

Con un discurso acalorado en forma de queja final, el comandante de la misión gesticuló hacia la jaula piramidal. Hasta ahora, Bollux había aguantado a un lado el proceso judicial, rodeado de supervivientes vestidos de gris y enmascarados que cantaban y chasqueaban plegarias hacia él; descendientes de técnicos encargados del mantenimiento de la maquinaria. Pero ahora, el droide salió del círculo en el que estaba moviéndose rápidamente, aprovechando la sorpresa que había generado. Se cruzó delante de la puerta de la pirámide, dándole la espalda. Los supervivientes que estaban a punto de llevarse a su primera víctima para la «transmisión» vacilaron, aún atemorizados por el autómata. El droide no había podido coger ningún arma, una desviación del vago plan de Han, pero sentía que no tardaría mucho en hacer su movimiento.

Incluso en lo precipitado de los acontecimientos, Han se preguntó el origen del temor de los supervivientes por el autómata. Seguramente nunca había habido pasado un droide o robot a través de aquellas montañas.

El «comandante de misión» amonestaba a sus seguidores. Bollux, con sus fotorreceptores rojos brillando en la noche, lentamente abrió las dos mitades de su pecho. Max Azul, cuidadosamente adiestrado por el droide, activó sus propios fotorreceptores, observando a todo el populacho.

Han escuchó sonidos de jadeos de los supervivientes. Max cambió del modo óptico al de holoproyección. Un cono de luz brotó de él y en el aire revoloteó una imagen que había recuperado de las cintas de Skynx, el símbolo de Xim El Déspota; la calavera sonriente con los rayos saliendo de las cuencas de los ojos. De su vocalizador, surgieron lecturas registradas de las cintas en el lenguaje de los supervivientes. El populacho se echó hacia atrás, muchos de ellos cruzando sus pulgares contra Bollux para defenderse del mal. Max desplegó más imágenes que había recuperado de la información que Skynx había compilado: una antigua flota de naves de batalla en vuelo a través de las estrellas; la brillantez de un enfrentamiento a gran escala con explosiones de misiles, llamaradas y disparos láser; revisiones de batallas antiguas, que habían pasado hacía mucho tiempo y ya olvidadas.

Todo el tiempo, el droide avanzaba furtivamente hacia la puerta de la jaula piramidal. Mientras el populacho estaba absorto en la proyección de Max, Bollux manipuló el tirador de la puerta de espaldas a la misma. Se produjo un grito de los supervivientes congregados a la vez que Bollux lograba abrir el terco perno del cerrojo. Max Azul había proyectado una imagen del cráneo del androide de batalla que Skynx había llevado a bordo del *Halcón Milenario*. Max mantuvo la imagen suspendida, aprovechándose de sus respuestas; rotándola para mostrarle todos sus ángulos.

Los supervivientes farfullaban animadamente entre ellos, moviéndose hacia atrás, huyendo del atemorizante holo fantasma. Bollux se alejó de la puerta de la jaula. Max comenzó a proyectar toda la información que había almacenado sobre los robots de guerra de Xim. Esquemas, extractos de manuales, registros de las pesadas máquinas en acción, detalles claros de su construcción y fotos a tamaño real.

Todo el tiempo, Bollux avanzó hacia adelante. Paso a paso, el populacho cedió terreno aparentemente hipnotizados por las proyecciones de Max.

En la agitación y la pobre iluminación, nadie advirtió que la puerta de la jaula estaba abierta.

—No podrá mantenerlos alejados por mucho tiempo —murmuró Han.

Bollux estaba ahora en el centro de un semicírculo formado por los supervivientes.

—Es el momento de salir —dijo Badure.

Han asintió.

—Corred hacia el borde del campo, y que nadie se detenga por nadie, ¿entendido?

Hasti, Badure e incluso Skynx inclinaron la cabeza. Desarmados podían hacer poco, excepto huir de los supervivientes. Cada uno sería responsable de su propia vida; detenerse para prestar ayuda sería un acto suicida y no esperado por ninguno. Han hizo girar la puerta abriéndola lentamente, y dio un paso hacia afuera. Gritando y gesticulando, los supervivientes seguían inmersos en Bollux. El «Comandante de misión», había dejado la tribuna tratando de abrirse paso a través del populacho hacia Bollux, pero estaba teniendo problemas por el opresivo retroceso de su propia gente.

Han esperó mientras los demás salían. Chewbacca salió a través de la puerta, moviéndose como una sombra. Badure se movió con menos agilidad, luego Hasti. Skynx salió y de inmediato se puso en camino hacia el borde del campo. En el suelo, le era casi imposible ver. El ruuriano no se detuvo y tampoco miró hacia atrás; siguiendo las instrucciones de Han al pie de la letra, y habiendo adquirido el carácter necesario del aventurero. Han se movió hacia la parte de atrás de la jaula, para cubrir la retaguardia. Llegó hasta donde estaba Hasti.

—¿Dónde está Badure? —preguntó ella silenciosamente.

Al principio no le vieron, pero de pronto divisaron al viejo mientras despreocupadamente se paseaba alrededor del populacho dirigiéndose hacia el altar abandonado donde yacían las armas. Nadie le prestó atención; todos ellos estaban absortos en los holos de Max de robots de guerra en formación, disparando armas y moviéndose lentamente con métodos básicos de infantería.

—Va a por las armas —murmuró Han.

Chewbacca, quien se había detenido, permanecía a su lado, observando los progresos del viejo.

—No podemos ayudarle; o lo hace o no lo hace. Le esperaremos en el borde del campo mientras podamos.

No supo si estaba más feliz por el intento de Badure de recuperar sus armas, el volver a sentir el peso de su bláster, o pasmado por la forma de jugarse la vida del viejo.

Entonces, un centinela superviviente, viniendo de su guardia, dio un paso hacia la oscuridad casi tropezando con Skynx. El ruuriano gorjeó por el miedo y corrió en la dirección contraria. Los ojos del guardia se hincharon con el asombro al ver a la criatura lanosa de muchas patas, buscó a tientas su rifle lanzallamas y dio la voz de alarma. Un brazo peludo golpeó y arrebató el arma de sus manos.

El puño de Chewbacca giró en el aire y el guardia fue levantado en todo su peso, colocado en posición vertical como un poste y dejado caer en el campo de aterrizaje de cabeza, provocando espasmos en su pie izquierdo.

La gente en los laterales del populacho había escuchado la alarma y la habían repetido. Las cabezas giraron; en un momento, el grito de alarma se convirtió en muchas voces. Han corrió, cogiendo el anticuado rifle lanzallamas, y lo giró en un barrido horizontal. Un baño de fuego anaranjado se deslizó sobre las cabezas del populacho. Los supervivientes se tiraron al suelo, cogiendo sus armas y gritándose órdenes contradictorias los unos a los otros. Han pudo escuchar los gritos del «comandante de misión» haciendo un intento fútil de ordenar aquel caos.

Badure, que había alcanzado el altar, no estaba en la línea de visión directa de los supervivientes. Cargó al hombro el arco de energía de Chewbacca y la bandolera de munición, colocando el resto de las armas en su cinturón.

Los disparos podían verse y oírse por todo el campo.

—¡Mantente fuera de la línea de tiro! —gritó Han, empujando a Chewbacca detrás de él.

Se movió hacia atrás lentamente, cubriendo la retirada y creando una diversión para Badure. Han dirigió sus descargas hacia la tierra entre él mismo y el grupo de supervivientes, creando charcos de fuego para impedirles avanzar y enviando ráfagas de llamas sobre ellos para obligarles a mantenerse agachados.

Una línea de balas trazadoras golpeó el campo a uno o dos metros a su derecha, y un rayo de partículas pasó lejos de su cabeza. Los fugitivos necesitaban cubrirse, pero aquella parte del campo estaba al descubierto y no ofrecía ningún refugio. Chewbacca, con una repentina inspiración, corrió en busca del gong. Los músculos de su espalda y brazos se hincharon por el esfuerzo, alzándolo de sus ganchos de soporte, y con sus brazos extendidos sujetándolo por sus agarraderas lo colocó sobre su espalda. Las balas, los rayos y las llamas de la batalla cortaron en pedazos el aire. Los disparos de los supervivientes ganaban en precisión, aunque no estaban acostumbrados a algo parecido a una batalla campal.

Badure, corriendo encorvado, se abrió paso hasta sus compañeros cuando fue divisado por el populacho. Alguien disparó con una vieja pistola, haciendo estallar

la tierra en su camino. En un esfuerzo frenético para cambiar de rumbo, Badure perdió el equilibrio, y los disparos de los supervivientes comenzaron a converger sobre él.

Chewbacca puso el gong en el suelo delante de Han para que todos se resguardasen detrás de él. Los proyectiles y los rayos de las armas de energía rebotaban contra el improvisado escudo.

De lo que quiera que estuviese creado el gong, era un material duradero.

Han disparó sin parar sobre los supervivientes para hacerles desistir del ataque contra Badure. Había malgastado la munición del rifle lanzallamas imprudentemente y se dieron cuenta que pronto estarían indefensos. Badure, luchando por levantarse, estaba teniendo algunos problemas. El objetivo de los supervivientes era ahora Badure, y él devolvió el fuego lo mejor que pudo.

Se lo advertí, pensó Han, deuda de vida o no, cada cual por su lado.

Se enojó consigo mismo tratando de venderse esa idea a sí mismo. Entonces, la decisión fue tomada por él. Emitiendo un ensordecedor grito de guerra wookiee, Chewbacca se puso en camino levantando el gong para protegerse.

Han miró hacia atrás y vio que Hasti y Skynx le observaban. La chica, pensó Han, seguramente correría en ayuda de Badure si él no lo hacía.

—No se queden ahí —gruñó—. ¡Pónganse a cubierto!

Han le dio un empujón a Hasti para que corriera hacia el borde del campo y salió rápidamente en la dirección contraria, abriendo fuego intermitentemente mientras corría a toda velocidad, zigzagueando detrás del wookiee.

—¡Estas loco, cara peluda! —rugió a su segundo oficial cuando logró alcanzarle—. ¿Qué estas haciendo? ¿Jugando otra vez a capitán?

Chewbacca se tomó un momento para colocar y manipular el gong mientras le daba un gruñido explicativo e irritado.

—¿Deuda de vida? —explotó Han, moviéndose alrededor de su amigo y haciendo un par de disparos rápidos—. ¿Y quién pagará si nos perdemos a nosotros mismos?

Pero mantuvo su fuego adelante, haciendo un esfuerzo y saliendo del refugio del gong que transportaba el wookiee para hacer algún disparo ocasional. Las llamas iluminaban la escena y el aire estaba lleno de humo y caliente por la refriega. Las descargas del rifle lanzallamas eran cada vez más débiles y su alcance decrecía. Evadiendo un pedazo del campo desgarrado y quebrado por la batalla, finalmente alcanzaron a Badure, quien estaba estirado en el suelo con el par de pistolas de energía de largos cañones en las manos. Chewbacca colocó el gong entre el viejo y los disparos. Han sacó un último débil disparo del rifle lanzallamas, y luego lo tiró a un lado. Dejándose caer sobre una rodilla, ayudó a Badure.

—El último transporte se marcha, teniente-comandante.

—Cogeré ese transporte —dijo Badure jadeando, y agregó—: Encantado de verlos, chicos.

Han cogió su bláster del cinturón de Badure, y una repentina confianza le sobrevino. Se movió gradualmente hacia la zona despejada, agazapado, y disparó varias veces rápidamente. Dos tiradores supervivientes que habían estado apuntando meticulosamente con pesados rifles de partículas cayeron en

direcciones diferentes, con sus heridas humeando. Han se agachó rápidamente hacia la seguridad del gong, espero un momento, y luego volvió a emerger por el mismo lado del gong, engañando a los que esperaban que saliese por el lado contrario. Sus rayos cayeron sobre dos enemigos más en la línea de fuego. Pero los supervivientes de los flancos podían verse bajo la vacilante luz, desplegándose en un esfuerzo para cortarles la retirada.

—¡Vámonos! —gritó Han.

Chewbacca comenzó a caminar hacia atrás, manteniendo en alto el gong y dirigiéndose hacia el borde del campo mientras Badure y Han mantenían un fuego intenso, arrinconando a los supervivientes, encarándolos e impidiendo el flanqueo. Sus armas de energía iluminaban la noche, y eran respondidas por balas, algún bláster, lanzas, arpones, armas de partículas y chorros de llamas. Han, ocasionalmente, ayudó al avance del wookiee con un juicioso empujón. Alguien vino hacia ellos. Badure casi disparó hacia la silueta, antes de que Han le apartase la pistola a un lado.

—¡Bollux! ¡Por aquí!

El droide de algún modo se metió en la cobertura del gong con ellos, conteniendo el paso. Un grupo de flanqueadores supervivientes estaba casi en la posición adecuada para batirlos por el flanco, en cuclillas junto al mástil de la antena. Badure mantuvo las dos pistolas apuntando con una a cada uno y disparó a los flanqueadores. Los hombres cayeron y el aparato sufrió un cortocircuito; la fuente de energía del mástil se redujo considerablemente con un remolino de energía.

El mástil cayó adornado con un crujido de descargas. Chocó violentamente contra la tribuna, el altar y el disco de la grabadora que ardieron en las llamas.

Han escuchó su nombre. Skynx y Hasti estaban agachados en el borde del campo. Gateando, los demás se reunieron con él.

—No podemos retirarnos bajo ese campo de nieve; es demasiado pronunciado —declaró Hasti—. Además de que Chewbacca no podrá llevar ese gong allí abajo. ¡Seremos blancos perfectos!

Han repartió unos cuantos disparos más, considerando cuidadosamente el argumento y su falta de alternativas. Entonces, Chewbacca, viendo la situación, ladró un rápido esquema a Han.

—Socio, estas loco —exclamó Han, no sin un cierto respeto, pero no viendo otra alternativa—. ¿A qué estamos esperando?

Atrajo a los demás y explicó el plan. Todos se prepararon, no teniendo tiempo para miedos o dudas.

Luego, Han gritó:

—¡Chewie! ¡Ahora!

El wookiee caminó hacia atrás hasta el borde del campo, se encorvó y colocó el gong con su superficie curva mellando el duro campo de nieve helado. Han disparó furiosamente. Badure se dejó caer torpemente sobre el gong y se agarró a uno de los asideros de transporte. Bollux trepó en el lado contrario sobre el borde, sujetándose de dos agarraderas más. Skynx subió a bordo y se aferró con fuerza al cuello de droide, con sus antenas moviéndose violentamente. Hasti se colocó junto a Badure, y Chewbacca tuvo que afirmar sus anchos pies en la nieve bajo el

peso añadido al gong. Han aún resistía, manteniendo una cortina de fuego defensivo.

—Me subiré el último —gritó.

Chewbacca no dedicó tiempo a discutir; barrió el aire con su largo brazo y agarró a su amigo como si fuese un niño tirándole encima del gong. Los disparos de los supervivientes se entrecruzaron sobre sus cabezas. El ímpetu del wookiee y el peso de todos le dio una rápida velocidad inicial. El gong ganó velocidad, girando y deslizándose a medida que descendían la larga cuesta helada. Chewbacca levantó su cabeza y dio un jadeo de júbilo, a lo que Skynx añadió un ¡Weeee hee-ee!

El gong se inclinó y rodó hacia la izquierda a medida que se deslizaba a través de la nieve. Chewbacca colocó su peso hacia el otro lado; rebotaron y se deslizaron sobre un plano bastante nivelado por unos segundos; luego, golpearon una pequeña roca que afloraba del campo de nieve. Estaban en el aire, y todas las manos se agitaban violentamente buscando un agarre para permanecer a bordo; caerse del gong ahora y deslizarse el resto del camino sin protección podría significar una severa laceración por fragmentos de hielo o huesos rotos por el suelo endurecido y las rocas.

Cayeron nuevamente con una sacudida que les quitó el aliento; cada uno ingeniándose las milagrosamente para aferrarse al gong. Han agarró a Hasti quien, en ayuda de Badure, había estado a punto de perder su agarre.

El capitán del *Halcón* rodeó su cintura con su brazo libre mientras ella agarraba con fuerza la chaqueta de vuelo de Badure. Badure, a su vez, había cruzado sus piernas con las de Chewbacca, ayudando al wookiee inclinado y tirando de las agarraderas. Chewbacca, al igual que los demás, apenas podía ver; debido al salto, el aire helado se les había metido en los ojos, sacándoles las lágrimas y entumeciendo la piel al descubierto. En su abrupta inclinación hacia un lado, el wookiee tuvo éxito al dirigir el alocado descenso fuera del alcance de una piedra que los habría hecho pedazos, pero durante el proceso perdió el equilibrio.

Bollux giró rápidamente su torso y aseguró las piernas alrededor del copiloto del *Halcón*. Badure se agarró a Chewbacca también, extendiendo la mano libre para ayudar al wookiee a balancearse. Pero haciendo esto, se dio cuenta que estaba a punto de perder el arco de energía de Chewbacca y la bandolera de municiones. Alzó la voz; sus palabras eran robadas instantáneamente por el viento, pero Han estaba ocupado tratando de agarrarse y sujetando a Hasti, ella a Badure, mientras él mismo y Bollux trataban de mantener a Chewbacca a bordo. Mientras tanto, el wookiee puso sus cinco sentidos en lo que solamente podría llamarse ridículamente actuar de timonel.

Así, Skynx, afrontando el hecho de que sólo él estaba en libertad para actuar, soltó su agarre del cuello del droide exceptuando su último juego de extremidades. Inmediatamente fue bamboleado por todas partes, casi partiéndose con el azote del viento, tratando de alcanzarlo con sus extremidades libres. En el momento que Badure perdía el agarre sobre el arco de energía, Skynx estaba lo suficientemente cerca como para agarrar el arma, pero fue enérgicamente arrojado en la otra dirección cuando el gong volvió a cambiar de curso. El pequeño ruuriano, ahora, sólo se aferraba al cuerpo de Bollux con los dedos de sus extremidades más bajas, agarrando con fuerza precaria el hombro del droide. Pero resueltamente,

cogió el arma y la munición sabiendo que las necesitaban y que nadie las podría coger si él fallaba. Con cada choque y giro del gong, Skynx sintió su agarre aflojarse, pero se aferró con determinación su carga. Una por una, comenzó a agarrarse con sus otras extremidades. Chewbacca le sintió buscando un asidero, y, estirando su pierna tanto como fue capaz, Skynx logró sujetar dos de sus juegos de extremidades a la gruesa rodilla del wookiee.

Estaban en lo más pronunciado del insensato descenso, cortando el campo de nieve, haciendo surcos y aplastando depresiones en el área. Varias veces, Han vio rayos de energía caer en la nieve, pero siempre lejos de su entorno.

A medida que descendemos, estamos moviéndonos más rápido, pensó

Se aferró tenazmente, con sus dedos, orejas y cara entumecidos por el frío, y con sus ojos en un constante flujo de lágrimas.

—¡Mis manos están dormidas! —lloró Hasti con miedo en la cara—. No puedo sentirlas.

Han sabía con una sensación de completa futilidad que podía hacer poco para ayudarla. Se agarró a ella tan fuerte como pudo, esperando que sus dedos congelados pudieran sujetarla.

—¡La velocidad disminuye! —gritó Badure.

Chewbacca aulló de pura alegría. Hasti, comenzó a medio reírse y medio sollozar.

El gong había alcanzado una parte más suave de la cuesta, cerca del campo de nieve y había perdido velocidad por el momento. Los saltos y los choques se hicieron menos dramáticos, y la bajada menos pronunciada. En unos segundos, estaban deslizándose.

—Un trabajo excelente, segundo de a bordo Chewbacca —decía Bollux, cuando repentinamente el borde del gong golpeó una losa de roca levantada en el aire como si de una rampa de salto se tratase.

Manos congeladas, servos gastados, extremidades ruurianas y pies de wookiee finalmente soltaron su intenso agarre. El gong los catapultó. Los humanos, el ruuriano, Chewbacca y el brillante Bollux, volaron por los aires en trayectorias paralelas, girando, dando volteretas laterales y cayendo.

XIII

Han escuchó el sonido de los servomotores por encima del gemido del viento. Desde donde yacía, en su mayor parte sepultado por el montículo de nieve donde había aterrizado, pudo ver a Bollux sobresaliendo de un banco de nieve. Las placas pectorales del droide estaban abiertas. El vocalizador de Max Azul se activó.

—¡Hey! Pongámonos en movimiento; aún no hemos salido de esto.

Un montículo a la derecha de Han se movió e hizo erupción. Chewbacca apareció, escupiendo nieve y gruñendo con su voz cavernosa un ácido comentario al diminuto módulo de computadora.

—No, tiene razón —gimió Han a su socio.

Se levantó sobre sus inestables brazos y miró fijamente hacia la pendiente, dudando entre si se le iba a caer la cabeza o si solamente se sentía así. Una columna de oscilantes luces bajaba por el campo de nieve desde la base de los supervivientes. Sus captores les perseguían encarnizadamente.

—El tiempo es oro, gente: ¡Todo el mundo arriba!

Han se movió agitadamente y titubeó torpemente sobre la nieve por un momento, luego sacó sus pies y comenzó a mover todos sus miembros para quitarles el entumecimiento.

Hasti estaba luchando por liberarse. Han cogió su mano y tiró de ella. Corrió en busca de Badure. Chewbacca había recuperado su arco de energía y la bandolera de municiones de Skynx, quien ya las había salvado. El wookiee expresó con un gruñido las gracias, palmeando y acariciando al lanoso ruuriano en un gesto brusco de gratitud. Hasti estaba tirando de las manos y las muñecas de Badure, tratando de ponerlo derecho. Han se movió para ayudarla y vio que la punta de la nariz del viejo y sus mejillas estaban blanqueadas.

—Está comenzando a congelarse. ¡En pie soldado; es hora de dejar el área!

Lo levantaron mientras que Bollux, con la ayuda de Chewbacca, se puso nuevamente en pie. Contando las cabezas antes de marcharse, Han vio a Skynx asomarse sobre el gong que había caído boca arriba, como una cúpula aplastada en la nieve. El ruuriano estaba tomándose un minuto examinando las espirales y los patrones en el antiguo metal, afanándose en ver a la luz de las lunas y las estrellas. Cuando Han le llamó, el académico le contestó gritando.

—Creo que sería mejor que viese esto primero, capitán.

Todos se reunieron alrededor de él. Sus pequeños dedos trazaban los abultados caracteres.

—Pensé que los había reconocido cuando vi por primera vez este objeto, pero estaba demasiado apurado para estudiarlos. Todo esto —un grupo de dedos indicaron un conjunto de caracteres— son notaciones técnicas e instrucciones operativas. Tienen que ver con procedimientos de igualación de presión y cierre.

—Entonces proviene de una escotilla —concluyó Badure, con su voz amortiguada a través de las manos ahuecadas intentando descongelar sus mejillas y nariz.

—Es algún tipo de anticuado y decorado frente de escotilla de una esclusa de aire; una grande —asintió Skynx—. Una cita peculiar y más bien ostentosa, pero

ese es el caso. Esos caracteres más grandes de allí en medio indican el nombre de la nave.

Giró sus bulbosos ojos rojos hacia ellos.

—¡Es la *Reina de Ranroon*!

En medio de un tumulto de voces humanas, no humanas y electrónicas, Han se quedó imaginando el tesoro de mundos enteros. Sin embargo, bajo el frío, el cansancio, la persecución y la desnutrición, repentinamente se encontró con sus energías limitadas y una determinación dramática de sobrevivir y reclamar las riquezas del *Reina*.

Todos fueron interrumpidos; los pensamientos de Han y las confusas conversaciones desde la revelación de Skynx fueron cortadas por un largo sonido en la noche, un aullido de un cuerno de caza o algo parecido. Eso los hizo volver a la realidad. Las oscilantes luces de la columna de perseguidores supervivientes estaban ahora muy cerca, en la pendiente. Algunas veces, una luz caía y desaparecía de la fila cuando uno de sus portadores perdía pie en el traicionero campo de nieve y caía dando volteretas.

Dirigidos por Han, los fugitivos se movieron en una tambaleante columna, ayudándose los unos a los otros lo mejor que podían; afortunadamente, la nieve no era muy profunda.

Cogieron nieve con sus manos para derretirla en la boca, tratando de aliviar la deshidratación de su cautividad. Juntando y frotando sus manos, Han consideró lo que podría significar la cubierta de la escotilla.

¿Estaban los supervivientes guardando el tesoro de Xim en su base de la montaña? ¿Qué había sido de la Reina de Ranroon?, pensó.

Hasti se puso a su lado en la línea de marcha.

—Solo, he estado pensando. La congregación de atrás no creo que toque ese cuerno para hacer eco y que sepamos que vienen. Creo que tienen patrullas fuera y están llamando refuerzos contra nosotros.

Han se detuvo, molesto consigo mismo por haber estado preocupado por el tesoro. Hasti repitió sus pensamientos a los demás.

—No estamos muy lejos del final de la nieve —observó Badure—. Quizás sea el límite de su territorio.

Han sacudió la cabeza.

—Estropeamos su iglesia y dejamos a unos cuantos de ellos secos. Vienen a por sangre y no se detendrán porque lo haga la nieve. Será mejor que tomemos una buena posición. ¡Chewie, adelántate!

El wookiee se movió suave y lentamente; el frío y la nieve no le molestaban. Al abrigo de su gruesa piel peluda, se escabulló, manteniéndose a cubierto entre las progresivas grandes rocas. Los demás siguieron lentamente su avance, privados de su alentadora y gran fuerza. En unos minutos, el wookiee apareció desde la cobertura de una gran roca y se dirigió a Han con una serie de gruñidos rápidos contándole lo que había visto.

—Hay más de ellos viniendo hacia aquí desde abajo —tradujo Han—. Chewie cree que podemos escondernos aquí y esperar a que lleguen. Cuando hayan pasado, seguiremos. ¡Todo el mundo callado y quieto!

Esperaron unos angustiosos minutos, esforzándose por no hacer ruido, ni cambiar de posición o cualquier otro movimiento que pudiera traicionarlos. Han giró lentamente su cabeza para comprobar el avance de los supervivientes desde su base. Las luces habían llegado a la parte más suave de la pendiente y se habían desplegado para un barrido de búsqueda. Se produjo un leve sonido, un movimiento de roca y el crujido del hielo. Todo el mundo se tensó. Una figura se movió cautelosamente a la vista, manteniéndose cerca de las rocas. La vestimenta del superviviente no era un disfraz, pero llevaba puesta una capucha y una prenda de abrigo. La cabeza del explorador cambió de dirección lentamente, investigando el área cuidadosamente a medida que avanzaba. Momentos más tarde, otro centinela apareció, un poco más allá en un curso paralelo.

Han lo entendió.

El valle se ensanchaba abruptamente allí y unos pocos centinelas no podrían detener a los fugitivos de otro modo. Los centinelas se movían precavidamente. Cuando pasaron la posición de los fugitivos, la mano de Han alertó a sus compañeros y les ordenó deslizarse fuera de la cobertura de la roca. Los servomotores del cuerpo de Bollux eran suaves y sigilosos, pero a Han le sonaron insoportablemente escandalosos. Sólo podía esperar que el sonido fuese transportado por el viento junto a los otros sonidos de la noche.

Habían serpenteado entre las rocas otro medio kilómetro y salido del campo de nieve, y, cuando Han apenas había comenzado a creer que estaban libres, un rayo amarillo relampagueó intermitentemente en la noche. Golpeó en una roca a dos metros a la derecha de Bollux, levantando chispas y arrojando gotas de mineral fundido. El frío, los temblores, los pies congelados y la cautela pasaron al olvido. Todo el mundo se dispersó buscando cobertura.

Hasti levantó su pistola disruptora para hacer un disparo de respuesta, pero Han le murmuró.

—¡No! Revelarás tu posición por el destello. ¿Alguien sabe de dónde vino el disparo?

Nadie lo sabía.

—Entonces, quédense quietos. Cuando dispare otra vez, definiremos su posición. Disparen hacia el punto de origen.

—¡Solo, no tenemos tiempo para sentarnos aquí! —habló Hasti ferozmente y con voz áspera.

—Entonces, empieza a cavar un túnel —le sugirió Han.

Pero en lugar de eso, ella buscó a tientas y encontró una piedra que se ajustaba a la palma de su mano y la lanzó. Hizo un estrépito entre las rocas sueltas. Otro rayo amarillo salió de las sombras en un lateral del valle. Han disparó instantáneamente y mantuvo el fuego. Los otros, más lentos que él, se unieron unos momentos después, con un torrente de disparos de blásters, pistolas energéticas, disruptoras y disparos del arco de energía.

—Aguantad, aguantad —ordenó Han—. Creo que le tenemos.

—¿Seguimos adelante? —preguntó Badure.

Han no pensó que los haces y el sonido de los disparos hubiesen sido detectados desde la pendiente.

—Aún no. Tenemos que estar seguros de que no nos dispararán por la espalda. Además, vi un resplandor metálico desde donde vinieron esos disparos. Quizás haya un vehículo allí o algunos suministros. —Han tiritó por el frío aire de las montañas—. Cualquier cosa sería de ayuda.

—Entonces, alguien tiene que investigar —declaró Skynx ausentándose antes de que alguien pudiese detenerlo, fluyendo entre las rocas con sus antenas ocultas y casi imposible de distinguir.

Tendré que advertirle sobre estas heroicidades, pensó Han, algún día le darán problemas.

Para romper el tenso silencio, Han murmuró al oído de Badure:

—¿Ves lo que está sucediendo? Primero te haces el héroe al recuperar nuestras armas y ahora Skynx cree que es un valiente guerrero.

El viejo se rió ahogadamente.

—Las armas vinieron a pedir de boca, ¿no crees? Además, le dio la oportunidad a Chewbacca de devolver su deuda de vida.

Han parpadeó.

—Así es. Hey... ¿que quieres decir con Chewbacca? ¡Los dos fuimos a buscarte!

Badure solamente se rió.

En ese mismo instante, Skynx les llamó excitadamente.

—¡Capitán! ¡Por aquí!

Fueron deslizándose y tropezando con las prisas, pero manteniéndose aún agachados. Llegaron a un saliente de roca, donde se arrastraron para pasar por debajo de él. Desde las oscuras sombras, se escuchó la voz de Skynx.

—He encontrado una barra incandescente, capitán. Subiré la intensidad un poco.

Una luz tenue les mostró la cara del ruuriano. Había encontrado una ancha y baja caverna que se adentraba en la tierra más de lo que podían ver. El cuerpo de un centinela solitario estaba tumbado a un lado, donde varios de sus disparos le habían alcanzado. Pero lo que había excitado a Skynx es lo que estaba detrás del guardia.

—Mire, ¡un vehículo!

Han cogió la barra incandescente.

—Algún tipo de aerodeslizador de carga.

Trepó a la cabina abierta del piloto de la aeronave de plataforma.

—Parece que no lleva mucho tiempo aquí; no hay componentes quemados en los mandos y los paneles de control no están apagados.

Aumentó la potencia de la barra incandescente. Había dos aerodeslizadores más cerca de allí, con los paneles de acceso abiertos, despedazados y desmontados cuyos componentes se habían utilizado para reparar el primero. Han deslizó las palancas hacia abajo; la aeronave ascendió un poco. Dio un golpecito a los controles y el tablero se encendió.

—Subíos; el metro se va.

Se apresuraron a obedecer, agachando rápidamente la cabeza para evitar golpearse con el techo bajo de la caverna. Con un pie en el vehículo, Badure hizo una pausa.

—¿Qué ha sido eso?

Todos ellos escucharon el sonido de personas a la carrera, voces y el estrépito de las armas.

—¡Nuestros encarnizados perseguidores! —contestó Han—. No hay tiempo para perforar los billetes, gente: ¡agárrense!

Empujó los controles móviles hacia arriba, poniendo la aguja de los motores en zona roja. El aerodeslizador salió como una bala hacia la entrada de la caverna, casi perdiendo a Bollux, aún en proceso de embarque, por el camino. Badure y Chewbacca le arrastraron a bordo.

Los supervivientes estaban más cerca de lo que Han había pensado, habiendo tomado posiciones alrededor de la caverna y acercándose a ella. El aerodeslizador zumbó por la salida de la caverna con sus motores quejándose. Uno o dos de los supervivientes tuvieron el aplomo necesario para disparar al vehículo cuando pasó rápidamente, pero la mayoría se quedaron congelados o buscaron refugio. Los pocos disparos se perdieron en la noche, y Hasti descargó unas salvas al azar para mantener agachadas las cabezas de los supervivientes. El aerodeslizador se movió a través de un arco holgado y se dirigió valle abajo.

—¿Hacia dónde, ciudadanos? —sonrió Han abiertamente.

—¡Solamente enciende la calefacción! —gritó Hasti.

El valle se ensanchó rápidamente, y luego cedió terreno a un claro alfombrado con una oscilante hierba ámbar.

El aerodeslizador estaba acondicionado con un rudimentario mecanismo de navegación. Han ajustó un curso hacia el campamento minero de J'uoch. No queriendo usar las luces delanteras del deslizador, cortó la aceleración y miró con atención a través del parabrisas, agradeciendo que fuese una noche brillante. El viento arrancaba con fuerza el calor de los radiadores. Hasti descubrió una lona plegada en una esquina del compartimiento y tiró de ella, pero se detuvo y llamó a los demás en voz alta para captar su atención.

—¡Mirad lo que tenían a bordo!

Han no podía desconcentrarse de su tarea, pero Chewbacca, sentado junto a él, colocó una parte de la lona sobre el respaldo del asiento del conductor. Cuidadosamente cosidos a la lona, había hilos de plástico, meticulosamente moldeados para que se pareciese a la hierba ámbar de las llanuras. Era una red de camuflaje.

—Esta cosa tiene también un sensor aéreo —notó Han—. Con una advertencia suya y un poco de tiempo, esta cosa sería imposible de divisar por un equipo de rastreo.

Y la caverna era lo suficientemente grande como para albergar más deslizadores como aquél. Eso dejó en el aire la cuestión de cómo habían puesto en movimiento aquella operación un grupo de primitivos como los supervivientes en un planeta atrasado como Dellalt.

Han frenó lo suficiente para que Chewbacca pudiese forcejear con la capota plegable colocándola en su sitio. Se apiñaron en los pequeños sillones del estrecho compartimiento de pasajeros, iluminados solamente por los instrumentos de la consola y los fotorreceptores de Bollux. Fuera, las lunas y las estrellas iluminaban el mar de hierba ondulante que se volvía borroso en el lado oscuro

creado por la sombra del aerodeslizador. Con el tiempo, los calefactores hicieron algún progreso y Han abrió su chaqueta de vuelo.

Badure suspiró.

—Si ese era el disco del diario de a bordo del *Reina*, podemos olvidarnos. El mástil de la antena lo destruyó completamente.

Han planteó la pregunta.

—Pero, en primer lugar, ¿cómo lo consiguieron los supervivientes? Pensé que estaba en las bóvedas.

—Hablaban como si hubiese sido suyo todo el tiempo —interpuso Hasti, haciendo un intento fútil de encontrar más espacio entre Bollux y Badure en los asientos traseros.

Skynx, con su mejor voz de profesor, replicó.

—Los hechos como los conocemos, son los siguientes. Lanni, de alguna forma, consiguió el disco del diario de a bordo y lo depositó en una caja acorazada en las bóvedas. Dejó claro su interés por las montañas. J'uoch descubrió su secreto, o parte de él y mató a Lanni en un intento de conseguir el disco. Y aquí están los supervivientes con el disco o uno idéntico a aquel.

—Ahora bien, Lanni era un piloto de carga y operaciones especiales, ¿no es verdad? Supongan que ella estaba en el aire cuando los supervivientes llevaban a cabo una de sus ceremonias en el exterior, y escuchó su señal o vio sus luces.

Han inclinó la cabeza.

—¡Ella pudo aterrizar en alguna parte, explorar y coger el disco! —adornó Han la situación rectificando un poco su primer impulso.

Hasti asintió.

—Si, pudo hacerlo. Papá la enseñó a volar y muchas cosas sobre la supervivencia y el reconocimiento en tierras salvajes.

Badure retomó el hilo.

—Entonces, puso el disco en la caja acorazada y volvió a través del lago para ver si era capaz de detectar la señal de la base de los supervivientes o si estaban agitados por su intrusión. ¡Apuesto a que el tesoro está bajo la montaña!

Se hizo el silencio por un tiempo.

Entonces, Han habló.

—Eso solo deja dos preguntas: Cómo recuperamos el *Halcón* y cómo vamos a gastar todo ese dinero.

Los mejores esfuerzos de Han para acelerar el viejo aerodeslizador fracasaron. Mantuvo encendido el sensor aéreo, dirigido hacia el horizonte tanto como pudo, pero no detectó persecuciones.

Seguía enfadado consigo mismo por no habersele ocurrido ninguna de las conclusiones referentes a qué hacían los supervivientes con aquel deslizador, el significado de la cubierta de la escotilla del *Reina de Ranroon*, y cómo estaba todo conectado con el tesoro. El sol de Dellalt trajo consigo un amanecer púrpura; y el prado desaparecía bajo la proa del aerodeslizador.

Casi habían cruzado el prado formado por una curva en la cadena de montañas e iban rumbo al campamento minero cuándo Bollux recostado sobre el asiento del conductor dijo:

—Capitán, he estado haciendo barridos de la frecuencia de comunicación de los supervivientes como usted solicitó.

Han inmediatamente se puso ansioso.

—¿Están emitiendo?

—No —respondió el droide—. Después de todo, el mástil de su antena fue destruido. Pero también comprobé otras frecuencias mencionadas en las cintas de Skynx y he encontrado algo peculiar. Hay transmisiones en un marco anormal que vienen de la dirección del campamento. Son extrañas porque, aunque no las puedo recoger claramente, parecen señales de órdenes cibernéticas.

La frente de Han se contrajo

—¿Señales de órdenes a autómatas? ¿Equipos mineros? —preguntó al droide.

—No —respondió Bollux—. No son los patrones usuales de equipo pesado o señales industriales.

Badure giró la consola de comunicaciones para revisar lo que Bollux había estado monitorizando, pero fue incapaz de recoger claramente algo.

Tomando la orientación aproximada dada por el droide, Han cambió de rumbo minuciosamente e hizo un acercamiento hacia las montañas. Situando el sensor de vigilancia aérea en escáner completo, reclutó a Chewbacca y a los demás para que estiraran la red de camuflaje sobre el deslizador en caso de aviso. Se acercó lentamente, siguiendo la dirección del droide. Ya se habían metido de lleno en una trampa por investigar unas señales, y aunque era importante saber qué significaban estas nuevas, Han no tenía la intención de ser emboscado por segunda vez.

Disminuyó el factor de ascenso del vehículo hasta que dobló la hierba bajo él, apenas rozando la tierra.

—La señal se fortalece, capitán —avisó Bollux.

Estaban cerca de una cuesta en la llanura, un escarceo en el paisaje previo a las inclinadas montañas. Han descendió el aerodeslizador junto a la cuesta y salió del vehículo. Dividiendo la hierba con discreción, él y Chewbacca gatearon hasta la cresta para echar una mirada. Menos de un kilómetro a lo lejos, comenzaban las colinas al pie de una montaña. Han miró a través de la mirilla de su bláster.

—Hay algo allá abajo, donde esa hondonada baja hasta la llanura.

El wookiee asintió.

Se retiraron con cuidado y contaron a los demás lo que habían visto. La salida del sol estaba aproximándose.

—Skynx y Hasti harán de vigías en la cuesta —dictó Han—. Bollux y Badure vigilarán el vehículo. Chewie y yo iremos; ya todos saben el sistema de señales. Si tienen que huir, por lo menos ahora tienen un vehículo.

Ninguno de ellos puso objeciones; sin embargo, Hasti miró como si quisiese hacerlo ella.

El capitán del *Halcón Milenario* y su segundo oficial se separaron a derecha e izquierda en la subida, moviéndose solapadamente a través de la hierba ámbar, cada uno de ellos llevando cuidadosamente la cuenta en la mente. Habían trabajado hombro con hombro tantas veces que automáticamente habían sincronizado sus movimientos sin ayuda de cronos o señales. Han se movió hacia la izquierda, acercándose a la anomalía en el área que había atraído su atención.

Como había pensado, los bultos en la base de la estribación eran una pila de camuflaje, demasiado repentinos y consolidados para ser parte de la base de la montaña. No vio centinelas ni patrullas, ni vigilancia de cualquier clase, y, por eso, cambio de rumbo hacia la derecha.

Escuchó algo sobre la hierba que podría haber sido el zumbido de un pequeño insecto; el sonido apenas recorría unos pocos metros. Han identificó la señal que su socio había estado dando durante algún tiempo. Se dirigió directamente hacia él, y, abriendo un penacho de hierba, encontró a su copiloto con una gran sonrisa. Hablaron con rápidos movimientos de la mano; el reconocimiento de Chewbacca había producido los mismos resultados que el de Han, pero con una añadidura; había un guardia, evidentemente un superviviente, caminando lentamente.

Confeccionaron un plan y siguieron adelante nuevamente. La primera inclinación de Han fue utilizar la pistola de aturdimiento de Badure, pero existía la posibilidad de que alguien escuchase la descarga o viese la luz azul del disparo.

El centinela estaba vestido como un dellaltiano en lugar de como un superviviente. Se paseaba a lo largo de un circuito despreocupadamente, equipado con un rifle de asalto pesado Kell Mark II. Llevaba el Kell, desmontado y sobre el hombro.

Como todos los centinelas en la mayor parte de los lugares que Han había visto, el hombre estaba convencido de que nada pasaría y que su vigilancia no tenía razón de ser.

Se paseaba sin rumbo, reflexionando en sus cosas. Sus pensamientos despreocupados fueron interrumpidos un segundo más tarde cuando una forma gigantesca se alzó de la hierba detrás de él y hábilmente le golpeó en la nuca con el arco de energía. El guardia cayó sobre la hierba con la cara por delante. Han recuperó el rifle pesado de asalto y los dos socios hicieron una exploración apresurada del área. No había más guardias, pero la cosa que había atraído la atención de Han con la mirilla de su bláster resultó ser más interesante.

Un grupo de vehículos de superficie todo terreno, todos modelos de carga, estaban reunidos bajo la red de camuflaje y asegurados. Una rápida serie de comprobaciones aleatorias no reveló ningún cargamento a bordo de ellos.

—¿Por qué necesitarán veinte camiones de plataforma? —se preguntó Han en voz alta mientras hacía la señal a sus compañeros—. ¿Más dos o tres atrás, en la base de la montaña?

Los demás vinieron detrás de ellos. Badure explicó que habían asegurado el aerodeslizador robado con su propia red de camuflaje detrás de la cuesta. Ayudaron a Han y Chewbacca a hacer añicos el equipo de comunicación de los supervivientes.

A ninguno de ellos se le ocurrió una razón plausible para aquella extraña reunión de vehículos.

—Hay una hondonada que conduce a las estribaciones —dijo Han, sacudiendo con fuerza su pulgar—. ¿A cuánto estamos del campamento minero de J'uoch?

—Directamente por ahí —dijo Hasti, indicando la hondonada—. Podemos abrirnos camino por esos cerros y estaremos allí. O podemos ir por el valle y empaparnos.

Han levantó el rifle Kell.

—Nos movemos ahora; iremos todos. No quiero dejar atrás a nadie en caso de que tengamos suerte y recuperemos el *Halcón*. Podremos despegar de inmediato.

Echaron a andar por el pie de las colinas, con los ojos atentos y nerviosos ante cualquier signo de emboscada. Bollux, monitorizando, no recogió ninguna evidencia de sensores. El suelo de la hondonada estaba cubierto de agua de las lluvias que llegaba hasta las duras piedras, escachadas y molidas como si equipo pesado hubiese pasado por encima. No habían visto marcas de senderos en la llanura, pero probablemente la hierba elástica las habría ocultado.

Bollux comunicó que las señales de órdenes de autómatas eran mucho más fuertes ahora.

—Son repetitivas —les informó el droide—. Como si alguien ejecutara la misma sentencia repetidas veces.

La hondonada atravesaba las dos primeras cordilleras, y terminaba en la siguiente, la más alta que habían coronado. La superficie allí era toda de roca, y contenía signos del paso de lo que Han asumió debían ser máquinas. Que los supervivientes tenían un especial interés en el campamento de J'uoch era obvio; estaba por verse si tenía algo que ver con el tesoro. Pero lo más importante en la mente de Han era la recuperación del *Halcón Milenario*.

Llegaron a lo alto de la cordillera, gateando, para mirar hacia abajo en el valle.

Hasti se quedó sin aliento, lo mismo que Skynx, con un sonido de hipo. Bollux contempló sin hacer comentarios, menos asombrado que los demás. Las bocas de Chewbacca y Han estaban colgando, y Badure murmuró:

—¡Por el Creador!

Ahora, el grupo de vehículos de carga, las marcas en el suelo de la hondonada, el discurso de los supervivientes e incluso la enorme cámara donde habían estado retenidos, tenía sentido. Aquellos monolitos sedimentados en la madriguera de las montañas no eran mesas, pasarelas o pisapapeles. Eran asientos, y en el valle estaban reunidos los ocupantes de aquellos asientos; eran por lo menos mil de los robots de guerra contruidos por orden de Xim El Déspota. Estaban inmóviles, grandiosos e impenetrables y poderosamente acorazados. Máquinas de guerra de aproximadamente vez y media la altura de Han. Brillaban con un acabado de espejo diseñado para reflejar el armamento láser.

Supervivientes se movían entre ellos con equipos de pruebas, ejecutando las señales que Bollux había detectado.

—¡Son esos mismos! —murmuró Skynx lleno de júbilo—. Los mil guardias que Xim embarcó en el *Reina de Ranroon* para vigilar su tesoro. Me pregunto cuántos viajes habrán hecho para transportarlos a todos. Y, ¿por qué están precisamente aquí?

—La única razón posible está allí —replicó Hasti, gesticulando con su barbilla y levantando sus hombros.

Desde su posición podía ver el campamento minero de J'uoch, construido a ambos lados de una enorme grieta en la tierra. Las barracas, las tiendas, y los edificios de almacenamiento estaban a un lado, y los kilómetros de las explotaciones mineras al otro, conectados por un enorme puente de caballete creado por antiguos mineros dellaltianos.

El campamento parecía estar funcionando como siempre, con su equipo pesado perforando la tierra. En un lado del lugar, Han vio algo que casi le hizo gritar en voz alta de la alegría. Golpeó el hombro del wookiee, señalando la dirección. Allí, el *Halcón Milenario* estaba almacenado sobre el triángulo de su tren de aterrizaje. La nave parecía intacta y operacional.

Pero quién sabe, se dijo Han a sí mismo, *si esos chicos de Xim la alcanzan*.

En ese momento, se inició actividad entre los supervivientes de abajo. Sus secuencias de pruebas habían terminado. Salieron corriendo a toda prisa de entre los robots irregularmente colocados y se reunieron junto a un destellante podio dorado que había sido establecido a un lado del valle. Un aparato de transmisión se proyectaba desde el podio, el cual estaba adornado con la calavera de Xim.

El superviviente en el podio activó un control. Cada robot en el suelo del valle se enderezó poniéndose estado de alerta, cuadró los hombros y se puso rígido. Hicieron girar sus cráneos con los fotorreceptores ópticos apuntando al podio.

El superviviente en el podio habló.

—Esta llamando al comandante de la guardia —clarificó Skynx con voz baja.

—Conozco a ese hombre del podio... —murmuró Hasti lentamente.

Entonces, más alto dijo:

—...reconozco la franja blanca en su pelo. ¡Es el asistente del encargado de las bóvedas del tesoro!

De la masa de robots, apareció su líder, idéntico a los demás excepto por una insignia dorada brillando intensamente en la coraza del pecho. Sus pasos eran rígidos y levantaban la tierra. Era la inspiración de la precisión militar, con sus movimientos revelando un inmenso poder. Se detuvo ante el podio.

De su vocalizador envejecido, brotó una profunda y resonante pregunta.

Skynx tradujo en susurros.

—¿Qué quiere de la guardia? —entonó la máquina.

—Aquello que les fue confiado, ahora está en peligro —contestó el superviviente en el podio, el asistente del encargado de las bóvedas.

—¿Qué quiere de la guardia? —repitió el robot, desinteresado por los detalles.

El superviviente señaló.

—Seguid el sendero de la hondonada que hemos marcado para vosotros. Os llevará hasta el enemigo. Destruid todo. Matad a todo el que encontréis.

La cabeza blindada le estudio por un momento, como si dudase, luego contestó:

—Usted ocupa la plataforma de control; la guardia obedecerá. Pasaremos revista, como esta programado y luego avanzaremos.

El cráneo del comandante de la guardia giró a medida que emitía una secuencia de señales. Los robots de guerra comenzaron a moverse, formando una línea irregular, moviéndose exactamente como el comandante quería. Sin cadencia o formación, se agruparon a un lado del podio. A medida que pasaban, el sistema de circuitos de transmisión del aparato los dirigía a asumir su modo de revista. De la masa del grupo, se separaron por rangos y filas a medida que pasaban por el podio, diez a cada lado, con sus pesados pies levantándose y cayendo. Con su comandante a la cabeza, los mil robots de guerra desfilaron, completando el circuito del pequeño valle.

Incluso los supervivientes estaban hipnotizados por aquello; la visión de sus preciosos y antiguos métodos no fue menos que mágico para ellos. Los pies de metal batieron el suelo del cañón; brazos tan gruesos como la cintura de un hombre se mecían al unísono.

Han se preguntó si la gente de J'uoch no sería capaz de escuchar el sonido de su avance, incluso por encima de las explosiones mineras.

Bajo una señal recibida por el comandante de la guardia, los robots se detuvieron. El comandante se acercó al podio con un movimiento oscilante. De su vocalizador surgieron las palabras.

—Estamos preparados.

El superviviente del podio instruyó a los robots para mantenerse firmes por un tiempo determinado.

—Vamos a ir a un punto avanzado para observar su ataque. Cuando el tiempo se agote, proceda contra el enemigo.

Él y los otros supervivientes se fueron de prisa para ver la carnicería.

En un momento, el aire se detuvo mientras los robots de guerra esperaban pacientemente. El único sonido era el procedente del distante campamento minero.

—Tenemos que llegar al primero —declaró Han a medida que descendían la cordillera y se ponían de pie.

—¿El vacío te ha afectado la mente? —quiso saber Hasti—. ¡Llegaremos a la vez que esas trituradoras de carne!

—No si nos apresuramos. Esos soldados mecánicos de ahí abajo tendrán que recorrer la hondonada; podemos correr a lo largo de la línea de la cordillera y, si tenemos cuidado, llegar primero. El *Halcón* es nuestra única salida de esta bola de barro; si no podemos acercarnos a él, tendremos que darle a J'uoch la información de que los robots van en camino, o destruirán mi nave.

Deseaba averiguar por qué los supervivientes querían destruir el campamento minero y matar a todos sus empleados.

—Continuemos. Iré primero, luego Hasti, Skynx, Badure, Bollux y Chewie en la retaguardia.

Han colocó el rifle pesado de salto sobre su hombro y se puso en camino, con los demás asimilando las posiciones asignadas. Pero cuando Chewbacca llamó por señas a Bollux, el droide vaciló.

—Me temo que ya no opero al cien por cien, segundo de a bordo Chewbacca. Tendré que seguirles lo mejor que pueda.

El wookiee se quedó indeciso por un momento, luego trotó hacia el resto del grupo para indicarles que Bollux les seguiría tan rápidamente como pudiera. El droide observó a Chewbacca mientras desaparecía de la vista. Luego abrió las placas del pecho para que él y Max Azul pudiesen hablar en modo vocal, como ellos mismos preferían.

—Ahora, amigo mío —habló arrastrando las palabras hacia el pequeño módulo de la computadora—, quizás me expliques por qué querías que nos quedásemos atrás. Prácticamente he tenido que mentir al segundo oficial Chewbacca para hacerlo.

Max, que había seguido la conversación vía enlace directo con Bollux, respondió de manera sencilla.

—Se como detenerlos. A los robots de guerra, quiero decir; pero tendríamos que destruirlos a todos ellos. Necesitamos tiempo para discutirlo.

Max Azul relató a Bollux el plan que había concebido. El droide respondió aún más lentamente de lo normal.

—¿Por qué no lo mencionaste antes, cuando el capitán Solo estaba aquí?

—¡Porque no quería que él decidiera hacerlo! Esos robots están desempeñando la función para la que fueron contruidos, precisamente lo que queremos. ¿Es eso una razón para eliminarlos? No estaba seguro ni de decírtelo a ti; no quería que sobrecargases tus pilas primarias en una decisión que podría provocarte una avería. ¡Espera! ¿Qué estás haciendo?

Las placas del pecho del droide comenzaron a cerrarse a media que comenzaba a recorrer la cresta de la cordillera.

—Buscar alternativas —respondió, dando un paso hacia abajo.

Bollux se deslizó, tropezó y desmoronó tierra por la ladera hasta el suelo de valle, moviéndose con la suspensión de piernas y brazos para evitar daños. Al final, se detuvo torpemente en medio de una avalancha menor. Permaneciendo erguido, se acercó a los robots de guerra, que se mantenían en la misma destellante formación. El cráneo del comandante de la guardia giró observando el avance de Bollux. Un gigantesco brazo se elevó, con los emplazamientos de las armas activándose.

—Alto. Identifíquese o será destruido.

Bollux contestó con los códigos de reconocimiento y autenticación de señales que había aprendido de las antiguas cintas de Skynx y sus registros especializados. El comandante de la guardia le estudió un momento, debatiendo si aquella extraña máquina debía ser extinguida, con códigos de reconocimiento o sin ellos. Pero los circuitos de deliberación de los robots de guerra eran limitados. Las armas volvieron a ocultarse.

—Aceptado. Declare su propósito.

Bollux, sin una programación diplomática formal, y sólo su experiencia para guiarlo, comenzó con vacilación.

—No deben atacar. Debe hacer caso omiso a sus órdenes; han sido dadas ilógicamente.

—Han sido dadas por el comandante en el podio. Debemos aceptarlas. Estamos programados; responderemos.

El cráneo volvió a girar y mirar hacia adelante, indicando que el tema no tenía más discusión.

Bollux siguió tenazmente.

—¡Xim está muerto! Esas órdenes están equivocadas; no provienen de él: ¡no pueden obedecerlas!

La cabeza se giró nuevamente hacia él, con sus fotorreceptores ópticos escrutándole sin mostrar emociones.

—Hermano de acero, nosotros somos los robots de guerra de Xim. No hay otra alternativa lógica.

—Los humanos no son infalibles. Si sigues esas ordenes, os conducirán a la destrucción. ¡Salvaos!

No podía aceptar que existiesen por su propia mano. El vocalizador resonó.

—Tanto si es cierto como si no, llevaremos a cabo nuestras órdenes. Somos los robots de guerra de Xim.

El comandante de la guardia volvió a mirar al frente.

—El tiempo de espera ha concluido. Apártese; ningún retraso más será tolerado.

Emitió un grupo de señales.

Las tropas de robots de guerra empezaron a marchar todos a la vez, meciendo los brazos. Bollux tuvo que saltar a un lado para evitar ser pisoteado por ellos. Las placas de su pecho se abrieron a medida que los veía marcharse.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Max Azul—. El capitán Solo y los demás estarán también allí.

Se produjo un temblor a pesar del modulador de voz de Bollux.

—Los robots de guerra tienen su programación incorporada. Y nosotros, amigo mío, nos tenemos a nosotros.

XIV

Se habían abierto camino por la cordillera pasando por encima el perímetro exterior del campamento minero cuando Han descubrió que Bollux no estaba con ellos. Han, encolerizado, se deslizó junto a una roca para echar una ojeada al campamento.

—Le dije a esa pequeña fábrica de mecanismos que necesitábamos que monitorizase en busca de sensores. Bien, tendremos que andar con cuidado.

Las sirenas empezaron a ulular a través del campamento. Los viajeros se tiraron al suelo de inmediato, pero Han se arriesgó a echar un vistazo: ahora que habían sido detectados, la información que tenían era más importante que esconderse. El campamento minero estaba alborotado como un nido de insectos. Humanos y otros seres andaban desordenadamente tratando de alcanzar los puestos de emergencia. Aquellos empleados que eran de fiar bajo el punto de vista de J'uoch estaban siendo armados y tomando posiciones defensivas. Los operarios fueron alineados por sus superintendentes para ser conducidos a través del puente y confinados en el área de barracones de la meseta.

Han no pudo divisar el sensor que habían activado, pero estaba claro que los habían localizado. Varios equipos de refuerzo estaban precipitándose hacia búnkeres que apuntaban hacia donde estaban escondidos.

Han vio el *Halcón Milenario* y bajo la corbeta ligera del campo minero otro navío, una pequeña nave estelar de exploración de elegantes líneas.

Repentinamente, una patrulla comenzó a ascender la colina para capturarlos; dos varones humanos con fusiles disruptores, w'iiri con cuernos plateados y seis patas manipulando un lanzagranadas y un drall de pelaje rojizo remolcando un lanzador de gas. Medio arrodillado, medio agachado sobre la roca, Han cogió el viejo Kell Mark II por su asa. Conociendo el retroceso del disparo de la antigua arma, se preparó psicológicamente antes de acariciar el gatillo. Energía azul brotó del cañón del Kell, trazando una ancha línea a través del muro de rocas debajo de ellos. Estuvo cerca de derrumbarse hacia atrás por el retroceso del Mark II, pero Chewbacca le sujetó. La roca chisporroteó, echó humo y chispas, y entonces se quebró en pedazos que cayeron cuesta abajo. La patrulla buscó cobertura frenéticamente.

—Eso debería bastar para mantenerlos alejados hasta que podamos hablar —sentenció Han.

Ahucando las manos junto a su boca, gritó.

—¡J'uoch! ¡Soy Solo! ¡Tenemos que hablar inmediatamente!

La voz de la mujer, amplificada por un megáfono, resonó desde uno de los búnkeres.

—¡Déme el disco del diario de a bordo y tire sus armas, Solo; son las únicas condiciones que conseguiré!

—Pero ella vio que no teníamos el disco —masculló Badure—. ¿No sabe que no pudimos recuperarlo de la caja acorazada?

Han respondió gritando.

—¡No tenemos tiempo para hablar, J'uoch; usted y su campamento están a punto de sufrir un ataque!

Repentinamente, se dejó caer hacia atrás cuando una andanada de disparos de armas cortas abrió fuego hacia la colina. Echándose hacia atrás, los viajeros agarraron firmemente sus cabezas, protegiéndolas mientras la energía y los proyectiles explotaban en la ladera. Las rocas hirvieron y explotaron; la metralla y las astillas volaron mientras los sonidos de los impactos y las explosiones destrozaban sus oídos.

—Creo que no va a entrar en razón —predijo Badure.

—Lo hará —contestó Han bruscamente, pensando en lo que le ocurriría a su nave si los robots invadían el campamento.

El tiroteo cesó un momento por alguna orden que no lograron escuchar, comenzando de nuevo aún con más fuerza.

—Afréntalo, Solo —le dijo Hasti sobre el estrépito.

—Quieren nuestros pellejos y nada más. La única vía que tenemos para alcanzar el *Halcón* es mientras los robots atacan el campamento.

—¿Cuando se estén enfrentando a la gente de J'uoch? ¡No podremos acercarnos ni dos metros!

En ese momento, el tiroteo cesó nuevamente y una voz gritó su nombre desde abajo.

Hasti le contempló alarmada.

—Solo, ¿qué pasa? Te acabas de poner blanco como el perma-hielo.

Han no le prestó atención, pero vio por la expresión de Chewbacca que el wookiee también había reconocido la voz de Gallandro, el pistolero.

—¡Solo! Baje y negocie como una persona razonable. Tenemos mucho que discutir, usted y yo.

La voz era serena, divertida.

Han se dio cuenta que el sudor comenzaba a aflorar de su frente a pesar del frío.

Una brusca sospecha le sobrevino; se asomó a la cordillera un instante, justamente lo suficiente para descargar el cañón del Mark II sobre la cresta. La patrulla estaba en movimiento, y otra se apresuraba a seguirla. Han apretó el gatillo y movió el cañón de un lado al otro. El rifle pesado de asalto era un producto de Dra II, fabricado para sus habitantes, que eran más pesados y fuertes debido a la gravedad alta del planeta. El retroceso del Mark II le hizo caer por segunda vez, pero no antes de que los rayos de poderosa energía condujesen a las patrullas nuevamente hacia la seguridad de las rocas.

—¡Dispersaos a lo largo de la cordillera o nos flanquearán! —ordenó Han.

Sus compañeros se apresuraron a obedecer a la vez que la voz de Gallandro volvía a sonar.

—Supe que no había muerto como un tonto en los restos de aquella vaina de la ciudad, Solo. Y supe que el *Halcón Milenario* le atraería hasta él costase lo que costase.

—Parece que lo sabes todo, ¿verdad? —contestó Han rápidamente.

—Excepto dónde está ese disco del diario de a bordo. Vamos, Solo; he cerrado un buen trato con la encantadora J'uoch. Haz lo mismo, no pongas las cosas más difíciles. Y no me hagas ir a buscarte.

—¿Qué es lo que te detiene, Gallandro? ¡No quedaría nada de ti, excepto esos pequeños abalorios del bigote!

Chewbacca y los demás habían empezado a disparar contra las patrullas, arrinconándolas por el momento, pero a Han le preocupaba la aeronave armada del campamento minero. No había terminado de pensarlo cuando escudriñando el cielo, vio una rápida y peligrosa figura descendiendo hacia ellos.

—¡Todo el mundo al suelo!

Una vaina espacial, gemela de la que habían destruido en la ciudad, hizo una pasada preliminar por la cordillera con sus cañones escupiendo ráfagas. La salva antipersonal levantó nubes de restos; Han pudo sentir el aire que acompañó el paso de la vaina en su descenso. Levantó su cabeza para ver qué daños habían sufrido. Por fortuna, su primera y precipitada pasada no había herido a nadie, pero estaban mal cubiertos en la cordillera; la siguiente pasada bien podría acabar con todos ellos.

Han tiró del rifle pesado de asalto hacia él con un gruñido de esfuerzo, levantándose y saliendo rápidamente hacia el claro sobre la cordillera.

En el campamento de abajo, Gallandro conferenciaba con J'uoch.

—Madame, haga volver su vaina; le recuerdo nuestro trato —le dijo con algo de impaciencia y cerca de una emoción a la que no estaba acostumbrado—. Solo es mío, no debe morir en un bombardeo aéreo.

Mirando con atención fuera del búnker, ella descartó su objeción con un ondeo de su mano.

—¿Qué importancia tiene mientras sea eliminado? Mi hermano está usando ráfagas antipersonales, el disco no resultará dañado.

El pistolero sonrió, reservando su contragolpe para un momento más apropiado. Gallandro tocó sus bigotes con un nudillo.

—Solo está bien armado, mi querida J'uoch. Podría sorprenderse con su inventiva, al igual que su hermano.

Han corrió a toda velocidad sobre el terreno al descubierto, manteniendo un ojo sobre algún refugio accesible. Sin embargo, impedido por el peso del Mark II, lo ajustó a máximo alcance y potencia a media que corría. Había pensado entregar el arma al wookiee y dejarle disparar a la vaina, pero el segundo oficial del *Halcón* tenía poca afinidad a ese tipo de armas. Prefería su arco.

Han escuchó a la vaina comenzar su segunda pasada. El hermano de J'uoch, Wall, se sumergió hacia el hombre al descubierto y huyendo. Han se metió de lleno en una depresión de roca, con el estrépito del Mark II cayendo junto a él. La vaina disparó al pasar, pero tan cerca de él que Han se encontraba en el punto muerto de los campos de las armas de fuego. Las ráfagas explotaron en largas líneas a ambos lados de él. Wall cesó el ataque, ajustando sus armas para la pasada final. Han se levantó, afianzó la culata del Mark II contra la roca y disparó. Aún así, el retroceso del rifle pesado de asalto lo hizo retroceder y girarse.

La vaina estaba fuera de alcance antes de que se hubiese colocado y ahora se inclinaba para una pasada que con certeza acabaría con su blanco. Han rodeó la roca y estiró las dos patas del Mark II. Sólo le quedaba una oportunidad; si fallaba, ya no tendría que preocuparse por el tesoro, Gallandro o el *Halcón*.

Volvió a recolocarse estirado en el suelo de modo que sus rodillas y la parte baja de su espalda estuviesen en línea con sus hombros, atrajo el Mark II y lo apoyó sobre sus patas. Colocó sus pies al contrario que las patas del arma, abrazándola fuertemente para balancearla. Miró de reojo hacia arriba a través del objetivo del rifle pesado de asalto. La vaina se abalanzaba nuevamente sobre él. Estimó el alcance en la mira y esperó hasta que escuchó la primera ráfaga de fuego de Wall. Luego, apuntaló el pesado Mark II con manos y pies, manteniéndolo estabilizado por primera vez.

El piloto de la vaina reconoció la amenaza demasiado tarde; su maniobra evasiva falló y el impacto del disparo del rifle pesado de asalto atrapó por completo la vaina ligera, abriendo una larga brecha en el fuselaje. El sistema de circuitos de control y los paneles de mando explotaron y un hueco cavernoso apareció en la carlinga de la cabina del piloto. La vaina se agitó y estremeció, fuera de control, y desapareció en un picado pronunciado, arrastrando tras de sí humo y llamas. Un instante después, la tierra tembló con el impacto.

—¡Wall! —gritó J'uoch hacia su hermano muerto mientras salía del búnker.

La vaina había explotado con el impacto y sus restos en llamas yacían desparramados a lo largo y ancho de la tierra.

Gallandro atrapó su brazo.

—Wall se ha ido —dijo el pistolero sin ninguna simpatía en particular—. Ahora, haremos las cosas como originalmente habíamos acordado. Tus fuerzas de tierra los flanquearán y los haremos salir a la fuerza para capturarlos vivos.

Ella retorció su brazo liberándolo e hirviendo en furia.

—¡Mató a mi hermano! ¡Cogeré a Solo aunque tenga que destrozar esas montañas!

Ella cambió de dirección y llamó al gigantesco Egome Fass, quien impasiblemente aguardaba sus órdenes.

—Llama a la tripulación de la corbeta y prepara las baterías principales.

Estaba a punto de apartarse de él, cuando un sonido poco familiar ascendió sobre la furia de la destrucción de la vaina, deteniéndola.

—¿Qué es eso?

Gallandro también lo había escuchado, al igual que Egome Fass y todos los demás en el campamento. Era una pulsación estable, sacudiendo la tierra; el golpeteo de pies de metal.

La columna de robots de guerra de Xim comparecía a lo largo del perímetro del campamento minero; habiendo terminado su larga marcha por la hondonada desde su lugar de reunión. Venían en relucientes filas, mecido sus brazos e imparables. Cuando el comandante de la guardia dio la señal para romper las filas cerradas, se desplegaron a través del lugar para comenzar la devastación.

J'uoch, con una mirada fija de asombro, no se creía completamente lo que estaba viendo.

Gallandro, manoseando uno de los abalorios de oro de su bigote, trató de permanecer calmado.

—Parece que Solo estaba diciendo la verdad después de todo.

Arriba, en la cordillera, Chewbacca llamó a gritos al exhausto Han indicando el campamento. Han cansadamente se movió hacia la pendiente de la cordillera y se

unió a sus compañeros en la visión de una escena de caos absoluto. Su presencia había pasado al olvido tanto por las patrullas, como por los equipos de ataque y los otros defensores del campamento.

Los robots de guerra, fieles a sus instrucciones, se movían para erradicar absolutamente todo en su camino.

Lo primero en sentir el poder de los robots de guerra fue un edificio en forma de cúpula que alojaba los talleres de reparaciones. Han vio a un robot aplastar la puerta de entrada a la cúpula, mientras una docena de sus congéneres se disponían a forzar las gigantescas puertas giratorias. Pedazos de metal del cerrojo cedieron y un grupo de la perfecta guardia de Xim se movió hacia el interior de la cúpula, arrasando áreas de trabajo, equipo pesado, grúas, cabrestantes, y disparando con sus armas incorporadas en sus brazos metálicos.

Rayos de energía y de partículas brillaron intermitentemente, creando sombras extrañas en el interior de la cúpula. El edificio brillaba a través de los agujeros abiertos por los disparos. El fuego de los robots perforó la cúpula, abriéndola al cielo. Más de ellos, entraron para hacer pedazos todo lo que encontraban.

Pasaba lo mismo en cualquier lugar del vasto campamento minero; los robots de guerra, con su limitado razonamiento, ejecutaban sus órdenes al pie de la letra, dedicando su atención a devastar maquinaria, edificios y personal.

Compañías enteras de máquinas de guerra se movían entre las abandonadas auto tolvas mineras, agujereadores de tierra, motores de remolque y excavadoras. Los autómatas hacían explotar todo y abrían fuego por todas partes, empleando al máximo su tremendo poderío.

Uno solo de ellos era suficiente para reducir un vehículo pequeño a escombros en un momento; para equipos de mayor tamaño, cooperaban en grupos. Las orugas de las excavadoras fueron arrancadas, vehículos completos alzados del suelo, sus ejes rotos y sus ruedas arrancadas, antes de dejarlos caer nuevamente, los motores eran arrancados bruscamente de su compartimiento como si fuesen juguetes.

Un batallón se movió hacia una barcaza de transporte que contenía el último embarque de mineral refinado; los robots la desguazaron, la aplastaron y le dispararon, destruyéndola completamente y lanzando los restos a un lado.

Entretanto, otros atacaron a los empleados del campamento en un combate decidido de antemano; convirtiendo el campamento minero en una escena de caos increíble.

Los robots de guerra inundaban el campo de trabajo.

—Van hacia el *Halcón* —gritó Han, saliendo a la carga cordillera abajo.

Los gritos de advertencia de Badure fueron ignorados. Chewbacca salió corriendo detrás de su socio; Badure salió corriendo también, seguido por Hasti. Skynx se quedó solo, siguiéndolos con la mirada; aunque ir tras sus amigos era un camino seguro para no alcanzar nunca el estado de crisálida, se dio cuenta de que se había convertido en parte de aquel grupo y se sentía agudamente incompleto sin ellos. Abandonando la prudencia ruuriana, onduló detrás de los otros.

Al pie de la cuesta, Han encontró su camino bloqueado por uno de los robots. Acababa de terminar de demoler uno de los búnkeres, pateando las paredes moldeadas por fusión y convirtiéndolas en escombros, arrojando a los lados los fragmentos mayores.

El robot se volvió hacia él, con sus fotorreceptores ópticos expandiéndose a medida que se ajustaban. Levantó y apuntó las armas de su brazo. Han subió rápidamente el rifle pesado de asalto y disparó, empujándole hacia atrás el retroceso del arma. El rayo azul resplandeció sobre el brillante pecho de espejo.

La máquina dio un paso hacia atrás con una violenta explosión electrónica que le desgarró. Han apuntó hacia donde el cráneo se unía al cuerpo blindado. La cabeza se desprendió, cayendo a un lado mientras humo y llamas salían a borbotones del cuerpo decapitado. Han volvió a disparar el arma pero el rayo del Mark II surgió débilmente; el arma estaba virtualmente descargada, pero había servido para tumbar al robot, el cual aterrizó con un sonoro estrépito. Más robots de guerra estaban convergiendo en aquella parte del campamento.

Chewbacca descendió hasta el nivel del suelo, arrastrando polvo y pequeñas piedras, justamente cuando otro robot se abalanzaba sobre Han. El wookiee llevó su arco de energía hacia su hombro y apuntó, pero su disparo rebotó contra la dura coraza del pecho del robot; había olvidado que su arma aún estaba cargada con munición convencional en lugar de explosiva. Han tiró a un lado el inservible rifle de asalto y sacó su bláster, colocándolo a máxima potencia. Chewbacca dio un paso atrás, quitando el cargador de su arma y cogiendo uno explosivo de su bandolera de municiones. Han dio un paso hacia adelante para cubrirle con una rápida sucesión de fuego. Disparó rayo tras rayo con gran concentración hacia el cráneo del robot. Cuatro rondas de disparos de bláster detuvieron a la máquina justamente cuando disparaba en respuesta. Han esquivó el rayo que dividió el aire donde había estado un momento antes. Cuando el robot cayó, otro rayo siguió un arco rápido hacia arriba a medida que caía.

Los defensores que estaban suficientemente bien armados oponían una dura resistencia con lanzacohetes, lanzagranadas, armas pesadas y armamento pequeño.

Seres vivos y robots de guerra descargaban una tormenta de energía, explosivos y fuego.

Cuatro robots levantaron el techo reforzado de un búnker y los defensores les dispararon frenéticamente. Usando rifles de repetición, los hombres arrancaron pedazos de tierra e hicieron estallar partes de las máquinas cuando los atacaban. Más robots se acercaron para participar; los empleados, con los cañones al rojo vivo, volvieron a abrir fuego en un frenesí causando bajas terribles. Pero a pesar de que muchos utilizaron hasta sus armas de mano en el desesperado intento de evitar la invasión, sin el techo fueron flanqueados y desaparecieron ante una pared de destellantes enemigos.

No lejos de allí, una docena de empleados de J'uoch había formado una línea con tres frentes, concentrándose en cualquier robot que se aproximaba logrando así preservar sus vidas. En otro lado, los mineros aislados se abrían camino entre las rocas altas de las laderas intercambiando un fervoroso fuego con los robots que no podían sortear la inclinación. Pero muchos de los empleados del campamento estaban solos, desarmados ó rodeados. La batalla era más seria y feroz allí; la implacabilidad sin igual de los robots contra la furiosa determinación de los seres vivos. Humanos, humanoides y otros seres esquivaban, evadían, corrían y se oponían a los robots como mejor podían. Los robots de guerra

simplemente avanzaban, venciendo obstáculos o siendo destruidos, sin ningún intento de autopreservación.

Han vio a un rechoncho maltorrano acercarse corriendo por detrás a un robot con un taladro láser pesado acunado en sus brazos presionándolo contra la espalda de la máquina. El robot explotó, haciendo estallar el taladro por la retroalimentación y matando al maltorrano.

Dos técnicos mineros, un par de mujeres humanas; habían llegado a un agujereador de tierra y hacían un esfuerzo por romper las líneas de robots, aplastando a muchos de ellos bajo las tremendas orugas del vehículo minero y haciendo maniobras para evitar sus armas. Pero rápidamente, el fuego de muchos robots convergió sobre ellas, encontrando el motor del agujereador de tierra. El vehículo minero estalló con una explosión ensordecedora: por otro lado, Han vio a un robot enfrentándose con tres w'iiri que se habían abalanzado sobre él, desgarrándolo con sus propias tenazas. La máquina se los quitó de encima uno a uno, haciéndolos pedazos y tirándolos a un lado, heridos o muertos. Un momento después, el robot perdió el equilibrio, desactivándose por los daños que le habían inflingido.

—¡Nunca llegaremos al *Halcón*! —gritó Badure a Han—. ¡Salgamos de aquí!

Más robots estaban aproximándose, e intentó volver a subir la pronunciada cordillera, lo que bajo fuego enemigo era casi imposible.

El viejo dijo:

—¡Podemos retirarnos a través del puente y cubrirnos entre las barracas!

Han recorrió con la mirada la grieta.

—Es un callejón sin salida; no hay otro camino para salir de esta meseta.

Consideró hacer estallar el puente detrás de ellos, pero eso sólo podría hacerse con las armas del *Halcón Milenario* o de la corbeta.

La última estaba bajo ataque. Un anillo de docenas de robots de guerra se había formado alrededor de ella, disparando furiosamente mientras los motores de la nave se esforzaban por elevarla y sus baterías principales contestaban con entusiasmo a los atacantes. Muchas de las armas de los robots se silenciaban, con sus cargadores agotados, pero más máquinas se reunían alrededor de la corbeta ligera a cada momento. Aunque las salvas del navío borrraban entre cinco y diez robots de un solo disparo, haciéndolos volar en montones de ruinas enmarañadas, las máquinas de Xim continuaron aglomerándose sobre ella, con las armas de sus brazos resplandeciendo y manteniendo sus posiciones. Pronto, cientos de ellos se habían reunido allí.

Otros concentraron su atención en el explorador de Gallandro, cortando en tiras su casco. La corbeta ligera ascendió inestablemente, con sus escudos al mínimo por el fuego concentrado, y sus armas pesadas disparando de un lado a otro. Justamente en el momento en que parecía que iba a salvarse, uno de los escudos defensivos quedó inoperante; después de todo, la corbeta ligera era una vieja nave industrial, y no una de combate. El navío se convirtió en una brillante bola incandescente, arrojando fragmentos de casco y metal fundido hacia la grieta que separaba los dos lados del campamento minero. La explosión tiró al suelo a los combatientes, tanto seres vivos como robots.

Han se puso en pie al instante, corriendo hacia el *Halcón* con su bláster en la mano, sabiendo que le ocurriría lo mismo a su amada nave.

Al igual que alguien más.

A través del campo de batalla, un anillo de robots de guerra estaba acercándose al carguero modificado, preparándose para demolerlo, con sus brazos levantados y las portillas de las armas abiertas.

Otros apartaban de un empujón y hacia la orilla de la grieta la ruina en que se había convertido el explorador de Gallandro.

Una máquina más pequeña que ellas, les cerró el paso al *Halcón Milenario*, pareciendo frágil y vulnerable.

Las placas del pecho de Bollux estaban abiertas y el fotorreceptor de Max Azul miraba hacia adelante. De su vocalizador, brotaron las señales aprendidas de las cintas de Skynx, amplificadas por el mecanismo que Bollux había traído del podio. El avance se detuvo; los robots de guerra esperaron confusos e incapaces de resolver las conflictivas órdenes. El comandante de la guardia apareció, con la calavera de Xim brillando sobre las placas de su pecho.

Se inclinó amenazadoramente sobre Bollux.

—Apártese; todo debe ser destruido.

—No esta nave —dijo Max utilizando las señales de la comandancia—. Esta debe permanecer intacta.

El robot de altura imponente, estudió a las dos máquinas.

—Esas no fueron nuestras órdenes.

La voz de Max surgió potentemente amplificada a través del mecanismo cogido del podio.

—¡Las órdenes pueden ser modificadas!

El grueso brazo subió, y Bollux se preparó para el final de su larga existencia. Pero en lugar de eso, un dedo metálico indicó el *Halcón*, y surgió una orden.

—Descarten esa nave.

Con señales de reconocimiento, los otros robots se movieron.

El comandante de la guardia seguía inclinado sobre el droide y el módulo de la computadora.

—Aún no estoy seguro de ustedes dos, máquinas. ¿Quiénes son?

—«Topes para puertas», si escucha la opinión de nuestro capitán —dijo Max Azul.

El comandante de la guardia se alzó con sorpresa.

—¿Humor? ¿Eso fue humor? ¿En qué se han convertido las máquinas? ¿Qué clase de autómata eres tú?

—Somos hermanos de acero —interpuso Bollux.

El comandante de la guardia no hizo ningún comentario más, y continuó su camino.

Las olas de robots habían frustrado el esfuerzo de Han de alcanzar su nave. Uno, pasando por encima de los restos de una pistola y de la mano que la empuñaba, avanzó hacia el piloto. Han miraba hacia otro sitio, disparando y ayudando a Hasti a derribar un robot que se acercaba desde la dirección opuesta. El disparo de Han golpeó el cráneo; Hasti, menos experimentada, bañó el torso y las extremidades con una descabellada rociada.

Badure disparaba contra otro con sus pistolas de largos cañones. Chewbacca se interpuso en el camino del robot y apretó el gatillo de su arco de energía. Sus

disparos explotaron contra la armadura del pecho del robot, agujereándolo pero no deteniéndolo. El wookiee se mantuvo firme, recargando el arco de energía y disparando dos veces más, esta vez golpeando la cabeza y la cintura del robot. La máquina seguía avanzando implacablemente. Sus brazos armados se levantaron, pero su energía se había reducido drásticamente en el combate.

Chewbacca dio un paso atrás, topándose con Han que aún disparaba hacia otro lado. Entonces, el robot perdió el equilibrio hacia adelante. Chewbacca, bajo la sombra del robot, podría haberse apartado, pero se dio cuenta que Han no había notado el inminente peligro. El wookiee apartó de un empujón al piloto a un lado con un barrido de su peludo brazo, pero fracasó en su intento de liberarse del titubeante robot. Le cayó encima, inmovilizándole el brazo derecho y la pierna. Skynx corrió a toda velocidad hacia él y comenzó a tirar ineficazmente del wookiee. Otro robot escogió ese momento para pasar por encima del que Han y Hasti habían derribado.

Debido a que el disruptor de Hasti estaba agotado, Han se adelantó, dándose cuenta de que una pulsación silenciosa procedente de su mano le indicaba que su bláster también estaba descargado. Giró y llamó a su socio; entonces, vio al wookiee retorciéndose y tratando de liberarse de debajo del robot caído.

Chewbacca hizo una pausa en su intento de liberarse para lanzar al aire el arco de energía. Han lo atrapó, giró sobre sí mismo, se dejó caer sobre una rodilla y presionó la culata contra el hombro pegando el arma a su mejilla. Apretó el gatillo y la carga explosiva golpeó contra la juntura entre el hombro y el brazo de la máquina. La extremidad de metal cayó al suelo y el robot se estremeció, pero continuó acercándose. Han intentó recargar el arco de energía, pero se encontró, al igual que el hombre de la ciudad, con que su fuerza humana era insuficiente para hacerlo.

Se quedó dudando cuando trataba de apartarse de su camino; Chewbacca permanecía atrapado detrás de él. Badure, a cierta distancia, no pudo escuchar los gritos de Han pidiendo ayuda. Hasti disparó la única arma que le quedaba, el lanzador de dardos, pero vació el cargador entero sobre la máquina sin ningún resultado. Han evitó los esfuerzos de Chewbacca por empujarle fuera de allí e intercambió de mano el arco de energía, preparándose para una última defensa desesperada.

XV

El robot de guerra pareció bloquear la visión del cielo; una máquina salida de una pesadilla. Pero salvajemente, su cráneo voló en pedazos con una explosión de circuitos chamuscados y resquebrajando de su fuente de energía, cuando un rayo perfectamente apuntado encontró su punto más vulnerable. Han apenas tuvo la prudencia de retroceder un paso, casi pisando a Chewbacca, cuando el autómatas cayó a sus pies como un árbol viejo. Dio un salto sobre la espalda del robot, escudriñando el campo de batalla. A lo lejos, había una forma vestida de gris.

—¡Gallandro!

El pistolero le dio una escueta sonrisa, una que no pudo interpretar. Han se quedó en blanco, luego, recordó que su bláster estaba descargado.

En ese preciso momento, un robot apareció por detrás de Gallandro, abalanzándose sobre él con sus anchos brazos. Han, casi inconscientemente, señaló con el dedo y le gritó una advertencia. El pistolero estaba demasiado lejos para escucharle, pero vio la expresión de Han y entendió. Se giró y se agachó rápida e instintivamente. El robot falló un demoledor golpe.

Con un despliegue increíble de agilidad y reflejos, Gallandro estiró el brazo y se subió a la espalda del robot, al mismo tiempo que colocaba dos rápidos disparos en su cabeza. Soltándose, aterrizó ágilmente disparando un último rayo al robot a medida que caía. Han vio el acontecimiento con temor. Con diferencia, la máquina más peligrosa allí era Gallandro. El pistolero le dio a Han una reverencia irónica y una sonrisa burlona; luego, como un fantasma, desapareció otra vez en la batalla.

El aire estaba caliente por la cantidad de energía desatada. Con la ayuda de Skynx, Badure y Han, Chewbacca había conseguido liberarse del robot caído, mientras Hasti permanecía vigilante y muy nerviosa. Recuperando su arco de energía, el wookiee hizo un rápido movimiento hacia el robot que había estado a punto de acabar con Han y rugió una pregunta.

—Fue él, Gallandro —dijo Han a su socio—. Un disparo preciso desde cincuenta, tal vez sesenta metros.

El wookiee sacudió su cabeza desconcertado, haciendo volar su melena. No había otro sitio al que ir excepto el área de barracas del campamento, al otro lado del puente.

—¿Quieren dejar de hablar y emprender la marcha? —les llamó Hasti—. Nos rodearán si no nos apresuramos.

Comenzaron a caminar hacia el puente de la mejor forma que pudieron, medio trotando, cada uno de ellos sufriendo un número de heridas y lesiones menores. Se movieron en un anillo defensivo; Badure dirigiendo con sus pistolas de energía, Hasti a la derecha, Skynx a la izquierda y Han y Chewbacca cubriendo la retaguardia, caminando de espaldas y de lado. Una voz metálica gritó el nombre de Han.

Bollux en cierto modo, inyectó un inmenso alivio en su voz arrastrada.

—Estamos contentos de que todos estén a salvo. El *Halcón Milenario* está ileso, al menos por ahora, pero no se cuanto tiempo durará eso. Desafortunadamente, es imposible acceder a él ahora mismo.

Han quiso saber exactamente qué quería decir con eso, pero Bollux le interrumpió.

—No hay tiempo para eso ahora. Cuento con los medios para remediar nuestra situación, señor —dijo al piloto, volviendo a instalarse el equipo de señales que había cogido del podio de comandancia de los robots—. Pero tendrán que llegar al otro lado del puente antes de que pueda usarlo.

—¡De acuerdo, Bollux! ¡Muy bien, todo el mundo arañando la grava!

Se fueron apresuradamente.

El ataque no había llegado al puente aún, pero la resistencia se desmoronaba emocionalmente muy rápido. En la entrada del puente Bollux hizo una pausa.

—Me quedaré aquí, señor. El resto de ustedes deben cruzar.

Han miró alrededor.

—¿Que es lo que vas a hacer? ¿Persuadirlos para que se suiciden? Estarás mejor con nosotros; iremos hacia las tierras altas de la meseta.

Con una extraña sinceridad, el droide rehusó.

—Gracias por su preocupación, señor; Max y yo nos sentimos halagados. Pero no tenemos intención de ser destruidos, se lo aseguro.

Han se sintió ridículo por reñir a un droide, pero insistió.

—Este no es momento para ponerse noble, viejo.

Viendo a los robots convergiendo sobre ellos, Bollux perseveró.

—Realmente debo insistirles en que se vayan, señor. Nuestra programación básica nos impide a Max ni a mí verles sufrir daños.

Se fueron de mala gana. Hasti caminó con el cansado Skynx a su lado. Badure palmeó el duro hombro del droide y caminó pesadamente, y Chewbacca ondeó una pata hacia el droide.

—Cuida de Max —dijo Han—, y no te arriesgues, viejo.

Bollux les vio irse, y luego buscó entre las grandes rocas un lugar para ocultarse a ese lado del puente.

Han y sus compañeros avanzaron con dificultad y cansadamente a través del puente entre otros supervivientes del violento ataque de los robots y que se replegaban ahora a la última posición.

En el punto medio del puente se toparon con el cuerpo sin vida de un técnico minero que no había logrado completar el viaje, un t'rinn cuyo brillante plumaje estaba achicharrado y quemado por la batalla. Han cogió delicadamente un lanzacohetes de sus garras sin vida; el arma aún contenía la mitad de su reserva de cohetes. Se estaba incorporando cuando una figura se separó de la corriente de mineros que se retiraba y le atacó, haciendo girar una pistola descargada.

—¡Asesino! —gritó J'uocho, con su primer golpe rozando la oreja del piloto antes de que se Han se diese cuenta de su ataque—. ¡Mataste a mi hermano! ¡Te mataré, animal asqueroso!

Asombrado, se echó hacia atrás esquivando los golpes que llovían de ella con el antebrazo en alto.

Chewbacca podría haberle quitado la mujer histérica de encima a su amigo, pero en el mismo momento, fue golpeado desde atrás por un duro y grueso antebrazo. El wookiee cayó de rodillas, perdiendo su arco de energía cuando un

peso enorme cayó sobre él; Egome Fass, el ejecutor. Las dos enormes criaturas se revolcaron, forcejeando, y desgarrándose el uno al otro.

Los mineros que huían esquivaron las peleas, solamente preocupándose por mantenerse vivos. Badure, debilitado por la dura prueba, ondeó una indecisa pistola de energía hacia J'uoch. Antes de que pudiese disparar, Hasti se había lanzado contra la mujer que había asesinado a su hermana Lanni. Dieron vueltas y pelearon, tirándose del pelo y dándose patadas, encontrando fuerzas en su mutuo odio. Badure levantó a Han. A medida que J'uoch rodeaba el cuello de Hasti con su antebrazo, Hasti se retorció liberándose del abrazo, se dejó caer y rodó, colocando su cabeza para una embestida. Golpeó a J'uoch en el estómago, empujándola hacia atrás con sus pies agitándose. J'uoch chocó contra la barandilla del puente perdiendo el equilibrio. Cayó gritando, con su mono ondeando y moviéndose agitadamente. El impulso de Hasti también la había llevado a medio camino de caer por la barandilla. Badure llegó al momento para tirar de ella hacia la barandilla, agarrándola por la ropa. Hasti sollozó tratando de volver a respirar, con el pulso dislocado.

Luego, escuchó un rugido que nunca antes había escuchado; Chewbacca y Egome Fass habían desatado la guerra. Era la segunda vez que el ejecutor de J'uoch golpeaba al wookiee por detrás. Lo que el segundo oficial del *Halcón* sentía sólo podía describirse como un insulto. Han apartó a Badure cuando el viejo iba a disparar a Egome Fass. Los dos daban puñetazos y se aferraban el uno al otro mientras Han se recostó sobre la barandilla para observar un combate de honor.

—¿Es que no vas a ayudarlo? —jadeó Hasti con su cara mostrando los rasguños y las rozaduras de su propio combate.

—Chewie no valoraría eso —le dijo Han, conservando un ojo en la reunión de robots en el extremo del puente; pero cogió una de las pistolas del cinturón de Badure por si la pelea no se desarrollaba como debería.

Egome Fass había conseguido mantener una presa sobre Chewbacca. En vez de retorcerse para liberarse o utilizar algún truco sucio, el wookiee escogió cerrar ambas manos sobre el brazo de su adversario y girarlo en una competición de fuerza pura. Egome Fass era mas voluminoso, Chewbacca más ágil, pero la cuestión era quién tenía más fuerza bruta. Sus brazos se estremecieron y los músculos se endurecieron en sus espaldas. Poco a poco el brazo fue retirado de la garganta de Chewbacca. El wookiee mostró sus colmillos en un salvaje triunfo y se liberó del agarre. Pero Egome Fass no había terminado con su prueba de fuerza. Se lanzó sobre su antagonista en un estrangulamiento mortífero.

Chewbacca lo permitió. Se tambalearon de un lado a otro, primero los pies del wookiee dejaron el suelo del puente, después los del ejecutor, ambos aplicando su espantosa fuerza muscular.

Los pies de Egome Fass fueron levantados del puente y quedó suspendido en esa posición cuando el wookiee lo mantuvo en alto, con los músculos de su espalda tensos como cables bajo su peluda piel. El forcejeo del ejecutor se volvió más frenético, y menos agresivo. El pánico avanzaba lentamente en sus movimientos. Entonces se produjo un crujido, y el cuerpo de Egome Fass quedó inerte. Chewbacca dejó su furia y el ejecutor se deslizó fláccidamente sobre la superficie del puente.

El wookiee tuvo que apoyar una pata sobre uno de los soportes para poder sostenerse a sí mismo.

Han columpió el lanzacohetes sobre un hombro.

—¡Te estas haciendo viejo; dos intentos para poner fuera de combate a un holgazán como ese!

Se rió y cariñosamente golpeó el hombro del wookiee.

—¡Basta, basta! —protestó Skynx, tirando de la costura roja de su pantalón—. Los robots están preparados para atacar; Bollux dijo que debíamos estar al otro lado del puente.

Han no sabía cuanto tiempo podría el droide detener a la horda de acero, pero él y los demás cumplieron las súplicas de Skynx.

No había nadie que los apoyase al final del puente. Los mineros que habían alcanzado la relativa seguridad se habían metido en las barracas, los edificios o habían encontrado lugares seguros entre las rocas. Han se detuvo tan pronto como sus botas dejaron de pisar el puente. Se sentó sobre la tierra, mirando a través del puente.

—Podemos enfrentarnos a ellos desde aquí.

Nadie hizo objeciones. Badure dio a Hasti una de sus pistolas, mientras Chewbacca colocaba un cargador nuevo en su arco de energía. Hasti puso un brazo alrededor del cuello de Han y le besó en la mejilla.

—Eso es por el intento —le explicó.

Bollux se agazapó en el conjunto de grandes rocas al otro lado del puente.

El área de explotación minera estaba completamente devastada. La maquinaria había sido arrasada y los edificios aplastados, y no se veían signos de vida.

El comandante de la guardia había reunido a todas sus fuerzas con sus sonidos agudos. La resistencia había sido aplastada; todo lo que quedaba era arrasar el área de barracas al otro lado del puente; sería la culminación exitosa de su primer combate en generaciones.

Bollux esperó y trató de no interferir. Habría sido inútil y lo sabía; no eran tan diferentes de él. Los robots se congregaron alrededor de su comandante por centenares. El comandante de la guardia señaló el camino con un largo y destellante brazo metálico, brillando como una estatua de la muerte blanco-azulada. Se dirigió hacia el puente, con sus impresionantes tropas detrás de él.

Mientras los robots de guerra llegaban a su altura, y a punto de poner sus pies sobre el puente, Bollux accionó la señal de mando que había traído del podio. El comandante de la guardia comenzó un paso de desfile a medida que le llegaron las órdenes. No las cuestionó; la orden era automática, militar, y formaba parte de ellos mismos por lo que no la pusieron en duda o desconfiaron de ella. Así fueron contruidos.

Detrás de su comandante, los otros robots de guerra respondieron a la orden igualmente, colocándose en grupos de diez al compás de su líder. Entrando en el embudo formado por el puente, sus filas lo llenaban por completo de lado a lado. Marcharon con una precisión meticulosa; sus pies de metal con paso firme y sus brazos moviéndose al unísono.

—¿Funcionará? —preguntó Bollux a su amigo.

Max Azul sintonizó sus receptores de audio, escuchando cuidadosamente, y advirtiéndole al droide para que no le molestase en ese crítico momento. Bajo las instrucciones de Max, Bollux ajustó el tiempo de la marcha, forzando una vibración creada por el paso de los robots hasta la propia frecuencia natural del puente, creando una poderosa resonancia.

Los robots de guerra marcharon hacia la batalla por su Jefe Supremo, muerto hacía generaciones. El puente comenzó a temblar, levantándose un polvo que formaba una neblina bajo sus pasos unificados. Las maderas reverberaron, y las conexiones y los cables se tensaron; la perfección de su marcha convirtió a los robots en un martillo único, de inimaginable poder. Más de ellos abordaron el puente cogiendo el paso y acrecentando las vibraciones. Al fin, el propio puente crujió bajo ellos cuando Max encontró el tono perfecto. Todos los robots estaban en el puente, sin pensamientos de llegar al otro lado y atacar al enemigo.

Han y los otros se pusieron de pie, esperando.

—Supongo que Bollux no habrá podido llevar a cabo su plan —dijo Han.

La larga fila, después de su destellante líder, había crecido.

—Tendremos que retroceder.

—No hay mucho espacio para eso —le recordó Hasti tristemente.

El no respondió.

Repentinamente Skynx exclamó:

—¡Mirad!

Han lo hizo, sintiendo una profunda vibración a través de sus botas. El puente estaba vibrando a tiempo con la marcha de los robots, con sus maderas rechinando y crujiendo por el castigo que no podían absorber. Los pies golpeaban el puente y los robots marcharon adelante. Entonces, se produjo un chasquido; la vibración había alcanzado un punto que el puente no podía soportar. Un madero se dobló y giró sobre su apoyo de metal. Los apoyos no pudieron soportar la vibración y la madera se torció y partió. Todos los soportes de respaldo de aquel lado del puente cedieron terreno. Se produjeron sonidos electrónicos de desasosiego de los robots de guerra y el traqueteo de los remaches envejecidos que unían las maderas al saltar.

En un momento, la totalidad de la congregación de robots quedó condenada; los robots y el puente quedaron momentáneamente suspendidos en el vacío. Entonces, todo cayó a la grieta con un estruendo enorme, levantando nubes de polvo de las rocas con el ruido del impacto tirando a Han hacia atrás. Quitándose el polvo de sus ojos y escupiendo, Han volvió a la orilla de la grieta. Entre el humo y el polvo, pudo ver fragmentos del puente y el brillo de las armaduras aplastadas, llamas procedentes de los sistemas de circuitos, baterías sobrecargadas, cuerpos destruidos y armas cortocircuitadas.

Repentinamente, Bollux apareció al otro lado de la grieta rígidamente, haciendo gestos con la mano, habiéndose librado.

Han le devolvió el saludo, riéndose.

Desde ahora, estos dos son miembros completos de mi tripulación.

Un nuevo sonido le hizo mirar alrededor sorprendido y enojado, pronunciando un juramento corelliano. El *Halcón Milenario* estaba despegando. Se levantó bajo el fuerte estruendo de sus propulsores, girando sobre el abismo. Han y

Chewbacca observaban desesperados como su nave se movía rápidamente frente a sus narices a pesar de todos sus esfuerzos. Pero el carguero descendió suavemente en su lado de la grieta. Se acercaron a ella a medida que descendía su rampa principal situada debajo y por detrás de la cabina del piloto. La escotilla principal se abrió y allí estaba Gallandro. Les dio la bienvenida con una sonrisa, con su arma visiblemente enfundada. Su fina ropa y su bella bufanda estaban sucias, pero aparte de eso, reflexionó Han, no parecía que se hubiera abierto paso entre una horda de robots de guerra.

El pistolero hizo una reverencia burlona.

—Me vi obligado a hacerme el muerto entre los cadáveres; no podía llegar a la nave, hasta que los robots se marchasen o recibiese algo de ayuda. ¡Solo, esos droides suyos no tienen precio! —Su sonrisa desapareció—. Conque el tesoro de Xim, ¿eh? Siempre estás embarcado en apuestas altas; mis respetos.

—¿Me has perseguido hasta los límites del Sector Corporativo para decirme eso?

Chewbacca apuntaba su arco de energía hacia Gallandro, pero Han sabía que ni eso era garantía contra la increíble agilidad de aquel hombre.

El pistolero movió irónicamente su boca.

—No originalmente. Estaba más bien molesto por nuestro anterior encuentro. Pero soy un hombre razonable; estoy dispuesto a dejar eso de lado si veo una parte del dinero. Dame una parte completa del tesoro y olvidaré el rencor. Recuperaras tu nave, ¿no me digas que no te parece un trato justo?

Han continuaba desconfiando.

—¿De pronto estás preparado para besarme y hacer las paces?

—El tesoro, Solo, el tesoro. Las riquezas de Xim comprarían el afecto de cualquiera. El resto de las consideraciones son secundarias; seguramente, estarás de acuerdo con esa filosofía, ¿verdad?

Han estaba confundido.

Hasti, que había subido a bordo detrás de él, dijo:

—¡No confíes en él!

Gallandro movió sus ojos azules hacia ella.

—¡Ah, la jovencita! Si él no acepta mi oferta, entonces compartirás su destino, querida. —Su voz sonó fría, evaporando su teatralidad—. Decide —ordenó a Han tajantemente.

Los defensores comenzaban a emerger de las barracas, habiendo visto el puente caer y el aterrizaje de la nave. En unos momentos, la huída podría ser más complicada.

Han extendió la mano y bajó el arco de energía de Chewbacca.

—Todo el mundo a bordo; estamos nuevamente en activo.

En momentos habían levantado el vuelo con Han en los controles, maldiciendo a los técnicos que habían desmantelado la nave en busca del disco del diario de a bordo y la habían reensamblado inexpertamente.

—¿Por qué volvería J'uocho a reparar la nave de nuevo? —preguntó Badure.

—Tenía la idea de utilizarla para ella o venderla —aclaró Gallandro—. Trató de hacerme creer una pobre historia acerca de un desacuerdo con ustedes, pero

considerando las cosas que había descubierto acerca de sus acciones, la verdad es que no fue difícil adivinarlo.

Han colocó la nave gravitando sobre el campamento.

—¿Qué hay de los mineros, los que han sobrevivido? —preguntó Hasti.

—Tienen comida, armas y suministros —dijo Badure—. Pueden aguantar hasta que una nave aparezca, o tratar de llegar a la ciudad.

Han estaba descendiendo el *Halcón* en el otro lado de la grieta. Una destellante forma metálica esperaba allí. Chewbacca, como de costumbre, dejó subir a Bollux a bordo.

—Como tú dices —se encontró Han diciéndole defensivamente a Gallandro—, son droides valiosos.

—Dije sin precio —le corrigió Gallandro—. Ahora que somos camaradas, nunca te ofendería sugiriendo que te has ablandado. ¿Puedo preguntar cuál es nuestro próximo movimiento?

—Nos encargaremos de obtener algo de información —declaró Han, levantando nuevamente el vuelo—. Interrogaremos al personal indígena sobre información táctica. Vamos a hacer sudar a unos locales y descubrir de qué va todo esto.

Los supervivientes que habían activado a los robots de guerra habían decidido escapar en un gran aerodeslizador en lugar de desplegarse por las llanuras en varios grupos. Unas pocas pasadas del *Halcón* y una andanada de la torreta artillera de la barriga de la nave los detuvo. Tiraron al suelo sus armas y esperaron.

Han, prudentemente, dejó a Chewbacca en los controles. Él y los demás, con las armas recargadas, fueron a encontrarse con los supervivientes. Hasti fue la primera en bajar la rampa, ondeó su pistola hacia ellos gritando, y arrastró a uno sacándolo del aerodeslizador. Han y Badure tuvieron que quitársela de encima al hombre, mientras Gallandro observaba la escena divertido y Skynx permanecía confundido.

—¡Es él, te lo dije! —gritó ella, esforzándose para ir hacia el asustado hombre nuevamente—. Reconocí la raya blanca en su pelo. Es el asistente del encargado de las bóvedas.

—Bien, golpearle tontamente no nos va a ayudar —señaló Han a medida que se giraba hacia el hombre—. Será mejor que hables, o la dejaré suelta.

El asistente se lamió los labios secos.

—No puedo decirles nada, ¡lo juro! Estamos adiestrados desde jóvenes para no revelar el secreto de los supervivientes.

—El anticuado aparato de hipnoimpresión —declaró Han—. Nada que no se pueda vencer si te intimidamos lo suficiente.

Gallandro dio un paso adelante con una sonrisa invernal, sacando su pistola en un elocuente movimiento y calibrándola con una mano. Un rayo de baja potencia, pero alta resolución, explotó a los pies del cautivo, ennegreciendo y rizando la hierba. El hombre se puso pálido.

Bollux apareció con las placas del pecho abiertas.

—Hay otra opción —avisó Max Azul—. Soslayando su acondicionamiento, podremos obtener cualquier información que queramos. Podemos improvisar una luz estroboscópica y adaptarla al mismo patrón que usan los supervivientes.

Gallandro dudó.

—Querida computadora, ¿Puedes duplicar exactamente los pulsos de luz de los supervivientes?

—¡Deje de hablarme como si fuese algún tipo de electrodoméstico! —gruñó Max.

—Pido perdón —contestó Gallandro atentamente—. Continúo olvidándolo. ¿Procedemos?

XVI

El *Halcón Milenario* se movió a través de la atmósfera de Dellalt en lo que para la nave era una velocidad moderada. Incluso así, Han alcanzaría la ciudad en unos minutos. Gallandro estaba recolectando equipo en el otro extremo de la nave con la ayuda de Bollux. Hasti y Badure estaban sentados en los asientos de navegación y el del oficial de comunicaciones, respectivamente, detrás de Han y Chewbacca. Skynx, con sus heridas tratadas y vendadas, al igual que las de los demás, estaba hecho un ovillo en el regazo de Hasti.

—Es duro de aceptar —estaba diciendo Hasti—. Todos estos años. ¿Cómo pudieron mantener un secreto así durante generaciones?

—Los secretos han sido guardados por generaciones —puntuó Badure—. Fue bastante sencillo en este caso; realmente hay dos estratos en la organización de los supervivientes. Los íntegros que viven y mueren en las montañas, manteniendo a los robots de guerra como un ritual religioso, y haciendo sus ceremonias de vez en cuando. Por otro lado, los otros, los que conocían el secreto del tesoro de Xim, protegido y esperando a que pudieran utilizarlo.

—Pero a todos ellos les proporcionaban la hipnoimpresión desde niños, ¿verdad? —preguntó Han.

—Sí, y cuando Lanni dio con la base de la montaña y puso sus manos en el disco del diario de a bordo, guardándolo en la caja acorazada en las bóvedas —murmuró Hasti, con voz apenada—, ella no sabía que el asistente del encargado era miembro de los supervivientes.

Algo semejante había sido el testimonio del asistente cuando su hipnoimpresión había sido soslayada.

El asistente había enviado de nuevo el disco a la base de la montaña tan pronto cayó en su poder, y había colocado un ilusorio codificador de voz para entretener a Lanni, Hasti o cualquier otro que vinieran a reclamarlo.

Él era consciente de que J'uoch había descubierto algo acerca del disco antes de matar a Lanni, y que la mujer lo buscaba activamente. Había dado a sus espías en el campamento minero la información de que el *Halcón Milenario* había aterrizado, sabiendo que no podría hacer frente a la nave, o a las fuerzas que traía si decidían entrar en las bóvedas. Sabía que J'uoch podría, y esperaba que Hasti y los demás, junto con su nave, fuesen destruidos en combate, zanjando el asunto.

Pero en lugar de eso, J'uoch les había tendido una emboscada que había terminado con la captura del *Halcón*.

No habiendo encontrado el disco a bordo de la nave, J'uoch había dirigido las investigaciones sobre la bóveda. El asistente había logrado desalentarla, pero sabía que solo era cuestión de tiempo hasta que ella usase la fuerza para registrar las cajas acorazadas y someterlo a un angustioso interrogatorio, por lo que ordenó que el desactivado ejército de la guardia de Xim fuese enviado contra el campamento minero.

Los robots de guerra, conservados a través de las generaciones para ese tipo de emergencias, casi habían logrado ejecutar su propósito.

—Entonces, ¿por qué permanecen los supervivientes aún sentados sobre su dinero después de tanto tiempo? —se preguntó Han.

—La Antigua República era estable e imponderable —respondió Badure—. No tenían esperanza de moverse contra ella, incluso respaldados con el tesoro de Xim. Es ahora, con el Imperio teniendo sus problemas, cuando los supervivientes articularon un plan del que podrían sacar provecho, especialmente aquí, en la Hegemonía de Tion. Apuesto que pequeños cronómetros por todas partes llevan a cabo el mismo tipo de idea.

—Un nuevo Xim, y un nuevo despotismo —filosofó Hasti—. ¿Cómo pudieron creer eso, incluso bajo la hipnoimpresión?

—Pueden creer una cosa —dijo Han, mirando la superficie pasar rápidamente debajo de ellos—. Los supervivientes están a punto de sufrir una pérdida de capital.

—¿No deberíamos obtener una nave mayor? —indagó Hasti.

Han negó con la cabeza.

—Primero asegurémonos que el tesoro está allí, y cargaremos lo que podamos en el *Halcón*. Luego desembarcaremos una de las baterías ventrales y algunos escudos de blindaje defensivo. Gallandro y yo vigilaremos el fuerte, mientras Chewie y el resto de ustedes van en busca de una nave mayor, algo así como la corbeta ligera de J'uoch. No les tomará mucho tiempo.

—¿Y qué harás con tu parte del tesoro? —preguntó Badure casualmente.

Vio dudas y confusión cruzando por la cara del piloto.

—Me preocuparé de eso cuanto tenga una pila de créditos tan grande que tenga que alquilar un almacén —contestó Han al fin.

Gallandro, quien en ese momento estaba entrando en la cabina del piloto llevando el equipo que había recogido, dijo:

—¡Bien dicho, Solo! Descortés, pero en el blanco.

Gallandro comprobó su progreso.

—Estaremos allí en un momento. No he atracado un banco desde hace mucho tiempo; pero aún tiene una cierta emoción.

Han se reservó su respuesta y colocó la nave en un pronunciado descenso. El *Halcón* bajó del cielo con un estampido supersónico.

Dellaltianos cercanos a las bóvedas vieron la nave aparecer repentinamente sobre ellos, con sus propulsores de frenado tronando y su tren de aterrizaje extendiéndose como las garras de un depredador. La gente corrió a toda prisa en busca de refugio a medida que la onda de choque producida por el paso del carguero les alcanzaba, haciendo temblar la tierra y estremeciendo los edificios. Descendió en el exterior del pórtico sin techo de la entrada de la bóveda.

Los altavoces externos del *Halcón* sonaron y gimieron con los cláxones y las alarmas de emergencia. Sus sistemas visuales de advertencia y luces de posición, brillaban intermitentemente a potencia máxima. Los transeúntes tendrían problemas para ver y oír, por lo que no interferirían. La rampa bajó y Han y Gallandro bajaron a la carrera, con los blásters listos y cargando equipo y herramientas. Detrás salió Badure, seguido de Hasti y Skynx.

La chica objetó.

—¿Estás seguro que no hay otra forma de hacer esto?

Han tuvo que leerle los labios, incapaz de oírla bajo aquel estrépito. Negó con la cabeza. Chewbacca se quedó en los controles, porque ambos sabían que Han solamente confiaba en el wookiee para cuidar del *Halcón*.

Bollux se quedó atrás igualmente, para mantener un fotorreceptor sobre los instrumentos que el segundo oficial no tenía tiempo de monitorizar. Han quiso que al menos dos de ellos permaneciesen vigilando en la puerta principal, Hasti y Badure. Él y Gallandro buscarían, llevando a Skynx para que tradujese. El área parecía medianamente segura; los dellaltianos no tenían nada que hacer frente a una nave armada. Han hizo gestos con la mano a su socio en la cabina del piloto, y aunque no podía ser escuchado, añadió:

—¡Dispara, Chewie!

Desde la parte superior y la barriga del *Halcón*, surgieron destructoras líneas rojas, convergiendo en la puerta cerrada de las bóvedas del tesoro. El humo rodeó las puertas por unos segundos, cuando los rayos de los cañones cuádruples arremetieron sobre ella. Los disparos marcaron y agujerearon aquel material que había resistido la intemperie y el paso del tiempo durante generaciones, presentando profundos cortes al rojo vivo. Ningún arma de aquellos tiempos hubiese penetrado tan fácilmente, pero en un momento, la puerta tenía una brecha, con pedazos desprendiéndose de ella. Los registros del disparo se sumaron al tremendo ruido.

Han le hizo señas otra vez, y Chewbacca suspendió el fuego.

El humo se alzó sobre el gélido viento revelando un gran agujero, con sus bordes extremadamente calientes, enfriándose rápidamente.

—¡Atraco a mano armada! —rió Gallandro—. ¡No hay nada mejor que eso!

—Entremos —articuló Han.

Corrieron juntos y saltaron por el agujero de la puerta. Hasti y Badure les siguieron un momento después.

—Quédense aquí y asegúrense de mantener comunicación con Chewie —les dijo Han.

Badure bajó al suelo a Skynx.

—¡No olviden el sistema defensivo! —gritó Hasti hacia Han, Gallandro y Skynx que iban a la carrera.

Entre otras cosas, su cautivo les reveló que las bóvedas del tesoro estaban acondicionadas con sistemas defensivos de seguridad; la presencia de un arma de fuego en cualquier área protegida activaría las armas automáticas.

Se metieron en la profunda y penumbrosa caverna del vestíbulo, abandonada por los dellaltianos, quienes sabiamente habían buscado refugio.

Han no vio aparecer al hombre a su lado, con el arma alzada, pero Gallandro percibió el movimiento, sacó y disparó, todo en el mismo instante. El encargado gritó con un dolor agudo, agarrándose el abdomen y cayendo pesadamente sobre el suelo de mosaicos compactos. El pistolero pateó el disruptor que había dejado caer el encargado.

—Ustedes no pueden, no pueden —gimió el hombre de barba blanca, en medio del delirio producido por su herida—. Hemos conservado esto, seguro, inmaculado desde que nos fue confiado.

Sus párpados aletearon y se cerraron para siempre.

Gallandro se rió.

—Haremos mejor uso de él que usted, viejo. Al menos lo colocaremos en circulación, ¿eh, Solo?

Han siguió adelante sin contestar. Gallandro le siguió y Skynx se apresuró para no perderlos. Descendieron por rampas polvorientas y anchas escaleras, con todas las bóvedas vacías a su alrededor. En un punto, se descolgaron por un cable de una antigua plataforma de carga que ya no funcionaba, cumpliendo exactamente las instrucciones obtenidas del superviviente bajo hipnosis. Han marcó su camino con un bulbo de tinta. En los niveles más bajos de las bóvedas, llegaron a una bifurcación del camino. Su información del complicado trazado de las bóvedas no iba más allá de ese punto.

—Es uno de estos corredores; en uno de los túneles laterales —dijo Han—. ¿Recuerdas las marcas identificativas? Bien.

—El pequeño irá contigo, Solo —replicó Gallandro refiriéndose a Skynx—. Prefiero trabajar solo.

Alzó las correas de su equipo y se marchó.

—Bien, estate alerta —dijo Han a Skynx, y la búsqueda comenzó.

Rápidamente, se concentraron en la intrincada labor de examinar los corredores laterales buscando las marcas identificativas descritas por el prisionero y copiadas por Skynx. Aquellos niveles inferiores de las bóvedas olían a rancio y eran sofocantes, con capas de polvo que les cubrían hasta los tobillos, y una penumbra que se resistía al haz que emitían los reflectores manuales.

Pasaron habitación tras habitación, todas llenas de estanterías vacías.

Al fin, Skynx se detuvo.

—¡Capitán, ese es! ¡Son esas marcas! —dijo vibrando por la excitación.

Para Han, el corredor lateral no era diferente de cualquier otro; terminado en una pared vacía. Pero Skynx estaba en lo cierto; la marca identificativa coincidía. Han soltó todo su equipo y colocó un pesado cortador de fusión en el lugar. Skynx, cogiendo el comunicador, trató de contactar con los demás para contarles su descubrimiento, pero no recibió respuesta.

—Las paredes probablemente sean demasiado gruesas —sugirió Han a la vez que comenzaba a trabajar.

Cuando fue construida, la pared habría resistido cualquier asalto realizado con un equipo portátil, pero Han sabía cuánto había avanzado la tecnología desde entonces. Trozos de pared comenzaron a desprenderse.

Más allá, se vislumbraba la incandescencia de un sistema de iluminación perpetuo. Han dejó a un lado el cortador de fusión rápidamente, ansioso por ver por sus propios ojos un tesoro imposible de gastar. Apenas podía refrenarse. Se agachó rápidamente, pasando a través del agujero de la pared, seguido por Skynx. La bóveda estaba libre de polvo, seca y tan silenciosa como cuando los artesanos de Xim la habían sellado, momentos antes de morir hacía siglos. Sus pasos sonaron en el silencio.

Han sonrió.

—¡Las bóvedas reales han estado todo el tiempo aquí!

Los cazadores de tesoros habían buscado por todos lados el tesoro de Xim, ya que las bóvedas estaban vacías, y, durante todo aquel tiempo, las bóvedas vistas eran duplicados, solamente señuelos.

—¡Skynx, te compraré un planeta para que juegues con él!

El ruuriano no contestó, silenciado por el peso de los años de aquel lugar. Siguieron el corredor después de unas cuantas vueltas y llegaron a un trecho donde unos destellos preventivos parpadeaban en las paredes, al igual que lo habían hecho desde hacía siglos. Aquella zona sin armas era la antecámara de las verdaderas bóvedas del tesoro de Xim.

Han se detuvo, no deseando activar las armas defensivas automáticas y tampoco seguir desarmado, consciente de que podrían tener que enfrentarse a otros peligros. Se volvió con gran resistencia hacia la entrada. En la abertura creada por el cortador de fusión, Gallandro esperaba. Han se detuvo y Skynx esperó titubeante.

—Lo encontramos —dijo el piloto al pistolero sacudiendo un dedo gordo—. La verdadera. Está ahí detrás.

Han se dio cuenta de que Gallandro había escuchado las transmisiones de Skynx después de todo. Gallandro no mostró júbilo, sólo divertida aceptación. Han supo sin que se lo dijeran que todo había cambiado. El equipo del pistolero estaba apilado a un lado y se había quitado su chaqueta, preludio para un duelo.

—Dije que el tesoro está ahí detrás —repitió Han.

Gallandro le ofreció una gélida sonrisa.

—Esto no tiene nada que ver con el dinero, Solo, solamente lo retrasé hasta que tú y tu grupo me ayudaseis a encontrar la bóveda. Tengo mis propios planes para el tesoro de Xim.

Han se encogió de hombros sobre su chaqueta.

—¿Por qué? —es todo lo que preguntó mientras cuidadosamente quitaba el seguro de la cartuchera de su bláster, girándola y apartándola de su camino. Sus dedos estirados, moviéndose, esperando.

—Necesitas una reprimenda, Solo. ¿Quién te crees que eres? A decir verdad, no eres sino un vulgar forajido. Tu suerte se ha acabado: ¡ahora, desenfunda!

Han asintió, sabiendo que si no lo hacía, Gallandro lo haría por él.

—Esto te hace sentir superior, ¿verdad?

Su mano se movió confusamente hacia su bláster, el mejor intento de su vida. Sus formas de apuntar eran muy diferentes. La forma de Han incorporaba movimientos de hombros y rodillas, un leve descenso y la inclinación de su cuerpo. La de Gallandro era económicamente brutal, una explosión de cada nervio y cada músculo que movían solamente su brazo derecho.

Cuando el rayo del bláster dio contra su hombro, la abrumadora reacción de Han fue de sorpresa; una parte de él creyó que su suerte había llegado a su fin. Su desenfundada había sido completada solamente a la mitad, y su disparo se esparció sobre el piso. Se giró en estado de shock, oliendo el hedor de su propia carne chamuscada. El dolor de la herida comenzó un instante después.

Un segundo disparo de Gallandro impactó en el antebrazo de Han haciendo que su bláster cayese al suelo. Han se dejó caer sobre sus rodillas, demasiado sobresaltado para gritar.

Skynx huyó con un gorgoteo aterrado.

Oscilando y agarrando su brazo herido, Han escuchó a Gallandro decir:

—Eso ha sido muy bueno, Solo; te has acercado más que nadie en mucho tiempo. Pero ahora te llevare de regreso al Sector Corporativo; no es que quiera que caigas en manos de la justicia de la Autoridad, pero existen algunos a los que hay que enseñar lo que significa cruzarse en mi camino.

Han gruñó a través de sus dientes apretados.

—No voy a perder el tiempo en ninguna horrorosa fábrica de la Autoridad.

Gallandro le ignoró.

—Sin embargo, tus amistades son más prescindibles. Si me perdonas, ahora voy a encargarme de tu amigo ruuriano antes de que haga alguna diablura.

Colocó un par de esposas que había encontrado en el *Halcón* alrededor de los tobillos de Han y aplastó su comunicador con el talón de la bota.

—Nunca fuiste el moralista que fingiste ser, Solo, pero yo sí lo soy. En cierto modo, es una lástima que no nos hubiésemos encontrado más adelante, cuando hubieses sido más maduro y sabio. Eres bueno peleando; podrías haber sido un buen lugarteniente.

Gallandro quitó el cargador del bláster de Han, y lo colocó en su cinturón, saliendo tras Skynx, quien, incapaz de superar al pistolero, había huido hacia los corredores que llevaban hasta la verdadera bóveda del tesoro. Gallandro se movió con precaución, sabiendo que el ruuriano estaba desarmado, pero contando con que no sería tan inofensivo cuando pelease por su vida. Giró en una esquina desde donde vio a Skynx acobardado contra la pared a cierta distancia de él, contemplándole con sus enormes ojos, aterrado y paralizado con aprensión.

Alrededor del corredor circular pudo ver los avisos reflectantes de área protegida. Sujetando su bláster, Gallandro sonrió burlonamente.

—Es una lástima, mi pequeño amigo, pero hay mucho en juego aquí; Solo es el único al que permitiré vivir. Haré esto tan rápido como pueda. Estate quieto.

Apuntando hacia la cabeza de Skynx, dio un paso adelante. Descargas de energía brillaron intermitentemente de sus emplazamientos ocultos; incluso los fabulosos reflejos de Gallandro no podían hacer nada contra la velocidad de la luz. Atrapado antes de que pudiese moverse bajo el fuego cruzado de las armas defensivas, el pistolero fue alcanzado por una docena de disparos letales. Gallandro se convirtió en el centro de un escabroso infierno; entonces, sus restos carbonizados cayeron al piso del corredor y el olor a carne quemada congestionó el aire.

Skynx comenzó a moverse de donde estaba poco a poco. Tiró al suelo los avisos reflectantes que había quitado de sus conexiones a lo largo de la pared del corredor.

Dio silenciosamente las gracias a que Gallandro no advirtió los conectores vacíos; un ruuriano prudente probablemente lo habría hecho.

—Humanos —comentó Skynx, y luego fue a rescatar a Han Solo.

—No queda mucho de él, ¿no es así? —preguntó Han retóricamente, una hora después, mientras observaba los restos chamuscados de Gallandro.

Al igual que los demás, había dejado fuera del área protegida su bláster. Badure y Hasti habían curado temporalmente las heridas de su hombro y antebrazo con una mediunidad de la nave. Si Han recibía atención médica completa pronto, los efectos de los disparos de Gallandro no serían duraderos.

Chewbacca estaba terminando un cuidadoso examen de aquel corredor y del siguiente de más allá, haciendo un minucioso chequeo a lo largo de las paredes buscando cada uno de los emplazamientos de armas. Había abierto cada uno con sus herramientas de mano y lo había desactivado.

Satisfecho de que no habría peligro en traer equipos energéticos o herramientas allí, el wookiee ladró hacia Han.

—Pongámonos a trabajar; no me gusta la idea de que no haya nadie en el *Halcón*.

Cuando Skynx había regresado con la noticia del duelo, Chewbacca había movido la nave para que bloquease la puerta principal, con su rampa extendida hacia dentro a través de ella. Había levantado los escudos de la nave y había puesto las armas en automático para que disparasen si el localizador captaba a alguien demasiado cerca, realizando un disparo de advertencia; y si persistían, fuego real.

Los dellaltianos que habían sido atrapados dentro del recinto cuando la nave llegó se habían rendido y se les había permitido salir; el *Halcón* protegería a los cazadores de tesoros por un tiempo, pero Han no quería tentar su suerte.

Recogieron sus pertenencias y siguieron adelante. Al final del siguiente corredor, había una puerta metálica que contenía una representación de la altura de un wookiee de la calavera de Xim. Chewbacca levantó el cortador de fusión y comenzó a cortarla, dividiendo en dos la insignia, haciendo saltar chispas. Luego, comenzó a cortar en serio la estructura. El calor comenzó a desprenderse desde él. En poco tiempo había abierto una ancha brecha en la puerta.

A través del agujero, bañadas por la incandescencia de los paneles luminosos que habían mantenido el lugar iluminado durante generaciones, se vislumbraba el brillo de las gemas, de los metales, montones de cajas y armarios de almacenamiento cilíndricos bien colocados en estanterías que llegaban desde el suelo al techo y hasta donde alcanzaba la vista.

Y aquella era solamente la primera de las habitaciones del tesoro de Xim.

Skynx estaba quieto, casi respetuoso. Había hecho el descubrimiento de su vida, un descubrimiento que no podría siquiera haber soñado. Badure y Hasti permanecían solemnes también, considerando el tamaño y la riqueza del lugar, el impacto que tendría en sus vidas y recordando lo que habían tenido que pasar para llegar hasta allí.

No así era con Han y Chewbacca. El piloto saltó a través del agujero de la puerta, con el brazo herido, colocado en un cabestrillo de tela.

—¡Lo hicimos! ¡Lo hicimos! —gritó con regocijo.

El wookiee entró después de él, echando hacia atrás la cabeza con un eufórico y largo ¡Rooo-Oo!

Se abrazaron unos a los otros, con sus risas haciendo ecos entre los montones de tesoros. Los enormes pies de Chewbacca golpearon el suelo en un descomunal baile de victoria, a la vez que Han reía de alegría. Skynx y Badure habían ido a abrir contenedores con la ayuda de Bollux para examinar los botines de Xim. Chewbacca se ofreció a ayudarles

—¡Esparcidlo hacia aquí! —les mandó Han—. ¡Quiero revolcarme en el contenido!

Se detuvo cuando vio a Hasti observándole de cerca y de modo extraño.

—Siempre me pregunté como reaccionarías —dijo ella—. Cuando alcanzaseis la victoria, tú y el wookiee. ¿Ahora qué?

Han seguía gastando bromas, dejándose llevar por la oleada de júbilo.

—¿Ahora qué? Bueno, nosotros, nosotros... —se detuvo, dándole al asunto un concepto serio por primera vez—. Pagaremos nuestras deudas, compraremos nuestra propia nave de primera clase, contrataremos tripulación y uhh...

Hasti asintió para sí misma.

—¿Y establecerte, Han? —preguntó suavemente—. ¿Comprarás un planeta, o te convertirás en dueño de algunas empresas y vivirás una vida como un buen hombre de negocios? —Ella negó con la cabeza lentamente—. Tus problemas solamente están comenzando, hombre rico.

Su alegría disminuía por momentos, reemplazada por un nudo enmarañado de dudas, planes y la necesidad de la precaución y de sabiduría madura. Pero antes de que pudiese reñir a Hasti por ser una aguafiestas, escuchó un rugido enojado de Chewbacca. El wookiee sujetaba un lingote metálico, con el ceño fruncido por el disgusto. Derrumbó un puñado de ellos en el suelo produciendo una sonora avalancha, y le dio al montón una patada que envió lingotes rápidamente en todas direcciones. Han olvidó a Hasti y fue hacia su amigo.

—¿Qué pasa?

Chewbacca se lo explicó con gemidos y gruñidos de frustración. Han recogió uno de los lingotes y vio que su copiloto estaba en lo correcto.

—¡Esto es Kiirium! Esto se puede conseguir en cualquier parte; Skynx, ¿qué ha pasado con el tesoro?

El pequeño académico había localizado una pequeña pantalla del directorio de la bóveda al final de un estante cercano, una vieja telepantalla colocada en un pedestal bajo. La conectó, y cobró vida mostrando columnas y filas de cifras y caracteres que recorrieron la pantalla a la vez que Skynx contestaba distraídamente.

—Parece haber mucho de eso aquí, capitán. Y una gran cantidad de vértices cristalinos Mytag y montañas de cilindros de combustible enriquecido tipo bordhell, entre otras cosas.

—¿Cristales Mytag? —repitió Han perplejo—. ¿Cargaron la nave con estas cosas? ¿Qué clase de tesoro es este? ¿Dónde está el tesoro real?

Una carcajada le distrajo. Badure había encontrado un recipiente de cristales Mytag y había arrojado dos puñados al aire. Los cristales cayeron como lluvia a su alrededor, reflejando la luz a la vez que se estremecía por las risas.

—¡Esto es todo! O lo fue hace tiempo. ¿No lo entiendes, «Mañoso»? El Kiirium es un material para escudos artificiales, no muy buenos al lado de los modernos

escudos, pero un gran adelanto en su tiempo y además, difíciles de producir. Con cantidades de Kiirium para escudar armas pesadas y motores, Xim podría haber dominado el arte de la guerra ya que habría estado mejor armado y habría sido más rápido que cualquier otra cosa en el espacio en aquellos tiempos.

»Y los cristales Mytag eran usados en los viejos sistemas de comunicación subespaciales y en los sistemas de detección; se necesitaban montones y montones de ellos para cualquier flota espacial o para defensas planetarias. Por eso, todo esto es equipo militar crítico. Con todo esto en las bóvedas, Xim podría haber creado una maquinaria de guerra con la que habría conquistado toda esta parte del espacio. Pero antes de lograrlo perdió la Tercera Batalla de Vontor.

—¿Esto es? —gritó Han—. ¿Hemos pasado por todo esto por un tesoro sin valor?

—No totalmente —comentó Skynx suavemente, aún inclinado sobre la telepantalla—. Una parte de la bóveda está llena de cintas de información, obras y artefactos. Hay cien veces más información contenida aquí que todo lo que sabemos de la época.

—Apuesto a que los supervivientes hace mucho tiempo que olvidaron lo que estaban protegiendo —dijo Hasti—. Creyeron las leyendas, al igual que todo el mundo.

—Me pregunto qué habrá pasado con el *Reina de Ranroon*.

Badure se encogió de hombros.

—Quizás la enviaron contra el sol primario de Dellalt después de haber desembarcado el tesoro, o despegó con una tripulación mínima para organizar una serie de avistamientos y crear una pista falsa. ¿Quién sabe?

Skynx había dejado la telepantalla y había iniciado un delirante baile; primero con sus extremidades traseras, luego con las delanteras, brincando y girando al igual que Han y Chewbacca un momento antes.

—¡Maravilloso! ¡Milagroso! ¡Qué descubrimiento! ¡Estoy seguro que conseguiré mi propio sillón en la junta! ¡Mi propia sección!

Han, apoyándose contra una pared, se dejó caer lentamente hasta una posición acucillada.

—¿Obras? Hmm, Chewie y yo podemos entrar en el Museo Imperial con unas cuantas debajo del brazo y comenzar a regatear, ¿no?

Apoyó su frente sobre su brazo bueno.

Chewbacca palmeó su hombro afectuosamente, haciendo sonidos tristes. Skynx gradualmente, dejó de saltar, dándose cuenta de la desilusión que aquello era para los dos.

—Hay algunas cosas de valor intrínseco, capitán. Si hace una elección cuidadosa, podrá llenar su nave con artículos de los que podría disponer con relativa facilidad. Podría obtener algunas ganancias.

Han luchaba con el deseo de almacenar el hallazgo entero, sabiendo que el *Halcón Milenario* no podría soportar nada más que una insignificante parte.

—Supongo que hay suficiente para que puedas reparar tu nave y hacer mirar tus heridas en un centro médico de primera clase.

—¿Que hay acerca de nosotros? —interpuso Hasti—. Badure y yo ni siquiera tenemos una nave.

Skynx delibero un momento y luego aclaró.

—Puedo ponerle mi precio a la Universidad, un presupuesto ilimitado. ¿Les gustaría trabajar conmigo? Las búsquedas académicas serán aburridas después de esto para un par de humanos, supongo. Pero habría una generosa paga, los beneficios de la jubilación y rápidas promociones. Estaremos años y años trabajando en este descubrimiento. Necesitaré que alguien vigile a los trabajadores, los estudiosos y los droides.

Badure sonrió y puso un brazo alrededor de los hombros de Hasti. Ella inclinó la cabeza.

Eso hizo a Skynx pensar en alguien más.

—Bollux, ¿os gustaría a ti y a Max Azul obtener un puesto? Seríais de gran ayuda, estoy seguro. Después de todo; sois los únicos que interactuaron con los robots de guerra. Os aseguro que se hará un esfuerzo por estudiar sus restos; tenemos mucho que averiguar sobre sus procedimientos de razonamiento.

Max Azul respondió por los dos.

—Skynx, eso nos gustaría muchísimo.

—Siempre que los locales no vengan y les quiten todo —les recordó Han, mientras Chewbacca le ayudaba a ponerse en pie.

Viendo su preocupación, agregó:

—Me imagino que tendremos que dejarles un generador defensivo portátil, algunas armas pesadas y suministros del *Halcón*. Y eso nos dará más espacio de carga.

Badure sonó inusualmente enfadado.

—Han, ¿realmente crees que el resto del Universo es tan ingenuo? Siempre quieres hacer las cosas correctas dando motivos erróneos. ¿Bien, qué es lo que vas a hacer cuando te quedes sin excusas, hijo?

Han fingió no escucharle.

—Haremos una llamada de socorro poco antes de que ejecutemos nuestro salto del sistema. Habrá una cañonera de la Hegemonía de Tion aquí, antes de que te des cuenta. Vamos Chewie; saquemos la carretilla repulsora y carguemos la nave antes de que ocurra cualquier otra cosa.

—Capitán —llamó Skynx.

Han se detuvo y miró hacia atrás.

—Hay algo que me inquieta; pienso que esta aventura ha sido peligrosa, y adversa, pero ahora que ha terminado y nos separamos, me siento triste.

—Apúntenos para una reunión de recuerdos cuando quiera —ofreció Han.

Skynx sacudió su cabeza.

—Tengo mucho que hacer aquí; pronto me llamará la sangre, para entrar en el estado de crisálida, luego viviré una estación como una criatura cromática. Si desea verme entonces, capitán, venga y busque en los cielos de Ruuria a una criatura cromática con las mismas manchas en las alas que tengo en mi cuerpo. La criatura no le reconocerá, pero quizás, alguna parte de Skynx sí lo haga.

Han inclinó la cabeza, no encontrando la forma adecuada de decir adiós.

Badure le llamó.

—¡Oye, «Mañoso»!

Han y su copiloto miraron hacia él, y Badure se rió.

—Gracias, chicos.

—Olvidalo —dijo Han descartando el asunto.

Se movió nuevamente junto a su socio, ambos soportando dolores derivados de sus lesiones.

—Después de todo, una deuda de vida es una deuda de vida, ¿no socio?

Con aquella última nota, golpeo con un nudillo las costillas de su copiloto.

Chewbacca se giró coléricamente, pero no demasiado rápido. Han se agachó y el wookiee se rió.

—Oye —dijo Han—, se acabaron las misiones de rescate, ¿vale? ¡Somos contrabandistas; eso es lo que sabemos hacer, en lo que somos buenos y a lo que nos dedicaremos a partir de ahora!

El wookiee expresó su conformidad con un gruñido. Los demás, rodeados por las filas de estanterías interminables con el tesoro de Xim, escucharon el eco de la discusión en el corredor. Han interrumpió los comentarios de Chewbacca.

—Cuando el *Halcón* esté reparado, y esta «ala» mía curada, volveremos a probar otra vez con una carrera de especia en Kessel.

El wookiee rugió una objeción irritada.

Han insistió.

—Es dinero rápido y no tendremos que buscar trabajos basura. Conseguiremos que Jabba el Hutt o cualquier otro nos apoye. Escucha, tengo este plan...

Justamente cuando terminaba de contarle al oído su plan, Chewbacca contestó deteniéndole.

Él y Han Solo compartieron alguna ocurrencia que les arrancó una sonrisa astuta.

Luego continuaron con sus planes.

—Allí —anunció Badure hacia Hasti, Skynx, Bollux y Max Azul— van los verdaderos supervivientes —dijo, refiriéndose a sus amigos.